



DESTINADA AL INFORTUNIO

EL ESPIONAJE FEMENINO EN LAS GUERRAS
DE INTERVENCIÓN EXTRANJERA DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

ÓSCAR HERNÁNDEZ



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

DESTINADA AL INFORTUNIO

EL ESPIONAJE FEMENINO EN LAS GUERRAS
DE INTERVENCIÓN EXTRANJERA DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

ÓSCAR HERNÁNDEZ

D.R. 2022 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián
C.P. 72090, Puebla, México

Primera edición: 2022

ISBN: 978-607-8123-85-8

Diseño editorial: Edgar Mendoza Dorantes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Hecho en México



DIRECTORIO

H. Ayuntamiento de Puebla

Eduardo Rivera Pérez

Presidente Municipal Constitucional

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Fabián Valdivia Pérez

Director General

Subdirección de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial IMACP

Mauricio Pardo Ruiz

Coordinación de Fomento a la Lectura y Editorial IMACP

Diego Rodríguez Moreno

CANASTA DE ESCRITORES POBLANOS

A principios de julio, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus escritos.

La participación fue bastante amplia y la propuesta que se presentó fue extraordinaria. No era para menos, pues la riqueza literaria de nuestro municipio es legendaria y con esa variedad de temáticas, fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad se convierte en una de las misiones más nobles e interesantes, debido al enorme talento local que brindará nuevas perspectivas entre la juventud de nuestra ciudad.

La presente publicación da muestra de esa calidad literaria que habita nuestras calles, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda cada rincón de nuestra ciudad a través de obras cuya fuerza radica en la sencillez de las palabras, mismas que logran aproximar al lector a cada recoveco de Puebla.

Me llena de orgullo presentar esta colección y estoy seguro de que cada página será un verdadero deleite para el lector que tenga el lujo de contar con esta publicación en sus manos. No me queda más que ofrecerte esta *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, esperando que puedas disfrutar de esta serie de obras cuya fuerza estética pone en alto el Arte y la Cultura de nuestra sociedad.

EDUARDO RIVERA PÉREZ
PRESIDENTE MUNICIPAL DE PUEBLA
2021-2024

Óscar Ernesto Hernández López, 07 de noviembre de 1953

Ingeniero industrial en electricidad, con maestría en electrónica y en docencia universitaria. Profesor desde 1975 en diferentes niveles y universidades, incursionando en la escritura desde apenas hace dos años siendo las primeras y únicas obras en cuento las que aquí se presentan, surgidas de un diplomado en Teología y en escritura creativa. Publicando algunos escritos titulados *Crónicas de Guerra* en periódico digital.

ÍNDICE

· CAPÍTULO 1: LA RENDICIÓN	8
· CAPÍTULO 2: EL ENJAMBRE DE LA ARISTOCRACIA	13
· CAPÍTULO 3: AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS	26
· CAPÍTULO 4: LA FINA	41
· CAPÍTULO 5: AMENAZA EUROPEA	59
· CAPÍTULO 6: LA INESPERADA DERROTA FRANCESA	79
· CAPÍTULO 7: LA FORTIFICACIÓN	95
· CAPÍTULO 8: EL SITIO	110
· EPÍLOGO	130

CAPÍTULO I

LA RENDICIÓN

Macaria entró corriendo en la habitación de María Luisa, ni siquiera se detuvo para tocar la puerta, lo hizo cuando se topó con la cama y comenzó a sacudirla para despertarla.

— ¡Señorita, señorita Marilú, despierte, despierte por favor, que ahora sí ya nos cayó el chahuistle!

María Luisa se enderezó tras tres o cuatro sacudidas, soñolienta y con los ojos entrecerrados preguntó:

—¿Qué pasa, Maca? ¿Qué sucede? ¿Por qué el escándalo?

—¡Acaban de rendirse! —Respondió Macaria con lágrimas en los ojos —. ¡Estamos perdidas! ¡Párese rápido!

María Luisa se vistió tan rápido como le fue posible, se recogió el pelo con una diadema de carey, calzó unas sandalias cubiertas de seda china, se tapó con un *fichú* que le había heredado su abuela y siguió a Macaria.

La muchacha chinaca se había despertado al escuchar la fuerte detonación que se produjo en el Fuerte de Loreto como a las cuatro y media de la mañana de ese 17 de mayo. Macaria abrió los ojos y escuchó más detonaciones como si se tratara de cohetes y fuegos artificiales quemados en honor de algún santo patrono de pueblo. Todavía estaba tratando de identificar la procedencia de las explosiones cuando llamaron a la puerta de su reducido cuarto.

—Macaria, soy yo, Micaela, tu hermana.

Macaria abrió la puerta. Rápidamente entró Micaela seguida de Julián, un soldado del sexto batallón de Guanajuato que comandaba el teniente coronel José Montesinos, militar veracruzano con mucho arrojo, egresado del Colegio Militar, reconocido por su buen juicio

desde los tiempos en que era cadete. A ese destacamento estaba adscrito el capitán Felipe Terreros Cuauhtle.

Con un saludo militar y chocando los tacones de sus botas, el soldado Julián Alcántara entregó a Macaria un sobre al momento que con firme y fuerte voz decía:

—¡Que la señorita María Luisa se ponga a salvo, la plaza ha caído! —Julián tomó una posición más descansada y terminó de dar su mensaje —. Dice el capitán Terreros que le diga a la señorita María Luisa que no lo busque, que no lo espere, que huya de ser posible y que se deshaga de toda evidencia que la pueda comprometer.

Macaria y María Luisa salieron a la calle y el cuadro que observaron no podía ser más desolador: vieron soldados y oficiales rompiendo sus armas, algunos las aventaban para escapar de la ciudad con mayor facilidad. En las calles repletas de escombros había decenas de soldados quitándose el uniforme. Por las ventanas y balcones de las construcciones que aún estaban habitadas se asomaban sus pobladores azorados y, de acuerdo con las órdenes recibidas por la comandancia general, en los edificios públicos, fuertes y templos ondeaban banderas blancas.

Macaria y María Luisa caminaron hacia la calle Siempreviva con rumbo a la Catedral, los franceses que dominaban bastantes manzanas del centro de la ciudad, salían a la calle y con precaución, iban ocupando las casas y edificios que habían estado en manos de la resistencia. Algunos soldados franceses seguían a estas mujeres a ochenta o cien pasos de distancia.

En la plazuela de San Agustín estaba el oficial Castañeda tratando de romper obuses de 15 centímetros. Llegó en su auxilio el teniente coronel Troncoso, solamente lograron reventar dos, pues los franceses ya habían ocupado ese templo, los jefes mexicanos se retiraron de inmediato.

En su huida, se les unió el subteniente Luis Zamora quién, en el costado de la misma iglesia, ya había inutilizado sus cañones. Cuando los militares llegaron a la bocacalle de Peñas, se percataron que el teniente coronel Luis Terán, acompañado de dos o tres oficiales y algunos elementos de tropa, estaban rompiendo fusiles.

—¡Ya dejen eso! —les gritó Troncoso—. ¡Los franceses se nos vienen encima, están aquí a una calle!

En el momento en que Macaria y María Luisa llagaban a esa bocacalle, se escuchó un disparo a muy corta distancia.

—¡Madre mía, nos matan! —gritó María Luisa.

Observaron que a la orilla de una banqueta, un hombre se desplomaba sangrando del pecho. Cuando cayó al suelo ya estaba muerto. Se trataba del capitán Moro del Moral, uno de los oficiales del teniente coronel Terán. Quería destruir un fusil, apoyó la boca del mismo en su pecho y golpeó el arma contra el piso, el fusil estaba cargado y se disparó.

Las mujeres llegaron a la Plaza Mayor justo cuando se formaban grupos frente al atrio de Catedral, otros se juntaban por el Obispado, el personal de artillería se reunía con el general Paz, había centenares entre jefes y oficiales. María Luisa buscaba al capitán Terreros entre los militares de esa arma que ahí se estaban congregando.

—¿Ha visto al capitán Terreros? —preguntaba María Luisa con insistencia—. Es bajito, moreno, de bigote corto. Se unió al sexto de Guanajuato aquí en Puebla. Él es de artillería.

El Sexto Batallón de Guanajuato estuvo bajo las órdenes del general Francisco Lamadrid, formaba parte del 22° Batallón del Ejército de Oriente encargado de defender el fortín del Señor de los Trabajos. Al haber soldados y

oficiales de diversos lugares de la república mexicana, la búsqueda del capitán Terreros se hacía más difícil aún.

De pronto, un oficial que había escuchado las preguntas que María Luisa hacía con la angustia reflejada en el rostro, la detuvo sujetándola del brazo con cierta fuerza.

—Disculpe señorita. ¿Busca usted al capitán Felipe Terreros? —y mirando los hermosos ojos negros que hacían resaltar más la belleza de la muchacha—. ¡No vendrá por aquí! Soy el capitán Pedro Yépez, a vuestros pies, señorita—. Yépez hizo una pequeña caravana y volvió los ojos a la muchacha—. Fuimos compañeros en el Fortín del Señor de los Trabajos, desgraciadamente Felipe ha caído prisionero de los zuavos.

El capitán Pedro Yépez miró a María Luisa con ojos de súplica.

—Por favor señorita, os suplico que no haga preguntas y póngase a salvo junto con su señora madre.

En ese momento María Luisa se acordó de su mamá, había dejado a doña Lucrecia sola en casa, ni siquiera le avisó cuando salió a la calle con Macaria en busca del capitán Felipe Terreros.

Macaria tomó de la mano a María Luisa, la jaló con fuerza para sacarla de ese enjambre de militares.

—¡Vamos, Marilú, corra usted, la señora está en peligro!

Las calles les parecieron kilométricas, corrían a contraflujo de la gente y los militares que se desplazaban hacia la plaza principal, llegaron a su domicilio con las primeras luces del amanecer, María Luisa abrió el zaguán que rara vez se cerraba con llave, cruzaron el patio corriendo. Al llegar a la puerta de entrada sacó una llave de entre sus ropas, abrió y al entrar se quedó muda por la

sorpresa al ver que dos zuavos sujetaban a su madre y la conducían hacia el exterior.

Balbuceando alcanzó a decir:

—¡No es cierto, esto no me puede suceder a mí. Debo estar soñando.

CAPÍTULO 2

EL ENJAMBRE DE LA ARISTOCRACIA

Aquel día de otoño de 1840 amaneció frío y húmedo por la lluvia que había caído toda la noche, las calles de la ciudad estaban encharcadas. Era domingo. La primera misa del día terminó faltando cinco minutos para la ocho y los feligreses fueron abandonando el templo de La Concordia caminando lentamente.

Lucrecia, apoyada en el brazo de su padre sonreía discretamente a los conocidos que, como el agua que escurre de un manantial, se desplazaban hacia afuera haciendo un ruido apenas perceptible al caminar. Al salir, Lucrecia abrió su paraguas negro y al tiempo que se metía debajo, también protegía a su padre, la lluvia no había cesado. Se recogió las enaguas para que no se mojaran, protegía los pies con unos botines negros asegurados con largas agujetas, eran de tacones que, aunque pequeños, hacían resaltar más su esbelta figura.

—Ven Lucre, quiero presentarte a un amigo —dijo don Julián dirigiendo su caminar hacia la familia que sorteando algunos charcos se acercaba a ellos.

Don Gaspar, tomando la punta de los dedos de Lucrecia, hizo una pequeña caravana:

—Encantado.

Juan Manuel imitó la caravana de su padre, pero no quitó la mirada de los ojos de la muchacha:

—A sus pies, señorita.

La familia Malpica llevaba una estrecha relación comercial con don Julián, quien ofrecía servicios de asesoría legal para la creciente actividad económica poblana dependiente de la importación y exportación de

diversos productos a través de su despacho *Pérez Salazar y Asociados*.

Durante el desayuno, mientras partía una hojaldra para acompañar el chocolate caliente y espumeante que Cleo, la mujer serrana que atendía a la familia Pérez Salazar, había preparado con esmero, don Julián aprovechó para exhibir sus intenciones.

—Al salir de misa nos hemos topado con los Malpica —inició la plática el jefe de familia sentado a la cabecera de la mesa del elegante comedor de caoba con finas incrustaciones de marfil—. Juan Manuel, el hijo mayor iba con ellos.

—Es un buen mozo, y está casadero —contestó doña Rocío.

Lucrecia levantó la vista mirando a su madre con cierto reproche mientras daba un sorbo a su chocolate. Luego volteó a su derecha para dirigir la mirada a su padre.

—Pues a mí no me agrada —respondió la joven—. Es muy arrogante, su actitud pareciome muy fingida.

El rostro de Lucrecia enrojeció.

—Necesitas tratarlo un poco —insistió don Julián—. Conócelo, pasea con él, estoy seguro que tu percepción cambiará. Hay vínculos económicos muy fuertes entre nuestras familias, una relación sentimental entre vosotros, sería muy beneficiosa para todos.

Esa tarde, Lucrecia salió a dar un paseo con Camila, su amiga y compañera desde la infancia a la que sus padres le tenían mucho aprecio y confianza. En el camino, compraron helados y mientras se acercaban a la Plaza Mayor, los iban comiendo. Mario Montaña esperaba en una esquina cerca de Catedral, Camila dejó a Lucrecia con el joven y se internó en la iglesia. El encuentro entre los enamorados se repetía cada domingo, siempre bajo la

complicidad de Camila.

Ante la insistencia de don Julián por formalizar un compromiso entre Juan Manuel y Lucrecia, la muchacha confesó su romance.

— ¿Mario Montaña? —Exclamó don Julián—. ¡Pero si no tienen ni dónde caerse muerto! ¡Me han dicho que es un verdadero calavera!

El padre de Lucrecia estaba furioso, consideraba un agravio lo que su hija revelaba. De ninguna manera podía aceptar lo que consideraba un retroceso social, y sobre todo económico. La familia Montaña se dedicaba al comercio en pequeño, contaban con un establecimiento modesto en la calle Herreros y aunque no tenían deudas considerables, tampoco representaba un negocio tan floreciente como para despertar el interés por una vinculación familiar con los Pérez Salazar.

— ¡Olvídate de ese Mario! ¡Te vas a casar con Juan Manuel Malpica! —enfaticó don Julián alzando la voz—. Don Gaspar y yo hemos platicado el asunto y ambos estamos de acuerdo en casar a nuestros hijos. Es lo mejor para las dos familias. ¡Así será y punto redondo!

Don Julián era un férreo defensor de las lógicas sociales que prevalecían en Puebla en el siglo XIX de manera tanto individual como colectiva y que determinaban a su vez, las relaciones económicas y familiares presentes en la dinámica del mundo del poder local. La hidalguía y los negocios que se habían desarrollado en la Angelópolis, eran parte importante de la herencia producto de la emergencia del nuevo país. Las transacciones de las élites poblanas habían prosperado y lo seguían haciendo mediante la adquisición de tierras, producción de granos, lácteos, ganado vacuno, lanar, porcino, trabajando sus derivados, hilados y tejidos, comercio de importación de productos

suntuarios, maquinaria y herramientas de trabajo y exportación de productos de la tierra. Un reducido número de familias mantenía el control financiero mediante un estricto monopolio. Tal era el caso de los comerciantes exportadores, gremio al que pertenecía la familia de Lucrecia. Además, tanto la familia de Juan Manuel como la de ella tenían integrantes que militaban como miembros de la orden de malta de segunda clase, por lo que rechazaban todo lo que pudiera ser considerado contrario a la fe católica o a los mandatos de la Santa Iglesia de Roma, aborrecían a Benito Juárez y rechazaban tajantemente las leyes de Reforma.

Las redes familiares de intercambio monetario que se formaron en la ciudad de Puebla y que seguían creciendo, tuvieron su origen, en la mayoría de los casos, en el centro del poder virreinal, pocas eran de reciente creación, estas últimas se originaban en pleno siglo XIX debido a la continua llegada de inmigrantes que buscaban fortuna. Las aristocráticas familias poblanas buscaban hacer dinero gracias a su cercanía a la potestad y como estrategia para acelerar el proceso de enriquecimiento; elegían el matrimonio por conveniencia, esto les permitía, además, diversificar sus actividades como un segundo paso para incrementar la acumulación de capital, de esta manera se creaban enormes enclaves elitistas con negocios a lo largo de toda la cadena económica que iba desde la producción hasta la comercialización.

Al demostrar riqueza y poderío, la élite poblana pretendía alcanzar el reconocimiento como familias notables, percibían en ello un parecido a la nobleza española. Para ellas este reconocimiento era muy importante porque además de ser un recurso para la concentración de señorío político y económico, era al mismo tiempo un satisfactor

personal.

Don Julián pretendía emparentar con la familia Malpica mediante el matrimonio de su hija Lucrecia con Juan Manuel Malpica y Ovando, hijo y heredero de don Gaspar. La familia Malpica era descendiente directa de don Francisco de Malpica-Salazar y Barradas, marqués de Malpica. La sangre de don Francisco les llegaba del siglo XIX a través de un nieto llamado Francisco de Malpica y Sierra quién en 1654 presentó una probanza de limpieza de sangre ante el Santo Oficio de México y obtuvo el título. En el escudo de armas familiar estaban representados los apellidos Malpica por un campo de oro y cuatro fajas azur, Salazar por un fondo gules y trece estrellas de oro y Barradas por campo de plata, castillo de sinople y un guante de plata en la entrada.

Había otra rama de los Malpica, descendían también del marqués don Francisco de Malpica a través de su nieta Doña Anna Gertrudis Malpica Quiñónez Rodríguez y García Paz quién se casó con James Furlong Downes, un inmigrante irlandés. Doña Anna Gertrudis tuvo diez hijos, los hermanos Furlong y Malpica, eran tocineros y hacendados productores de granos en Villa de Carrión, ciudad que cambió su nombre al de Atlixco por decreto del presidente Nicolás Bravo el 14 de febrero de 1843. Hicieron fortuna mediante la exportación de harinas, tocinos y jabones, con ese capital compraron cargos en los ayuntamientos de Atlixco y Puebla, uno de ellos, el título de marqués y se estableció en el municipio de Tochimilco.

Los Furlong Malpica sobresalieron dentro de la oligarquía gobernante de Puebla desde las últimas décadas del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Hubo miembros de esta familia que destacaron en el ámbito nacional y en el seno de la iglesia católica y, además, en el

pujante negocio del pan; eran proveedores del bizcocho utilizado para la manutención de los tripulantes de los buques que cruzaban los océanos colindantes con el territorio mexicano. Tres de los Furlong Malpica fueron gobernadores de Puebla: Patricio, Cosme y Baltasar; hubo dos generales del ejército y tres sacerdotes. Patricio se hizo acreedor a la Orden de Guadalupe, presea que recibió de manos del Emperador Agustín de Iturbide. A la caída de éste, fue congresista por Puebla y firmó la constitución de 1824. Joaquín, uno de los sacerdotes, llegó a ser prepósito de su orden con fuerte actividad política a favor de la consumación de la independencia. Sebastián, representante de los panaderos poblanos, fue miembro del cabildo y tuvo otros cargos públicos tanto en la época colonial como en los primeros años del México independiente. Este notable poblano se casó con una hija de los condes de Agreda y del Peñasco, María Josefa Anzorena y Foncerrada. Los Furlong Malpica acostumbraban mostrar su hidalguía tanto en las festividades militares como de gobierno y por supuesto también en las religiosas, en todas ellas hacían ostentación de su posición y bienestar económico, lucían sus fastuosos y elegantes uniformes, montaban elegantes caballos ricamente adornados, desfilaban cubiertos con mantos de paño rojo bordados en oro con cuatro puntas de las que colgaban borlas también de oro.

Los primeros Malpica que obtuvieron cargos públicos en el cabildo poblano lo hicieron aprovechando la ley de Venta de Oficios de 1591, la corona estaba urgida de recursos económicos así, esta familia y otras que aprovecharon la oferta vieron aumentado su prestigio que además, aumentó su nivel de enriquecimiento. Mediante estos mecanismos se fue conformando la élite gobernante poblana, los cargos los heredaban o se vendían a quienes

ofrecían el mejor provecho económico. Dentro de ese selecto grupo de ciudadanos, también había representantes de la iglesia católica y de las milicias, las familias distinguidas entregaban a estas dos organizaciones algunos de sus hijos, de esta manera, gozaban de canonjías tanto de los obispados como de los altos mandos castrenses. Además, con las alianzas matrimoniales se incrementaba el reconocimiento social mismo que se heredaba, lo que aseguraba la conservación de los beneficios otorgados por las instituciones civiles, militares y eclesiásticas mediante la participación en cargos importantes en el seno de estas tres organizaciones de tal manera que prosapia y autoridades estaban constituidas por las mismas personas.

Por su parte, don Julián también pertenecía a una familia con tradición que le venía desde los primeros días de la ciudad de Puebla fundada en el siglo XVI. El apellido Pérez de Salazar se consolidó con don Martín Pérez de Salazar alias *El Partidor*. Inició con Andrés Carmona conocido como Andrés Pérez quien llegó a México en 1550, se dedicaba al comercio trasatlántico, exportaba grana cochinilla e importaba diversas mercaderías dependiendo del destino de sus exportaciones. Su prestigio y poder económico creció considerablemente cuando se casó con Isabel de Salazar. Gracias a ese matrimonio la familia pudo crear importantes redes mediante casamientos de conveniencia lo que le permitió afianzar su poder. En 1615 Francisco Pérez de Salazar Carvajal continuaba con el negocio familiar de la comercialización de grana cochinilla, había heredado el mayorazgo creado por sus padres y había incrementado la red familiar al haberse casado con la hija del regidor Francisco Méndez y María Monte, quien a su vez, era hija del alcalde don Juan de Fornicedo y nieta del conquistador Gonzalo Díaz de Vargas;

esta familia había ejercido una muy fuerte influencia en el cabildo poblano sobre todo durante los primeros 50 años de su existencia. En 1624, otro prominente miembro de esta familia, Jerónimo Pérez de Salazar Méndez Monte compró el cargo de alférez real por tan sólo 8 mil pesos.

Puebla de los Ángeles, a 7 de noviembre de 1841

Señora Doña Rocío Rodríguez y Ledesma de Pérez Salazar

Querida Doña Rocío:

Sus deseos, tal como me lo manifestó en nuestra reciente plática han sido cumplidos. Ximena ya se encuentra en Querétaro con los familiares de su tío Joaquín. La mandamos con el pretexto de que allá dará á luz, le han conseguido una ocupación de dependiente en la botica que abrieron recientemente, con ese trabajo podrá solventar sus gastos. Ya tiene un chiribitil. Ella no volverá á Puebla, la vergüenza por la que nos ha hecho pasar no se la vamos á perdonar. Sospechamos quién es el padre de su criatura, pero como lo acordamos, hemos hecho correr el rumor de que el responsable de su embarazo es Mario Montaña, ese rumor no tardará en llegar á oídos de su hija Lucrecia.

Con la confianza de que la deuda económica contraída con su familia será cancelada, quedo de ud.

Atentamente

Guadalupe López de Gómez

—No puedo creer que me haya traicionado de esa manera. Yo lo amaba con toda mi alma, por él me hubiera fugado de casa, estaba dispuesta a todo, y ¡mira con qué me sale! —Lucrecia lloraba a mares, Camila la consolaba y le ofrecía su pañuelo para secar las lágrimas—. Tenía

razón mi padre, es un calavera.

—La noticia me dejó sin palabras. ¿Cómo puede ser posible tanto cinismo? Es un desgraciado—respondió la amiga—. Me buscó para que te trajera un mensaje, por supuesto que no lo recibí. Lo que te hizo, es como si me lo hubiera hecho a mí. Ahora que responda como hombre y que se haga cargo del conete.

La conspiración de Doña Rocío y su cómplice Guadalupe funcionó de maravilla, Mario y Lucrecia eran la comidilla de la sociedad poblana que condenaba lo que consideraba un abuso del joven en contra de su empleada y criticaba a Lucrecia por haber mantenido un romance con un don nadie.

—No me sorprende la conducta de ese tipo —comentó don Julio mientras Cleo le servía café al terminar la comida—. Te advertí Lucrecia, que era un pobre diablo. Y con esto lo demuestra, además de ser un miserable.

—Pero ¿cómo se te ocurrió fijarte en alguien que no es de tu clase? —machacó doña Rocío—. Ahí andabas, exhibiéndote por el centro de la ciudad del brazo de ese infeliz. ¡Qué vergüenza!

Doña Rocío aparentaba sorpresa y enojo, argumentaba que Mario solamente le iba a acibarar la existencia.

—Sólo espero que ahora que te cases con Juan Manuel, a todo mundo se le olvide este triste episodio —remató doña Rocío mientras se estiraba para tomar un macarrón de la cesta de dulces que esa mañana le había llevado sor Teresa, la ahijada que mantenía en el convento de las capuchinas.

—Pues Juan Manuel no es una blanca paloma —repuso Lucrecia—. Conozco muy bien sus andanzas desde que estudiaba en el Colegio Carolino. Son famosas las

parrandas que se corría y los escándalos que armaba, varias veces lo acusaron sus propios compañeros por el exceso en sus libaciones. Nacho Comonfort y Chema Lafragua no lo soportaban, el muy engreído se burlaba de la condición social de ambos. Por eso lo detesto.

—Esos dos son unos muertos de hambre, igual que el novio que te traicionó. Lafragua anda haciéndole al periodista escribiendo locuras en el Libertador y en el Leónidas, es un revoltoso, y Nacho Comonfort, ya ves, se fue de soldado para comer gratis, no conseguía trabajo.

El comentario clasista de su madre y la forma despectiva de tratar a dos brillantes estudiantes molestaron más a Lucrecia, sobre todo porque pretendía justificar la conducta reprobable de Juan Manuel.

— ¿Y qué me dices de sus aventuras en Europa? — contestó la joven—. Gracias a Toño Haro y a su hermano Atanasio logró que los jesuitas lo aceptaran en el Colegio de Nobles de Roma. No estudiaba, pasábase el tiempo como príncipe nada más que sin corona y tuvo que regresar a México porque por poco lo matan, dicen que estafó a la hija del conde de Boigne y que éste púsole precio a su cabeza. Ni los Haro y Tamariz con todo y sus influencias pudieron defender.

—¡Lo que haya pasado en Europa, quedose allá! —repuso don Julio—. Los hermanos Haro y Tamariz viajaron a Roma gracias a su hermano Joaquín, cuando fue nuestro gobernador impulsó mucho a todos los que querían estudiar en Europa, no nada más a sus familiares. Él no hubiera permitido que se manchara su nombre por un mal amigo de sus hermanos. La gente cuenta mentiras por envidiosa. Y si algo pasó por allá, es asunto olvidado. Juan Manuel será tu marido y punto.

—Los Haro y Tamariz son familia muy decente y

munificente, escogen muy meticulosamente con quien se casan, si Toño supiera algo indebido de Juan Manuel, te aseguro que no se hubiera casado con Lolita Ovando, ella y Juan Manuel son primos hermanos. Toño no arriesgaría su carrera política ni su prestigio pudiéndose escoger otros partidos— puntualizó doña Rocío.

La madre de Lucrecia conocía muy bien la historia de la aristocracia poblana y particularmente la de la familia Haro y Tamariz. A pesar de la diferencia de edades llevaba una estrecha amistad con la esposa de Antonio, doña María Dolores Ovando Cervantes; de niña, Lolita había convivido mucho con Juan Manuel, el futuro marido de Lucrecia. Cuando Antonio regresó de Roma, hizo una gran carrera política de más de 30 años, a lo largo de ella fue cercano a Valentín Canalizo quién siendo presidente interino de la república lo nombró ministro de economía, ese mismo cargo también lo ocupó con Antonio López de Santa Anna en una de sus muchas etapas de presidente. Entre sus amigos se contaban Lucas Alamán y José María Tornel de quien fue asesor cuando ocupó el cargo de ministro de guerra y marina.

La boda entre Lucrecia y Juan Manuel se llevó a cabo en abril de 1841, recibieron el santo sacramento de manos del obispo de la diócesis de Puebla, don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno, querido por la feligresía y la aristocracia poblana porque, además de ser el pastor católico de la ciudad, era un excelente político y diplomático. Fue el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario que tuvo la encomienda de tramitar el reconocimiento de la independencia de México ante la Santa Sede antes de que el nuevo país latinoamericano fuera reconocido por los gobiernos europeos.

Rocío Rodríguez de Ledezma de Pérez Salazar, madre

de Lucrecia, se jactaba de contar entre sus amistades a la señora Calderón de la Barca quién, en una de sus visitas a Puebla, se había hospedado en la casa de los Haro y Tamariz Ovando y Cervantes. Frances Erskine Inglis, nacida en Edimburgo era conocida como la marquesa Calderón de la Barca, y aunque era de religión protestante fue muy bien acogida por la sociedad poblana. Era la segunda esposa de Ángel Calderón de la Barca, ministro plenipotenciario de España en México una vez alcanzada y reconocida la independencia. Acompañando a su marido la marquesa Calderón de la Barca llegó a tierras de Anáhuac en diciembre de 1839. Conoció el país y escribió sus impresiones en cartas que mandaba a su familia radicada en Boston. A partir de una selección, 54 de ellas escribió el libro *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, la primera edición se publicó en Boston en 1843. Doña Rocío había recibido como obsequio un ejemplar autografiado por la propia marquesa; Lucrecia se sentía muy orgullosa de la amistad de su madre con tan distinguida señora y gustaba de leer a sus amistades algunos pasajes plasmados en esa obra en las tertulias a *sotto voce* que organizaba en su casa no siempre con el beneplácito de su marido. A Juan Manuel le molestaba que Lucrecia siguiera su vida social y sobre todo, pensaba que los Pérez Salazar, aunque presumieran de destacadas amistades como la marquesa Calderón de la Barca, nunca serían mejores que los Malpica, además, insistía en que Lucrecia debería dedicarse a él y a su hogar y olvidarse de la convivencia con sus antiguas amistades, sobre todo, con Camila pues la consideraba una mujer sin principios y una influencia nociva para su esposa, por eso le prohibió su amistad.

17 de mayo de 1863.

Mi vida adulta se ha caracterizado por eventos que me han marcado profundamente. Mis padres engañáronme para obligarme a un casamiento por conveniencia familiar. Aunque a mi marido no lo amaba, sí lo respetaba. Casáronme con él cuando tenía 20 años. Durante la guerra con los Estados Unidos, jamás me separé de mi esposo a pesar de su infidelidad. Nunca pensé que costaría muy caro abrir las puertas de mi casa y mi corazón a mis familiares más necesitados. Tuve que soportar humillaciones y habladurías, fui vilipendiada, anduve en boca de la gente por la conducta ligera de mi prima, y mi marido no era inocente. Tuve que tragarme mi orgullo cuando quise divorciarme: “Cómo una Pérez Salazar se va a divorciar” decíanme mis padres, y los curas: “Es tu cruz, tienes que aguantarla”. Como si yo hubiera elegido ese sacrificio. Con gusto hubiérame largado con un gringo como lo hizo ella. Pero ahí estuvo Lucrecia, de mensa, aguantando todo. Quise que me ayudara Toño Haro, pero no me hizo caso, como mi marido era su gran amigo, a él le dio la razón y como ya se sentían liberales y los dos andaban de lambiscones con Valentín Gómez Farías, qué les iba a importar lo que yo pensara. A Toño le importaba el hueso de Hacienda y a Juan Manuel los negocios de Toño en Puebla, lo que yo sintiera y pensara les parecía una paparrucha. Fui testigo de muchos acontecimientos interesantes y también tuve muchas decepciones. Mis familiares se enojaron mucho cuando conocí al General Worth en 1847. María Luisa, mi hija tenía 4 años y Fernando su hermano, apenas había nacido. Juan Manuel se puso muy celoso, después supe que no era por mi amistad con el general Worth sino porque “esa” prefirió a los gringos. Y yo aguantando. A papá tampoco le importaba mucho lo que me pasaba, él quería reactivar sus negocios, exportar, importar, estar bien con los comerciantes, nosotros éramos nada más un parapeto, le importaba que nos vieran como una familia decente, nada de escándalos, costara lo que costara.

CAPÍTULO 3

AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS

Hacia ya varios años que México había perdido el territorio de Texas. La separación de este territorio había terminado al declarar su independencia el 2 de marzo de 1836. Joel Poinsett y Duff Green lograron que el presidente Tyler convenciera al congreso de aprobar la incorporación de Texas a su nación, por lo tanto, cualquier fricción entre Texas y México se convertía automáticamente en un conflicto internacional del que la ambiciosa nación norteamericana sacaría provecho.

Cuando las noticias de que en enero de 1846 por órdenes de Washington, el general Zachary Taylor había construido un fuerte en la ribera izquierda del Río Bravo al que llamaron Fort Texas llegaron a Monterrey, los conflictos políticos internos impidieron que a este acto de provocación tan alarmante se le diera la importancia que merecía. Algunas familias de las mejor posicionadas económicamente entre las que se contaba la familia Garza, confiaban en que el invasor norteamericano respetaría sus bienes. Las propiedades que este clan ocupaba las tenían en uso, además, sabían que el interés yanqui estaba en las tierras ociosas. Estela Rodríguez de Ledezma había procreado una hija con Gastón Garza Treviño a la que le pusieron por nombre Antonieta porque había nacido en San Antonio. Gastón había establecido en esa ciudad una agencia para realizar negocios con los colonos establecidos en Texas, pero a raíz de las revueltas e inconformidades de los residentes de ese estado que terminó en guerra, la sociedad texana se había vuelto muy violenta. Gastón fue asesinado al oponer resistencia a un asalto a su negocio y

Estela con su hija Antonieta regresó a Monterrey a trabajar las tierras de la familia Garza que eran abundantes y muy productivas.

Fue hasta mayo de 1846 cuando las noticias de la Batalla de Palo Alto comenzaron a causar alarma entre la población regiomontana, las fuerzas enviadas por Santa Anna tuvieron que emprender la retirada ante el incontenible avance de las tropas norteamericanas. En poco tiempo, la ciudad de Monterrey fue tomada por el enemigo invasor.

La sala de la familia Pérez Salazar estaba ubicada al lado derecho de la casona marcada con el número 13 de la calle del Dean. Estaba amueblada elegantemente al estilo francés con grandes y gruesa cortinas de terciopelo, un gobelino en el que se representaba la coronación de Carlos IV adornaba la pared principal de la habitación. Don Julián se dirigió a la mesita ubicada en un rincón de la espaciosa habitación y destapó una licorera de fino cristal checo, se sirvió una copa de coñac *Courvoisier* y se sentó en el sillón a un lado del sofá en el que aguardaba su esposa doña Rocío, la madre de Lucrecia quería contar con la atención total de su marido para dar lectura de una carta que sostenía en sus manos.

San Luis Potosí a 12 de marzo de 1847

Querida prima Rocío:

Esperando que tú y tu familia se encuentren gozando de salud a pesar de la situación por la que nuestra querida patria atraviesa, acudo a la misericordia que os caracteriza para que nos deis albergue temporal a mí y a mi hija Antonieta pues la situación aquí es insostenible.

Las tropas norteamericanas han destruido la ciudad de Monterrey, todo está en ruinas, las iglesias han sido incendiadas y las casas abandonadas, saqueadas. Las atrocidades que los invasores han cometido rayan en la crueldad más extrema, pensaban que no habría resistencia por parte de los mexicanos en su camino a la Ciudad de México, pero se equivocaron. Se enfurecieron cuando en combate murió un coronel, creo que se apellidaba Cross, en venganza, tomaron prisionero a un campesino mexicano que defendía su parcela, los rangers lo acusaron de ser espía, lo golpearon y como confesó ser católico, lo clavaron en un crucifijo dentro de una de las iglesias que quemaron; burlándose, le dijeron que si tanto amaba a Cristo, que lo acompañara en su sacrificio. Este acto tan cruel e inhumano provocó la indignación de John Riley, un capitán irlandés que, junto con sus soldados, acabó con esos criminales, pero tuvieron que desertar y ahora pelean del lado mexicano, les dicen los patricios.

Cuando los invasores norteamericanos llegaron a Monterrey, estos extranjeros compañeros de Riley, porque no nada más hay irlandeses, también hay negros, unos que llegaron de África y otros nacidos en los campos algodonereros, algunos son polacos y dicen que también hay alemanes y belgas, defendieron con sus cañones la ciudad, pero hay mucha desorganización entre los militares mexicanos, a veces hasta parece que algunos comandantes están del lado de los invasores, al menos eso se dice, por ejemplo, de un tal Ampudia.

Hace unos días vivimos las horas más terribles que os podáis imaginar, todas las calles de Monterrey eran campo de batalla, pero como los invasores no respetan a las mujeres ni a los niños pues los toman como botín de guerra, la gente de la ciudad se unió a la defensa de la ciudad, ayudaba en lo que se podía. Yo me sentía morir, sobre todo porque Toñita anduvo ayudando a Chepita Zozaya, una joven señora que organizó la repartición de municiones y pólvora por las azoteas de las casas desde las que

nuestros valientes defensores trataban de repeler al enemigo.

Logramos salir de Monterrey en una caravana de habitantes y soldados y nos detuvimos en esta ciudad de San Luis Potosí. Los soldados descansaron un poco, el general Santa Anna los reorganizó y salió el 27 de enero a detener al invasor, pelearon como fieras, pero hambrientos y mal vestidos. Los patricios con sus cañones les causaron bajas importantes. Casi ganamos ahí, en la Angostura, pero inexplicablemente Santa Anna ordenó retirada. Hay rumores de que algunos patricios han planeado asesinarlo pues creen que más que dirigir las batallas procurando ganarlas y hacer que el enemigo se retire, es un cómplice de Taylor.

El ejército nacional llegó ayer a esta ciudad, Toñita y yo nos unimos a las mujeres del pueblo que iban y venían con agua, tortillas y salsa para que los soldados comieran algo.

En pocos días van a llegar a San Luis, nosotras ya no queremos estar aquí y presenciar balaceras, masacres, violaciones. Necesitamos un lugar, temporal, para esperar que las cosas se calmen y ya veremos si regresamos a Monterrey o nos establecemos en otro lugar, por eso acudimos a vuestro buen corazón y el de vuestra familia para que nos acepten por un tiempo breve, os prometo que no seremos una carga, ayudaremos con lo que nos indiqués, ya sea en labores de la casa, en la cocina o en el negocio de Julián, Toñita tiene experiencia de trabajo en oficina.

Esperando que vuestra respuesta sea afirmativa y ayudeis a este par de mujeres desesperadas, quede de vos tu prima y S.S.

Estela Rodríguez y Ledezma Vda. De Garza

Doña Rocía dobló la carta y la guardó en su sobre mientras don Julián se rascaba la barbilla y miraba al piso pensando lo que iba a decir. Después de algunos segundos

levantó la cara, tomó su copa y dio un pequeño trago y con parsimonia la depositó nuevamente en la mesita.

—Pobres mujeres —dijo al fin don Julián—. ¡Qué difíciles momentos han vivido!, pero no sé si su mejor opción sea venir a Puebla.

—Pero papá, aquí tienes disponible la habitación que yo ocupaba y la de las visitas, esas pobres mujeres son de nuestra familia, si no las apoyamos nosotros, ¿quién?

Lucrecia tomó la mano de su marido, mostraba cierta emoción al contemplar la posibilidad de recibir a su tía y a su prima que era una muchacha más o menos de su edad.

—El negocio va mal —añadió don Julián—. Desde el año pasado los puertos están bloqueados, no hemos podido importar ni exportar nada, conseguir salvoconductos es muy difícil, Santa Anna logró viajar de Cuba a Veracruz porque traía uno que le concedió el presidente Polk, pero de ahí en fuera no llega ni sale ningún barco y, además, serán dos bocas más. —Levantó la cara y miró a su hija—. Me siento abismado —concluyó don Julián.

—No sé —agregó doña Rocío moviendo la cabeza—. Nada más de pensar en la posibilidad de que nos pueda suceder lo mismo, me hace sudar frío.

—Podemos correr la misma suerte si pretendemos detener a los Yanquis. —Juan Manuel mostraba un nerviosismo que no podía disimular y apretaba con su sudorosa mano derecha la mano izquierda de Lucrecia—. El ejército del General Scott ya viene en camino, y si se nos ocurre oponer resistencia, aunque sea como los veracruzanos aventando muebles y objetos de todo tipo por las ventanas, nos puede ir peor que a los de Monterrey, lo mejor sería darnos de una vez por derrotados y dejarlos pasar, ellos quieren llegar a México, su estancia aquí sería

temporal y si los tratamos bien, no habrá nada que temer.

Puebla era fundamental para los invasores porque al estar ubicada entre el puerto de Veracruz y la ciudad de México, tomar la ciudad significaba tener el campo abierto para llegar a la capital de la república.

—No somos rival para ellos —agregó doña Rocío—. Ya ven que se les quiso detener en Cerro Gordo y no se pudo, no tenemos con qué hacerles frente. No vale la pena armar una de Dios es Cristo.

—¿Y entonces, el dinero de la Iglesia para qué sirvió? —preguntó Lucrecia incrédula a la vez que decepcionada—. ¿No que sería para comprar armas y pagar soldados?

Don Julián colocó su copa sobre la mesilla de centro, se limpió los labios con una fina servilleta italiana que tenía bordadas las letras P.S y R.L. y con la mirada fija en la vitrina que tenía enfrente agregó:

—No ha sido suficiente, hija. Una guerra de este tamaño requiere de mucho dinero y mucho esfuerzo, y si a eso le agregas las discordias entre los políticos y generales, el fracaso está garantizado.

Lucrecia recordaba el decreto del 11 de enero mediante el cual el gobierno había dispuesto de los bienes del clero para hacer frente a la emergencia bélica, con ese decreto había obtenido 15 millones de pesos.

—Así que Chema Carreto tuvo que sacar la cara en el ayuntamiento informando de la ocupación de los bienes de la iglesia para nada —. Lucrecia sentía una fuerte decepción por los resultados tan malos de todos los niveles de gobierno —. ¡Pues entonces que esos bribones le regresen su dinero al señor Obispo, y si eso ya no es posible, que ya no le quiten más!

Lucrecia estaba sumamente enfada pues en confesión con el señor Obispo, éste le había externado su

pesar por la pérdida de sus bienes.

—¡Y ni siquiera se sabe si ese dinero se convirtió en armas! —Lucrecia alzaba la voz llegando al filo de la desesperación—. ¡Nuestro ejército es una runfla de desharrapados, muchos ni zapatos tienen, otros pelean a machetazos porque no hay balas, de nada sirven los fusiles!

—Lucrecia se puso de pie, caminó hacia la ventana y volteó para mirar a su familia —. ¡Pero eso sí, como no les damos ni un centavo, nos anatematizan!

— ¡Bonito ejército nos cargamos! —completó doña Rocío.

El ejército estadounidense causaba pánico entre la población civil por el anticlericalismo del común de sus soldados, la tropa era muy hostil al catolicismo, por esa razón la reacción de la ciudadanía mexicana fue enfatizar la religión como un elemento de cohesión ante la invasión. Muchos mexicanos salieron en defensa del clero.

Cuando en enero de 1847 el regidor del Ayuntamiento poblano José María Carreto informó al cabildo acerca de la ocupación de los bienes eclesiásticos, el alcalde José Ygnacio Álvarez alzó la voz calificando tal decisión de atentatoria e inconveniente porque perjudicaba a la Iglesia y a mucha gente que dependía económicamente de la actividad de la cual el clero era su motor principal. El Ayuntamiento acordó protestar ante el gobernador contra el decreto por considerar que esa medida era un golpe muy duro a la dignidad de la Iglesia y sus ministros porque se les reduciría a la mendicidad y a la miseria.

Don Julián se acercó a la mesita en la que se encontraba tres cuartos de ella y se sirvió otra copa soportando la mirada inquisidora de doña Rocío a la que el jefe de familia no hizo el menor caso y regresó a su asiento, dio un trago pequeño, saboreaba el coñac al momento que

depositaba su copa sobre la mesa de centro y con actitud reflexiva comentó:

—Gobernar en situación de guerra es muy difícil — explicaba don Julián —. Ya hubo una petición al Gobierno del Estado, el señor Ibarra aceptó exonerar al Ayuntamiento de los 500 pesos que se le solicitaron en diciembre.

—Sí, es verdad —comento Juan Manuel—. Pero las peticiones de dinero para sostener una guerra de antemano perdida no cesan. Por eso el regidor Tort convocó a un Cabildo extraordinario porque considera que no se conforman con empobrecer a la iglesia, también quieren perjudicar al Ayuntamiento, creo que esa protesta se hizo con gran prosopopeya, pero ha sido respetuosa a la vez que enérgica.

—Yo supe que el secretario del excelentísimo señor Obispo don Francisco Pablo Vázquez y Sánchez Vizcaíno, don Carlos Mellado, envió una carta de agradecimiento al Ayuntamiento por solidarizarse con la causa de la Iglesia —se sumó doña Rocío a la revelación de rumores y se santiguó a momento de pronunciar el nombre del Obispo.

Las autoridades de Puebla publicaron algunas proclamas llamando al patriotismo de los poblanos. El gobernador Domingo Ibarra Ramos recordó que el Ejército estadounidense estaba cerca de la ciudad de Puebla y convocó a luchar por la salvación del Estado, en su proclama, alegaba que se debía luchar para que permaneciera intacta la religión sacrosanta de los ancestros poblanos. El impulso de la defensa de la ciudad era en torno a la religión y la libertad. Para el Ayuntamiento y el clero fueron fundamentales los ritos religiosos, los consideraban actos patrióticos que apelaban a la protección divina, imploraban la mediación de San Miguel y la ayuda celestial y a pesar de su estado enfermo, el obispo Vázquez apeló a una

acción pastoral que buscaba fortalecer el catolicismo como garante de la unidad nacional.

.....

Estela Rodríguez de Ledezma viuda de Garza y su hija Antonieta llegaron a la ciudad de Puebla el 4 de abril, era el domingo de resurrección que ponía fin a esa semana santa. La familia Pérez Salazar y Rodríguez de Ledezma regresaba de los oficios religiosos a cargo del obispo de la diócesis que ya mostraba una salud bastante deteriorada y un ánimo decaído cuando se encontraron con las recién llegadas.

El entusiasmo que Lucrecia había manifestado por la llegada de sus familiares pronto desapareció, el carácter abierto y franco de las recién llegadas del norte no le agradaba, sobre todo el de Antonieta que de inmediato puso al descubierto su actitud poco recatada hacia el sexo masculino, particularmente hacia Juan Manuel a quien le llamaba querido cuñadito.

Antonieta era una joven de 22 años, de piel muy blanca, ojos azules y pelo rizado, castaño que bien cepillado le llegaba a media espalda, su nariz daba la impresión de ser un pellizco por lo pequeña y respingada y, además, armonizaba bellamente con su boca pequeña que procuraba llevar siempre bien pintada.

De manera muy sucinta las regiomontanas platicaron las vicisitudes que vivieron en el norte cuando las tropas norteamericanas sitiaron y ocuparon Monterrey; sin el menor recato Antonieta platicó cómo había explotado sus atributos femeninos con dos o tres oficiales yanquis de alto rango, justificando que se había sacrificado por la patria.

—Hay dos cosas por las que los hombres son capaces de todo: dinero y sexo —Antonieta dirigió una mirada sugerente a Juan Manuel —. ¿Verdad querido cuñadito?

Lucrecia no pudo disimular su enojo, no podía expresar lo que pensaba por respeto a su madre y a su tía, pero tampoco estaba dispuesta a tolerar tanto cinismo.

—Hay diferencia entre ser tomada como botín de guerra y violada como sucedió con muchas mujeres y niñas que padecieron los abusos de los *rangers* y otros criminales de esa estirpe, a ofrecerse a los oficiales como fruto deseable y fácilmente alcanzable —Lucrecia buscaba la manera exhibirla como una mujer de cascos ligeros —. No veo en donde estuvo tu sacrificio por la patria.

Antonieta, esbozando una sonrisa cínica y de satisfacción por haber logrado incomodar a su prima respondió:

—Cuando los hombres satisfacen sus necesidades y sus deseos se cumplen, se vuelven más tiernos, son cariñosos cuando reciben amor, se logra más con eso. Al quedar satisfechos son más susceptibles a corresponder a las peticiones de sus mujeres, la historia lo demuestra, Nefertiti dominaba la voluntad de Akenatón, Nerón hacía la voluntad de Popea, Isabel de Portugal hacía que Carlos V mandara lo que ella deseaba y Hurrem dominaba la voluntad del sultán Solimán el Magnífico. Mi sacrificio consistió en suavizar el corazón de esos oficiales yanquis soportando la relación íntima con seres tan despreciables y odiados.

.....

Ante la inminente invasión extranjera el prior del convento de Santo Domingo organizó un novenario a celebrarse el

14 de abril al que invitó al Ayuntamiento como principal participante, lo había hecho para pedir por las necesidades de los políticos locales, el clero mostraba con la respuesta religiosa su solidaridad con la causa del gobierno de la ciudad, este gremio al que se sumaban las voluntarias piadosas que ejercían obras de caridad, era uno de los más interesados en la defensa de la ciudad junto con las élites locales. Aceptarían la ocupación de la ciudad sólo cuando fuera ya un hecho consumado, no ofrecerían resistencia porque era preferible el orden y la tranquilidad a una lucha de antemano perdida, procurarían una defensa pacífica ante la incapacidad para ofrecer una resistencia militar eficaz.

El gobernador había salido de Puebla por lo que, desde la perspectiva de los regidores locales, el Ayuntamiento era una autoridad de carácter legal y la más allegada al pueblo. En la sesión del día 23 de abril realizaron varios acuerdos para cuando la ciudad cayera en manos del ejército norteamericano, eran conscientes de que no había elementos con los que se pudiera preparar una defensa efectiva. A esa sesión fueron invitados los más prominentes industriales y comerciantes de la ciudad, don Julián asistió en su calidad de representante del gremio de la importación y exportación. Cinco días después, el Ayuntamiento acordó atribuirse varias facultades, entre ellas la de crear bandos de policía y buen gobierno y disponer de las rentas públicas para lo cual, dadas las restricciones que se habrían de imponer en cuanto la ciudad estuviera en manos de las tropas de Scott, se formaron comisiones y don Julián propuso a su yerno Juan Manuel Malpica para encabezar una de ellas la cual fue aceptada.

El acuerdo salió a la luz pública y éste se interpretó como una rendición anticipada a las fuerzas invasoras,

hubo protesta incluso en medios nacionales como el Monitor Republicano, este diario daba la noticia de que se había acordado entregar la ciudad al ejército estadounidense tan pronto como se aproximara, el diario publicaba que sería un recibimiento entreguista equivalente al que Moctezuma hizo a Cortés aquel 8 de noviembre de 1519 cuando Tenochtitlán recibió al conquistador español, ahora sería la Ciudad de Puebla la que por temor al invasor, prefería rendirle pleitesía. Se publicaron nombres de los que formaban comisiones a los que se les etiquetaba de cobardes, ahí aparecía el nombre de Juan Manuel Malpica lo que significaba un desprestigio familiar.

—¡Pero cómo se te ocurrió aceptar ese cargo! —reclamaba Lucrecia—. ¡Tú que vas a saber de asuntos de policía y orden público! —Y agrego un comentario burlón—. Mejor te la hubieran dado de tinterillo.

—¡No voy a tolerar tus dicterios! —exclamó Juan Manuel—. ¡El Ayuntamiento necesitaba gente de confianza, y tu padre me propuso! —respondió Juan Manuel pasando la culpa a su suegro.

—¡Pues ahora tienes que reivindicar nuestro nombre! —repuso Lucrecia mostrando cierta preocupación—. Seremos la comidilla de la gente bien.

Lucrecia se sentó y tomó su cabeza entre las manos por unos segundos, estaba pensativa. Repentinamente levantó la cara mostrando que una buena idea había llegado a su mente y de manera enfática la dijo en voz alta:

—¡Pídele a Toño Haro que te presente con el general Bravo! —La petición era más una orden—. Ponte a su disposición, y que se sepa. Don Nicolás es el comandante de la Plaza, ya ha dicho que no hay con qué enfrentar al enemigo, no correrás ningún peligro y así ya no aparecerás como un cobarde entreguista, la gente creerá que estás

dispuesto a pelear si hay con qué.

A Lucrecia le importaba mucho el “qué dirán”, había crecido en el seno de una familia que siempre había sido un buen referente social y le angustiaba mucho manchar su buen nombre. El Comandante General de Puebla era el general Nicolás Bravo, la prensa le reclamaban haber prohibido introducir víveres en las poblaciones tomadas por el ejército invasor. Para prevenir la posible hambruna en la ciudad se pidió al Obispo que diera la orden de que, en los conventos de la ciudad, todos los días hubiera peroles de frijoles, habas o alverjones para que los pobres se pudieran alimentar y se prohibió tronar cohetes o repicar las campanas pues la Angelópolis no estaba de fiesta.

Lucrecia y su madre doña Rocío, como buenas damas de la caridad, se anotaron de voluntarias para auxiliar a las monjas del convento de Santa Inés en sus obras piadosas. Las necesidades de la gente pobre crecían cada día pues la vigilancia en las calles era más estricta y se impedía el comercio informal así como la mendicidad. Obedeciendo las instrucciones del Obispo, en los conventos se preparaban alimentos que se distribuían gratuitamente a quienes se formaran y solicitaran un plato de comida.

Aquel día, Lucrecia lucía demacrada, sentía mareos y ganas de vomitar, se sentó en una silla en lo que le llevaban un vaso de agua, lo tomó despacio, respirando profunda y pausadamente.

—Hija, mejor vete a casa —le recomendó doña Rocío pasándole un trapo húmedo por la frente—. Que te acompañe Cleo, yo me quedo aquí ayudando a sor Felicia y me voy a casa a la hora de comer.

Lucrecia obedeció a su madre. Al llegar a su casa, abrió la puerta y entró comentando con Cleo su malestar, le extrañó oír ruidos en la recámara pues a esa hora no debería

haber nadie en casa, de repente apareció Juan Manuel, se veía nervioso y tartamudeó al querer explicar por qué estaba en casa. Minutos más tarde apareció Antonieta, sonriente, con el pelo un poco desarreglado, pero tampoco pudo explicar qué hacía en la casa de Lucrecia cuando debería estar en casa de don Julián acompañando a Estela, su madre.

Lucrecia no pudo contener su coraje, abofeteó a Juan Manuel que entre golpe y golpe pretendía dar una explicación, a Antonieta la echó de su casa y le dijo que no quería verla nunca más, tenía que desaparecer de su vida en ese preciso momento.

21 de mayo de 1863

Aunque Worth envió el mensaje de respetar la religión católica, los actos criminales que habían cometido en los pueblos a su paso no daban confianza, mi madre temíase que nos obligaran al protestantismo. El Obispo y el Dean ofrecieron un novenario a la Virgen para que no hubiera violencia, la Virgencita los escuchó, los yanquis entraron en paz. Lástima que todos querían quedar bien con el invasor, al Ayuntamiento y el Clero peleáronse fuerte y ya no se sabía quién tenía más autoridad, hasta las monjas de algunos conventos aprovecharon la confusión para actuar según su conveniencia. Solamente los pobres y los léperos mostraron patriotismo, hostigaban a los invasores cada vez que podían, muchos yanquis perecieron en las calles poblanas, pero también muchos pobres inosentes pagaron con su vida la endeble resistencia.

El colmo del cinismo llegó el día que los yanquis celebraron su independencia y organizaron un baile, las damas decentes de

la ciudad boicoteamos el convite, pero no faltaron las mugeres de conducta ligera que acompañaron a los invasores, las chinas y prostitutas de la ciudad encabezadas por La Fina sacaron muy buena raja de la celebración del 4 de julio.

De nada sirvió el brebe sitio impuesto a Childs. Lane, luego de arrasar con Huamantla, llegó a Puebla para culminar su venganza. Estuvimos a punto de perder lo poco que todavía conservábamos como familia poblana decente.

CAPÍTULO 4

LA FINA

El 12 de mayo de 1847 llegó a Puebla la proclama que el general Worth había dirigido a los ciudadanos mexicanos desde Xalapa el día anterior. La guerra era *“para asegurar el porvenir de la libertad mexicana y del sistema republicano”* decía el manifiesto; la lucha, aseguraba el general norteamericano, era contra el partido monárquico. Worth comunicaba en su misiva: *“nosotros no hemos profanado vuestros templos, ni abusado de vuestras mujeres, ni ocupado vuestra propiedad, como os lo quieren hacer creer ... Nosotros adoramos al mismo Dios, y una gran parte de nuestro ejército, así como de la población de Estados Unidos, somos católicos”*.

—¿Qué clase de católico es ese Worth que asesina sin miramientos? —exclamó doña Rocío—. ¿Bombardear casas y asesinar campesinos es cristiano?

—¡Son unos hipócritas! —remarcó Lucrecia—. Vienen matando en nombre de la libertad. Sí, la libertad de los sepulcros.

Al marchar hacia Puebla de camino a México, Worth insistía en que el ejército de los Estados Unidos respetaría siempre la propiedad particular de toda clase, y sobre todo, la propiedad de la Iglesia. Sabía que el gobierno mexicano había tomado dinero del clero, ofrecer respeto al culto y a sus propiedades garantizaba la alianza del obispado a su causa invasora. El general Worth decía que el derecho de la propiedad eclesiástica y el respeto al culto católico era una promesa y a la vez, muestra de su buena voluntad.

En la ciudad las opiniones estaban divididas, unos aseguraban que era un ardid del general norteamericano para generar confianza en la población, pero que no

estaría dispuesto a cumplir su promesa. Otros, como Juan Manuel y su suegro, pensaban que el ofrecimiento de los norteamericanos era sincero y convenía seguir sus consejos por las buenas. Don Julio suponía que incluso podría ser de ayuda para reactivar sus operaciones comerciales; si garantizaban cierta estabilidad y abrían los puertos, su agencia podría recuperarse en pocos meses.

Pero las cosas no eran como don Julio lo esperaba, Santa Anna investido por enésima vez como presidente de la república llegó a Amozoc, insistió una vez más en la necesidad de contar con más dinero del clero para financiar la defensa militar de Puebla, pero los canónigos se lo negaron.

—¡No vamos de donar un centavo más! —arengaba monseñor Vázquez frente al Cabildo Catedralicio—. Esperemos la llegada de los norteamericanos, el general Worth nos ha prometido respeto en lo económico y en lo religioso.

—Worth ha prometido no entrometerse con el culto y nuestros bienes —reforzó la idea su secretario don Carlos Mellado—. No provoquemos su ira cooperando con su enemigo.

—Santa Anna se va a enfurecer —agregó el Dean —, dice que va a tomar represalias. Le encanta meter ruido con los acicates. En cuanto llegue Worth pediremos su protección.

Al ver frustrado su intento de recabar más fondos, Santa Anna se dirigió a la ciudad de México para preparar la defensa de la capital de la República. Se daba ya por un hecho que la ciudad de Puebla no combatiría al ejército de Estados Unidos y que caería en sus manos sin disparar un solo tiro.

El 12 de mayo el ejército norteamericano se estableció

en Amozoc, el general Worth mandó una carta a Puebla en la que invitaba al Ayuntamiento a negociar la rendición manteniendo de su parte un total respeto por la religión católica y culto público, daba su palabra de respetar a todas las personas y los bienes de toda la ciudadanía mientras ellos, los norteamericanos, no fueran hostigados.

—El general Worth garantiza el libre ejercicio de todas nuestras funciones en el Ayuntamiento —Juan Manuel comentaba con optimismo la noticia que ya circulaba por toda la ciudad—. Promete total respeto a nuestro trabajo en el gobierno.

—Sí, pero que también respete y garantice la libertad para continuar con los oficios religiosos —completó doña Rocío—, dicen que como son protestantes, van a decomisar los bienes de la iglesia y que se van a prohibir las procesiones. ¡Nos van a obligar a cambiar de religión!

—¡Cómo crees! —contestó don Julio—. Si lo que quiere Worth es tener a la gente de su lado, sabe que llega a una ciudad cien por ciento católica —comentó en tono bastante pacificador—. Le interesa establecerse aquí lo más tranquilamente posible y así preparar el asalto a México.

—Mientras no se meta con las propiedades de la iglesia, les aseguro que no habrá protestas —concluyó Lucrecia que soltando la mano de Juan Manuel se sirvió una copa de licor de durazno elaborado en Zacatlán.

Su marido le hizo una seña para que le sirviera una copa, pero él quería tomar coñac. Lucrecia se sentó nuevamente junto a Juan Manuel, puso las copas sobre la mesita de centro y tomó nuevamente la mano de su marido, él correspondió la atención de su mujer acariciándole el vientre que ya mostraba su avanzado embarazo de 8 meses. Al parecer, el *affaire* de Antonieta ya se había olvidado.

El 13 de mayo el Ayuntamiento poblano conformó

una comisión para encontrar al general Worth ahí mismo, en Amozoc. Estaba formada por autoridades municipales y representantes de ciudadanos de Puebla. Juan Manuel iba como responsable del bando de policía y buen gobierno, su encomienda era la paz y la tranquilidad tanto para los ciudadanos como para los invasores, don Julián iba representando a los empresarios poblanos.

El obispo Francisco Pablo Vázquez y el deán Ángel Alonso y Pantiga decidieron celebrar “un novenario de rogaciones” para que por la mediación de María Santísima de Guadalupe, se alcanzara la paz y la reconciliación. El clero secular y regular, deberían exponer el Santísimo para su pública adoración, las damas voluntarias entre las que se encontraban doña Rocío, su prima Estela y Lucrecia promovieron entre sus amistades los oficios religiosos y participaron activamente en los rezos.

El cabildo cardenalicio estaba formado por el recién elegido deán Ángel Alonso y Pantiga, José María Luciano Becerra era el chantre y a José María Oller el tesorero. Estos tres integrantes del cabildo eran los miembros de mayor antigüedad. El cabildo formado en 1846 tenía otros 11 miembros. Dos canónigos llamados de gracia; José Pedro de Echávarri y José Cayetano Gallo, habían ingresado en 1831 y había dos más: José Antonio de Haro y Tamariz y José María Gil, estos últimos se habían integrado al cabildo el 21 de marzo de 1839. Era la primera vez que se aceptaban nuevos miembros desde 1831.

El clérigo José Antonio Haro y Tamariz era hermano del gran amigo de Juan Manuel que curiosamente también se llamaba Antonio. José Antonio era 12 años mayor que Antonio y había abrazado la vida clerical desde muy joven, por esa razón casi no había convivido con su tocayo y hermano menor, pero sí conocía a sus amistades y por su

cargo, a las familias con las que se habían unido cada uno de sus hermanos y hermanas por lo que los Pérez Salazar gozaban de su amistad y en cierto modo, de un trato preferencial. Años más tarde, Asunción, hija de Antonio, contraería nupcias con Francisco Pérez Salazar.

—Es imprescindible mostrar un cabildo eclesiástico en todo su lustre ante los enemigos del clero —afirmaba don Julio en reunión con el cabildo catedralicio.

—Nuestras acciones deben ir acompañadas de las que realice el Ayuntamiento, —respondió José Antonio Haro—. Si no mostramos unidad ante el invasor, podrían aprovechar nuestras diferencias para instaurar creencias religiosas que nos son ajenas.

Ambos sectores tomaron un lugar protagónico, tanto Ayuntamiento como Cabildo Catedralicio. Ángel Alonso y Pantiga decidió además, celebrar un triduo a San Miguel, “para poner remedio a la guerra”. El Ayuntamiento aceptó de buen grado participar en los actos piadosos, pero pronto se desató una polémica, la discusión era respecto a la devoción que se debía preferir en los actos religiosos. Algunos capitulares optaban por la Virgen de Guadalupe y otros por Nuestra Señora de la Defensa, un culto de añeja tradición local. Una parte del Cabildo pretendía mantener concentrada la atención de sus fieles en la imagen símbolo de los mexicanos, la decisión tenía una dimensión política.

El día 14, el Obispo pidió al Ayuntamiento que se abrieran las iglesias y se celebraran los oficios normalmente. El objetivo de monseñor Vázquez era que en nada se alterara ni se perturbara el orden ni las costumbres del pueblo cristiano. Juan Manuel sugirió que tratándose de actos que pretendían apuntalar la unidad nacional, lo mejor era optar por la guadalupana, esta idea la veía con simpatía el licenciado Antonio Haro y Tamariz, favorecía

sus acciones políticas en defensa de la patria.

La tropa extranjera entró a Puebla el 15 de mayo, y muy pronto el conflicto entre el Ayuntamiento y el Cabildo Catedral creció y alcanzó dimensiones alarmantes, ambas partes buscaban la preferencia de los norteamericanos. Para agradar al invasor extranjero, la sociedad poblana organizó un comité de recepción en el que participaban de manera muy activa Antonieta y su madre Estela que, aunque ya no vivían con los Pérez Salazar y guardaban una prudente y respetuosa distancia, por las circunstancias que prevalecían en la ciudad, coincidían en varios actos políticos y sociales.

El general Worth visitó al obispo Vázquez, quien a su vez correspondió realizando visitas a los cuarteles norteamericanos. El Ayuntamiento llamó la atención al Cabildo Eclesiástico sobre tales actos, pero el conflicto central estuvo concentrado en el toque de campanas pues más que llamadas a los servicios religiosos, parecían repiques de júbilo por la presencia yanqui. Aprovechando la relación de amistad entre Juan Manuel Malpica y el clérigo Haro y Tamariz, pidió al Cabildo Catedralicio que se suspendiera toda clase de repiques y aún más, que se cerraran todas las iglesias permitiéndose el ingreso a los fieles sólo por las sacristías, pues era evidente que para una parte de la ciudadanía, la entrada del ejército estadounidense a Puebla la había cubierto de luto y amargura, pero cuando el general Worth en un acto público celebrado en el atrio de catedral ofreció garantías, se levantó la prohibición y entonces la apertura de templos era una medida para abatir la consternación, el sobresalto y la aflicción en los ciudadanos.

El día que Santa Anna volvió por enésima vez a la presidencia de la República sustituyendo a quién

previamente lo había sucedido, Pedro María Anaya, la tensión política en la ciudad de Puebla alcanzó su punto más álgido. El Ayuntamiento propuso su propia disolución pues sentía que su autoridad había sido vilipendiada porque insistía en que los repiques de campanas eran una muestra de alegría y simpatía por el invasor. Las monjas de Santa Clara habían pedido permiso para repicar a vuelo, echar cohetes y hacer una procesión con el Santo Entierro, Juan Manuel y don Julián intercedieron por ellas. A pesar de que la petición les fue negada, las monjas desobedecieron. También hubo repiques y procesiones en las iglesias de La Merced y La Luz.

Esa misma tarde, el general Worth asistió a los oficios religiosos en la Catedral, ocupó el lugar que se le había reservado en las bancas principales, Antonieta entró del brazo del Mayor estadounidense Michel Perry y ocupó el asiento a su lado ante las miradas, unas de intriga, otras de envidia, de las damas de la más alta sociedad poblana. La noticia de los participantes en este acto religioso, rápidamente se extendió por la ciudad. Juan Manuel no pudo ocultar su enojo, descalificaba la sumisión de quienes se sometían a los deseos del general norteamericano pero lo que realmente lo sacaba de sus casillas era que Antonieta se exhibiera en público con el Mayor Perry. Don Julián intuyó la verdadera razón del disgusto de su yerno, pero el marido de Lucrecia y padre de María Luisa negó la relación a pesar de que seguía viéndose en secreto con Antonieta. La prima de Lucrecia pensaba que Juan Manuel era poseedor de una respetable fortuna ya que siempre hablaba de grandes cantidades de dinero, hasta que la interesada muchacha descubrió que la fortuna de la que su amante secreto tanto presumía era, una parte de Antonio Haro y Tamariz y otra de don Julián. Antonieta, ante la imposibilidad de

recibir un importante beneficio económico decidió dejar de verse con Juan Manuel y prefirió acercarse a los mandos norteamericanos, estos podían proporcionarle mayores beneficios.

Desde la época en la que Antonio Haro y Tamariz ocupó la secretaría de Hacienda, Juan Manuel Malpica se hizo cargo de algunos de sus negocios, pero debido a la invasión norteamericana, éstos iban en picada. Por otra parte, el bloqueo de los puertos y la consecuente afectación al comercio internacional de México provocó un impacto muy negativo en la ya de por sí muy débil economía mexicana.

—No sé qué vamos a hacer —se quejaba don Julián—. Los barcos siguen anclados en los puertos y las mercancías no se pueden mover.

—¿Qué pretenden estos bribones abusivos? —preguntó Lucrecia—. ¿Quieren matarnos de hambre?

Don Julián se quejaba con su familia de lo mal que se veía el panorama de la exportación, el movimiento económico en Puebla y los problemas que enfrentarían para sufragar los gastos corrientes. Juan Manuel, y toda la familia Malpica también se las veía negras, sus negocios también estaban en crisis por la falta de ventas por lo que tenían que buscar alternativas y por ahora sus únicos ingresos eran de su cargo en el Ayuntamiento el cual también estaba a punto de colapsar.

Los días que siguieron a la entrada de los invasores a la ciudad, la gente de los barrios alejados del centro procuraban hostilizar lo más posible a los soldados estadounidenses, sobre todos los más humildes que manifestaban su indignación arrojándoles cuanto objeto les era posible. En las calles se transitaba con temor pues los actos de violencia e incluso asesinatos eran frecuentes.

Los invasores que se alejaban de sus instalaciones se embriagaban, reñían y tomaban mercancía de puestos y tiendas sin pagarlos, cuando se encontraban bajos los efectos del alcohol eran presa fácil de los cuchillos de los léperos que así se cobraban el abuso del enemigo. Algunos vengadores eran sorprendidos y arrestados por la guardia yanqui, los azotaban públicamente antes de ser ejecutados. Muchos inocentes pagaron las culpas de otros. Por esos días era común ver a los chiquillos realizar las labores que habitualmente correspondían a los adultos, pues estos escaseaban porque se escondían, habían sido reclutados por las unidades de defensa mexicanas o muchos ya estaban muertos. La comandanci norteamericana reclamaba que la policía local ayudara en el combate a la delincuencia callejera, incluso llegó a recomendar la destitución de Juan Manuel pues a los ojos del general Worth, no estaba dando resultados.

Por aquellos días, Lucrecia dio a luz un varón, al que bautizó el clérigo José Antonio Haro y Tamariz con el nombre de Fernando. El padrino fue el amigo y ahora compadre de Juan Manuel, el Lic. Antonio Haro y Tamariz. Por la situación que reinaba en la ciudad, no hubo festejo, no hubo invitados, únicamente un brindis muy privado para celebrar el ingreso a la grey católica del recién nacido.

Aún no habían salido de Puebla con rumbo a la Ciudad de México cuando los invasores norteamericanos ya la daban por conquistada y no dudaron en celebrar su triunfo el día que conmemoraban su independencia. Ese 4 de julio la comandancia del ejército de Estados Unidos organizó una fiesta, dispuso de una gran sala alumbrada con cinco enormes candiles, la pista era ideal para valsear, había otras salas separadas de la principal únicamente por cortinas que al alzarse, permitían la vista de toda la

conurrencia. Más de cincuenta damas de la sociedad poblana habían anunciado su presencia, pero llegado el momento, nada más aparecieron unas pocas mujeres de artesanos extranjeros que simpatizaban con el invasor y Antonieta Garza, ataviada de manera despampanante acompañada de un nutrido número de mujeres famosas por sus costumbres extraviadas. Este grupo de damas provenía de la zona norte de la ciudad, rumbo al que Antonieta se había mudado y que le había permitido montar un jugoso negocio que era conocido como la casa de La Fina, apodado con el que la conocían por su tez blanca, nariz afilada, labios intensamente rojos, siempre elegantemente vestida y portando valiosas alhajas, sus clientes principales eran oficiales y jefes norteamericanos.

En las calles poblanas seguían apareciendo cadáveres de soldados norteamericanos, la reacción de los yanquis infundía temor, por eso se suspendieron las procesiones fuera de la Catedral, así la Iglesia cedía el espacio público, ahora convertido de manera extraoficial en campo de batalla, el clero se encerró en los templos.

Mientras, los regidores argumentaban que continuar la rutina religiosa de manera cotidiana significaba claudicar insinuando además que era una muestra de alegría por la invasión, el Cabildo Catedralicio sostenía que era una forma de mantener algo de paz y tranquilidad entre la población, el Ayuntamiento de Puebla intentó sin éxito restaurar su papel central como autoridad local.

Para los primeros días de Agosto el Cabildo civil logró reinstalarse, también fue posible que José Rafael Isunza pudiera ejercer sus funciones de gobernador del estado, pero para la comandancia norteamericana la autoridad de la ciudad era el prefecto Baltazar Furlong nombrado por el ejército invasor el 14 de agosto, el gobernador era

hermano del secretario del Obispo, don Mariano Isunza y el Prefecto era miembro de una de las familias de mayor tradición en la ciudad. El buen funcionamiento de estos puestos fue posible gracias a la anuencia del Ejército estadounidense que había suavizado su postura antes de iniciar su marcha hacia la ciudad de México. Se nombró como nuevo gobernador militar de Puebla a Thomas Childs que tenía como misión principal tranquilizar la Angelópolis. Como parte de sus políticas de pacificación, Childs tenía que regular el funcionamiento de los bares, cantinas, pulquerías y burdeles, estos negocios debían seguir operando pues era necesario ofrecer diversión y esparcimiento a la soldadesca norteamericana. Antonieta agradeció el gesto de amistad que le ofrecía el gobernador militar, la Fina le proporcionaba gratos momentos de placer logrando por añadidura algunos privilegios para su madre, doña Estela rápidamente aprovechó la oportunidad para negociar con sus influencias.

La hostilidad hacia los soldados estadounidenses no cesaba, la consigna no escrita de que las cantinas y pulquerías no debían, por ningún motivo admitir soldados americanos, y menos si se encontraban en estado inconveniente se hizo muy popular. Hacia los últimos días de agosto la guerra de guerrillas se intensificó en algunos barrios de la ciudad, el Ayuntamiento alegaba que se trataba de rebeldes que se introducían a la ciudad con el fin de saquear casas, introducirse en las desocupadas y hacer fuego desde los balcones contra el ejército invasor lo que causaba alarma en la población. Los poblanos permanecían encerrados en sus casas presas de la consternación y el desaliento, mientras que la soldadesca invasora, jubilosa, y excitada por bebidas embriagantes dejaban pasar los días y las horas entre risas y diversión. La casa de La Fina y otros

negocios vieron crecer sus ganancias con el beneplácito de Tomás Childs que siempre llevaba su comisión.

La Ciudad de México cayó en manos norteamericanas el 15 de septiembre de 1847, el ejército de Estados Unidos puso sus condiciones para iniciar el lento proceso para reconstruir la paz y recuperar el orden perdido por la invasión, las autoridades civiles lucharon por la defensa de la religión ante los mandos militares estadounidenses. En Puebla, el prefecto Baltazar Furlong renunció a su cargo y se retiró a Atlixco, ahí se encontró con el gobernador Isunza. No fue casualidad, se trataba de una respuesta a la postura del general Joaquín Rea quien, desde el día 13 de septiembre cuando el Ejército estadounidense atacaba el Castillo de Chapultepec, inició un sitio al cuartel de San José donde se habían parapetado parte de las tropas estadounidenses, el resto habían tomado posesión de los fuertes de Loreto y Guadalupe.

Childs recibió en su cuartel general frecuentes visitas de La Fina. Una mañana aprovechando un momento en el que el coronel se levantó de la cama para realizar su aseo personal, Antonieta copió el contenido de un mensaje que estaba en la mesa de noche un poco escondido debajo de otros documentos poco relevantes y a través de Caridad, una de sus muchachas cuyos clientes frecuentes eran oficiales mexicanos, hizo llegar el mensaje al general Joaquín Rea.

El capitán Jiménez, ignorando el protocolo militar, entró precipitadamente en la comandancia mexicana.

—Con permiso mi general, os traigo un mensaje urgente. —Estirando la mano puso al alcance del general Rea un papel doblado en cuatro—. Os lo manda La Fina.

El general extendió el papel y leyó el contenido, era un mensaje cifrado que utilizaba símbolos y códigos

prehispánicos y que habían desarrollado los guerrilleros, generalmente habitantes de los pueblos del centro del país que junto con sus espías, formaban una red de resistencia a la invasión norteamericana. Caridad, como muchas otras mujeres, se encargaban de transmitir mensajes escondiéndose en las actividades cotidianas, algunas eran prostitutas, otras trabajadoras en cantinas, chinas, vendedoras de alimentos, pero también había damas de clase media y hasta de la alta sociedad.

Rea se sentó y tomó un lápiz, lentamente fue descifrando el contenido del mensaje:

*Lane dirige Puebla Perote. Persigue Jarauta guerrilleros.
Unirán rangers Huamantla.*

De inmediato dio a conocer a Antonio López de Santa Anna, General en Jefe del Ejército, que las tropas del general Lane se acercaban a Puebla para apoyar a Childs. Santa Anna nombró al general Joaquín Rea, Comandante Militar de la plaza quién declaró a Puebla en estado de sitio: nadie podía entrar ni salir de la ciudad sin su conocimiento y consentimiento. Al conocerse la orden de Rea, de inmediato el prefecto Baltazar Furlong desde Atlixco protestó con una proclama en la que decía que Childs le había ofrecido “*respetar la religión santa, las personas y propiedades de los ciudadanos y la quietud pública*” por lo que no estaba de acuerdo con las medidas tomadas por Rea.

Santa Anna levantó el sitio cuando dejó Puebla con rumbo a Huamantla. El general Lane también contaba con su red de informantes, los norteamericanos que visitaban bares y prostíbulos acostumbraban dar jugosas propinas a las mujeres que les proporcionaran datos valiosos para su causa. A veces, las mismas mujeres que obtenían

información de los invasores les proporcionaban datos que eran de mucha utilidad para su causa y viceversa, Caridad se encontraba entre ellas. Al saber que Santa Anna y sus tropas se encontraban en Huamantla, el general Lane que se aproximaba por el oriente, ordenó que el capitán Samuel Hamilton Walker al mando de sus temibles Rangers de Texas también conocidos como los “diablos texanos” se dirigiera a la villa tlaxcalteca mientras él se encaminaba a Puebla para apoyar a Childs. Walker tenía que combatir a Santa Anna, atraparlo vivo y llevarlo a Estados Unidos para ser enjuiciado por los crímenes cometidos en el Álamo más de diez años atrás, pero éste había adelantado sus fuerzas pretendiendo sorprender a los norteamericanos por el rumbo Tepetzala pero no encontró a Lane y no hubo enfrentamiento. Walker llegó a Huamantla por el lado oriente. Los yanquis, al encontrar la villa desprotegida, saquearon la parroquia de San Luis y el convento franciscano, los ladrones invasores además de los ornamentos, reliquias y joyas, también se llevaron el archivo de los franciscanos con documentos históricos desde el siglo XVI, tenían la intención de saquear también el santuario barroco de Nuestra Señora de la Caridad, sabían que había ricas joyas de la Virgen e iban por ellas.

Josefa Castelar era una jovencita, casi una niña, llevaba el apellido de Manuel Castelar, su padre adoptivo pues había quedado huérfana a muy corta edad. En el segundo piso de la vieja casona en la que vivía, preparaba el almuerzo para su familia, tenía en sus manos una tenaza con la que atizaba carbón al anafre, cuando los yanquis estaban por atacar el Santuario de la Caridad, tomo una braza al rojo vivo, bajó corriendo la escalera, corrió por la calle hasta llegar a la pulquería el Quinto Toro donde vendían pulque fino de la hacienda la Noria, se detuvo en

momento en esa esquina y atravesó la calle hasta donde se encontraba uno de los cañones de antecarga que Santa Anna había dejado emplazados, sus artilleros habían colocado varios obuses en lugares estratégicos para repeler al enemigo; se acercó al que apuntaba hacia el rumbo por el que se acercaba un grupo de esos ladrones de objetos litúrgicos, con la braza ardiendo encendió la mecha del cañón, el disparo mató a 17 enemigos. Desde entonces Josefa Castelar fue apodada “la mata-rangers”.

En venganza, los yanquis se dedicaron al saqueo y robo de casas particulares, asaltaban civiles y asesinaban a quienes les oponían resistencia, golpeaban a la gente y violaban mujeres y niñas. Cuando los enloquecidos y alcoholizados rangers estaba dedicados al saqueo en el más completo desorden, el capitán Eulalio Villaseñor, comandante de la policía de Puebla organizó y dirigió un repentino contra ataque, se le unió el sargento huamantleco Francisco Vieyra, veterano de la guerra de independencia que se encargó de organizar a los civiles que se sumaron a Villaseñor. Vieyra y sus voluntarios atacaron a los invasores desde ventanas y azoteas, utilizaron escopetas, piedras y lo que encontraban, palos, hachas y cuanto objeto pudiera causarles daño, algunos habían conseguido lanzas; al grito de “*malditos yanquis, váyanse al infierno*”, atravesaron con ellas a cuanto ranger encontraban a su paso y antes de que el enemigo se percatara plenamente de lo que sucedía, ya le habían causado cuantiosas bajas.

Samuel Hamilton Walker en colaboración con Samuel Colt, había inventado en 1846 un revólver de acción simple con un tambor de seis recámaras que se cargaban con pólvora y una bala cónica de plomo de calibre 11.5 mm, de nada le sirvió su invento en el momento que el capitán Villaseñor lo atacó y perforó con su lanza. Al ver

caer a su comandante y ante la furia con que atacaban de los mexicanos, los yanquis abandonaron Huamantla llevando en una carroza al jefe ranger herido que murió en el camino hacia la hacienda Tamariz.

Cuando le preguntaron a Josefa Castelar cómo se había suscitado su heroica intervención, la jovencita artillera respondió:

—Estaba haciendo el almuerzo, la cocina se había llenado de vapor y humo del bracero, vi que esas nubes formaban el rostro de la Virgen de la Caridad, escuché su voz que me decía: “*sal a defender mi templo*”, y salí con lo que en ese momento tenía en la mano. Yo jamás había disparado un arma, mucho menos un cañón.

Josefa Castelar estaba convencida de que la virgen de la Caridad salvó a las mujeres de Huamantla de los norteamericanos. La calle en la que esta jovencita disparó el cañón fue bautizada con el nombre de la “Calle del Tiro”.

La noticia de las atrocidades yanquis rápidamente llegó a Puebla.

—Dicen que el templo de San Francisco de Huamantla fue saqueado —Comentaba angustiada doña Rocío—. Se robaron hasta los vasos sagrados y las alhajas de los santos.

—¡No tienen Perdón! —gritó Lucrecia con el pequeño Fernando en sus brazos—. Los malditos yanquis se revistieron de sacerdotes y jugaron con los ornamentos de la misa. ¡Desgraciados!

Don Julián, mostrando gran consternación, se levantó y mirando hacia la calle a través del gran ventanal de la sala, casi como un murmullo, agregó:

—Dispararon contra civiles, saquearon casas particulares, iglesias, conventos. ¿Qué nos espera?

Juan Manuel temblaba de pies a cabeza, nervioso

acariciaba el cabello negro y largo de su hija María Luisa que sentada en sus piernas no alcanzaba a comprender la magnitud de la tragedia que comentaban sus mayores.

—¡El obispo tiene que reclamar! —pronunció al fin el marido de Lucrecia que se puso de pie para acentuar su indignación—. Aunque esté enclaustrado en Cholula. ¡No se puede permitir que los invasores utilicen las sagradas vestiduras como si fueran disfraces de Carnaval!

Furlong, desde su refugio en Atlixco, exigía al ejército invasor respeto a la religión católica, pero aprovechaba al oportunidad para criticar y cargar la culpa a la participación de Santa Anna.

—Conviene que establezcamos un pacto de cooperación, don Julián. Usted lleva excelente amistad con don José María Luciano Becerra, seguramente será ratificado por el Vaticano como sucesor del difunto don Francisco Pablo Vázquez —el clérigo José Antonio Haro y Tamariz hizo una pausa, dio un pequeño trago a la copa de vino que minutos antes le había ofrecido su anfitrión y rompió el silencio que momentáneamente se había apoderado del ambiente—. Por mi parte, mi familia conserva una gran amistad con don Juan Mújica y Osorio. El nuevo gobernador proviene de la industria textil y harinera y está muy interesado en reactivar el comercio internacional, y usted tiene una fuerte competencia, yo podría inclinar la balanza a su favor.

Don Julián alzó su copa en señal de brindis.

—Favor con favor se paga.

Los poblanos industriales, políticos y comerciantes de las élites locales y la jerarquía eclesiástica poblana se comprometieron con la restauración del orden republicano después de la derrota. Prometieron continuar con el proyecto regional de una sociedad moderna, próspera

y rica apoyados en los valores promovidos por Múgica y Osorio, los poblanos aglutinados alrededor de la fe católica, fortalecían la base de la convaleciente sociedad angelopolitana.

Ataviada con un vestido de *moaré* blanco de corte imperio con encajes y bordados, muy entallado que hacían resaltar su esbelta y hermosa figura, totalmente recuperado del reciente parto, Lucrecia, del brazo de su marido abandonó la Catedral al terminar la misa de acción de gracias celebrada por el nuevo Obispo. Don Julián, doña Rocío, Lucrecia y Juan Manuel, de la mano de la pequeña María Luisa abordaron la berlina negra que los esperaba, era un carruaje que, con un suave y silencioso muelleo en las ruedas y enganchada a dos hermosos corceles, partió con destino impreciso.

24 de mayo de 1863

Los últimos años de la década de los cincuenta fueron muy difíciles. Á pesar de la caída de Santana, las cosas no pintaron bien para nosotros. Toño Haro pudo ser presidente, se nos hubiera arreglado la vida, pero su terquedad lo llevó a perder esa gran oportunidad, se enemistó con todo el mundo y Juan Manuel nada pudo hacer por convencerlo de guardar medida. Lo exiliaron, despilfarró su fortuna y cayó en desgracia. Quedó á deber mucho dinero, a Juan Manuel nunca le pagó sus últimos servicios y el negocio de papá se paralizó totalmente, también nosotros caímos en desgracia. Á la llegada de los franceses tuve el honor de entablar amistad con el ministro Saligny. Siempre me he codeado con gente importante. Mi marido tuvo la desdicha de contraer la fiebre amarilla cuando acompañó á este ministro á recibir a los franceses hace menos de dos años. ¡Maldita enfermedad, llevóselo á la tumba!

CAPÍTULO 5

AMENAZA EUROPEA

Los años que siguieron a la guerra contra los Estados Unidos fueron tan violentos como los de la invasión yanqui, la disputa entre los distintos grupos que aspiraban a gobernar el país llenaron de sangre al mutilado territorio nacional. La paz tan anhelada por los mexicanos parecía ser posible con la derrota y el destierro definitivo de Santa Anna. Al proclamarse la revolución de Ayutla, Comonfort llamó a colaborar con el movimiento a su paisano, amigo y compañero desde su juventud José María Lafragua, pero éste se negó, no confiaba en el líder Juan Álvarez. Lafragua compartía la opinión que muchos capitalinos tenían del jefe de la tierra caliente y sus “pintos”, los soldados que tenían fama de no ser respetuosos de la propiedad privada ni de la vida. Lafragua optó por colaborar con otros ilustres poblanos como Antonio Haro y Cosme Furlong aunque no contaran con los recursos necesarios como dinero ni soldados.

Haro consideraba que lo que sucedía en el sur no era una revolución sino una insurrección sangrienta carente de jefe y sin plan político. En una carta al amigo de toda su confianza, le confesaba a Juan Manuel Malpica su opinión sobre la revolución del sur y daba instrucciones sobre el manejo de sus fondos:

Estimado amigo:

La crisis nacional que estamos viviendo me obliga a tomar medidas que nunca pensé que serían necesarias. Los levantamientos armados se multiplican por todo el país pero en especial en el sur,

aunque la categoría de beligerancia sólo aplica a una “gentlemen’s revolution”; lo demás es la insurrección sangrienta de la plebe, la chusma, “la canaille”. Cuando pienso en el P. Jarauta viene a mí el recuerdo de “ce bon monsieur de Robespierre”, como nos lo pinta Lamartine en su “Historia de los Girondinos”.

La situación del país es incierta, peligrosa para las finanzas personales, agradezco tu intervención para la venta de las acciones mineras y de las tierras y poner a salvo mediante la última conducta que salió para Veracruz un pico de 600 000 dollars, producto de mis economías de estos últimos tiempos”.

Antonio Haro y T.

La revolución aún no triunfaba, el temor que asfixiaba a Antonio Haro y Tamariz era que la insurrección descalificada por él llevara a una crisis social y política y que para estar a salvo de la venganza de Santa Anna tuviera que huir del país, por eso necesitaba su capital en el extranjero.

—Antonio debe tener cuidado con lo que dice —comentó don Julián mientras daba un sorbo al café que le acababa de servir Cleo. Era de la producción especial de Ramón Trujeque, un cliente del despacho Pérez Salazar que llevaba muchos años colocando sus productos en Europa.

—¡Y delante de quién lo dice! —completó la aseveración doña Rocío—. ¿Qué no se da cuenta que hay orejas por todas partes?

Juan Manuel, con una copa de coñac en la mano y sentado frente a don Julián, bajó la mirada como reconociéndose cómplice de la conducta de su amigo.

—Toño es muy visceral, se lo he dicho varias veces. —Volteó a ver a Lucrecia que en silencio, estaba atenta a la conversación—. Tiene que ser más... polite, de lo contrario

se va a meter en graves problemas.

Juan Manuel sabía que su amigo y compadre conspiraba contra el dictador, a los oídos de Santa Anna llegaron los rumores de que el político poblano era el alma de la sublevación y ordenó su arresto.

Antonio platicaba en el zaguán de su casa con don Manuel Payno, cuando un agente de policía interrumpió la conversación y preguntó por don Antonio Haro y Tamariz, por toda respuesta, al escuchar su nombre, arrancó a correr por las calles de la ciudad como si de momento hubiera enloquecido, para la autoridad fue imposible darle alcance. La policía instrumentó su búsqueda sin lograr su localización. Manuel Payno y Antonio Muñoz Ledo fueron encarcelados acusados de ser colaboradores de Haro y Tamariz.

Al enterarse de la acusación y persecución de Antonio Haro, la angustia se apoderó de don Julián, pues él, junto con Juan Manuel, había aconsejado al político poblano que se adelantara a los revolucionarios del sur. Haro se escondió en el consulado británico, por la noche salió sigilosamente y cerca de la capital se reunió con un grupo de alzados fuertemente armados que acudieron en su auxilio para trasladarlo al sur. La ayuda llegó muy oportunamente gracias al llamado emitido por Juan Manuel.

En el ambiente político de la capital, corría el rumor salido de boca del diplomático francés Alexis de Gabriac que Haro no había ido a buscar a los liberales de Ayutla porque era un celoso partidario del régimen monárquico y que simpatizaba con la idea de ir a Europa en busca de un príncipe extranjero, se decía que escapó del centro para reunirse con sus leales.

Al no poder encarcelar a su enemigo declarado

Antonio Haro y Tamariz, Santa Anna, en venganza lo destituyó de la Orden de Guadalupe en la que era caballero junto con su hermano Joaquín que había sido gobernador de Puebla y reconocido como santannista convencido.

—¡Es injusta esta persecución en contra de Toño! — Lucrecia gritaba al enterarse de lo sucedido a las puertas de la casa del político poblano y reclamaba a Juan Manuel su aparente indiferencia—. ¿No piensas ayudarlo? ¿Vas a dejar que lo fusile ese desalmado?

—¡Cálmate, Lucre! —intervino don Julián—. Se hace lo que se puede, tu marido lo está ayudando, nada más que no lo va a andar pregonando por toda la ciudad.

En una carta enviada a su hermano Luis, Antonio negó la conspiración que se le achacaba, pero sabía que la fama que se estaba creando podía serle de utilidad, así lo manifestó en otra misiva a Comonfort en la que decía que Santa Anna había encendido la mecha de la revolución porque el pueblo cansado de su despotismo, se insurreccionó contra ese gobierno tiránico y faccioso.

La búsqueda emprendida por el gobierno no dio frutos, en febrero de 1856 Antonio Haro regresó secretamente a la capital, estaba planeando secuestrar a Santa Anna. En una carta cifrada solicitó la colaboración de sus más allegados para lograr su propósito, Juan Manuel era clave en esta conjura y pidió el consejo de su suegro, don Julián. Cleo escuchó la conversación cuando se asomó en la sala para preguntar si requerían de sus servicios.

—Señorita —así le decía Cleo a Lucrecia aunque ésta ya tuviera dos hijos—. Don Antonio está planeando secuestrar al presidente, su papá y don Juan Manuel se están arriesgando mucho, si los descubren los van a fusilar.

La conjura para secuestrar a Santa Anna fracasó pues un secreto entre más de dos personas deja de serlo.

La orden para aprehender a don Antonio Haro y Tamariz se giró de inmediato, la autoridad sabía que se halla oculto en la capital instigando a los revoltosos, la instrucción fue pasarlo por las armas en cuanto fuera aprehendido. El mandato del gobierno incluía la expulsión de la capital de Mariano Riva Palacio y del exgobernador poblano Cosme Furlong.

Los lazos que unían a Furlong con los Malpica-Pérez Salazar eran, además de ideológicos, familiares, habían colaborado juntos en la resistencia contra los invasores norteamericanos, a pesar de ello Furlong se sorprendía de que Haro desplegara entre los alzados una actividad de la cual no lo creía capaz. Antonio Haro contaba entre sus simpatizantes con los Gómez Farías y en particular con Alexis de Gabriac, el francés magnificaba la participación del poblano en la rebelión en curso. Al caer Santa Anna, Haro apareció como jefe de la insurrección en San Luis Potosí, proponía un plan totalmente conservador que se alejaba del espíritu del Plan de Ayutla, sin embargo, había tenido chispazos liberales. La separación del régimen santannista se debía entre otras cosas, a la iniciativa de un préstamo garantizado sobre los bienes de la iglesia, el clero había protestado por considerarlo una confiscación disfrazada, es decir, era una propuesta considerada parte del programa liberal. Esta propuesta había sido un punto de desacuerdo y discusión entre Antonio Haro y Tamariz y la familia Malpica-Pérez Salazar. Don Julián se oponía rotundamente a esa idea. La familia era amiga del obispo, Antonio Haro tenía un hermano en el cabildo catedralicio, doña Rocío y Lucrecia eran damas voluntarias simpatizantes y defensoras del clero y don Julián y Juan Manuel eran promotores de las buenas relaciones entre el Ayuntamiento y el obispado. Definitivamente no era

posible apoyar en esta ocasión al amigo de toda la vida.

Al hacerse público el liderazgo de Haro en el movimiento liberal, el diplomático francés Gabriac creía que Antonio Haro era el único hombre capaz de unir a los dos bandos en pugna y que tenía amplias posibilidades de convertirse en el jefe supremo, don Julián estaba de acuerdo con esta apreciación, lo apoyaría siempre que abandonara la idea de afectar al clero.

Por su parte, el líder rebelde poblano establecido ahora en San Lis Potosí pensaba que como él había llevado a Santa Anna a la Presidencia de la República, tenía todo el derecho a ocupar el cargo del que había sido depuesto el tirano veracruzano.

—Ahora Toño tiene que ganarse a Comonfort —don Julián preveía el reto al que Haro tenía que enfrentarse una vez derrotado Santa Anna.

—Sí, pero tendrá que ofrecerle un cargo de mucha importancia —Juan Manuel se sobaba las manos pues con el triunfo de su amigo, sus posibilidades de ascenso estaban prácticamente garantizadas—. Es el único que puede restablecer el orden, si lo logra, seguramente no habrá objeción alguna para que él ocupe la presidencia.

Los simpatizantes de Antonio Haro y Tamariz suponían que era el perfil ideal para dirigir el país, era un civil con antecedentes tanto liberales-republicanos como conservadores que había tenido el tino de abandonar a Santa Anna muy a tiempo y que además, había arriesgado su vida combatiendo al dictador.

El Plan de San Luis proclamó a don Antonio Haro y Tamariz como el primer jefe del Movimiento Político Regenerador de la República. Se escogió ese término porque sonaba mejor que el de *“Ejército Restaurador de la Libertad”*.

—Agradezco a la Providencia Divina el que por uno

de sus designios venerados, se haya servido colocarme en esta ciudad —proclamaba el líder de del movimiento regenerador.

Los ciudadanos potosinos tenían la esperanza de que Antonio Haro aboliera los impuestos que más les afectaban, los que se habían creado para sostener a Santa Anna.

*Correspondencia particular del primer jefe del
Movimiento regenerador de la República.
Ejército del Centro.
San Luis Potosí*

San Luis Potosí, S.L.P. a 29 de agosto de 1856

Señor D. Mariano Riva Palacio

Muy estimado y fino amigo:

Hallegado el momento de unir las fuerzas de todos lo que deseamos un México libre, próspero y trabajador. Hemos derrotado a los ambiciosos y tiranos que sólo buscaban el beneficio propio a costa del sacrificio del pueblo, ya se pueden escuchar los cantos de la nueva libertad, falta poco para lograrlo pues todavía quedan algunos óbices por superar, el principal se llama Martín Carrera, por ahora es quien detenta el poder en la Ciudad de México, pero confío en que pronto nuestro triunfo será total.

Nuestra misión será la de reconstruir el país que después de tantas luchas está casi en ruinas, para ello es menester la unión de todas las fuerzas liberales que se encuentran sumamente dispersas, la unidad de todas estas fuerzas facilitará la salida de Carrera que no es otra cosa más que parte del santannismo impío, no representa a la voluntad popular.

Seguro de contar con su aprobación y apoyo, me protesto

de ud. muy atento y S.S.

En respuesta a la soberbia propuesta de Haro, Mariano Riva Palacio intentó mediar entre él y Martín Carrera. Era urgente unificar a los cinco gobiernos liberales independientes que controlaban cada uno, una región diferente. Comonfort dominaba el sur como resultado del Plan de Ayutla, también pretendía encabezar el levantamiento a nivel nacional, esto lo convertía automáticamente en rival de su paisano. Ambos comandantes poblanos pretendían ganarse la preferencia de Manuel Doblado, por otra parte, Santiago Vidaurri, líder del norte, rechazó adherirse al Plan de San Luis y por lo tanto no aceptaba el liderazgo del poblano Haro que defendía su plan alegando que estaba de acuerdo con el Plan de Ayutla aunque reconocía que en algunos puntos sí había desacuerdos. Comonfort se esforzaba por evitar un enfrentamiento.

— Veo con positiva satisfacción que podemos marchar unidos a la capital de la República —proclamaba el líder del sur.

A pesar de esta invitación a la concordia, Antonio Haro creía contar con el apoyo de Doblado, pero Comonfort impuso sus condiciones.

—¡Le aconsejé a Toño que no confiara en Comonfort! —se lamentaba don Julián mirando por la ventana—. ¡Tú debiste convencerlo cuando tenía la oportunidad de imponerse, ahora tiene que ceder!

—¡Lo intenté, pero no hizo caso! —repuso Juan Manuel molesto—. ¡Yo soy el principal afectado de esta familia si el liderazgo de Toño se viene abajo!

Los tres políticos firmaron lo que se dio a conocer como los Convenios de Lagos, ese 16 de septiembre quedaba asentado que los firmantes "*reconocen, respetan y*

obedecerán, sin modificación alguna el Plan proclamado en Ayutla". Antonio Haro tragó gordo, las palabras "obediencia" y "respeto" le incomodaban, aunque sabía que Comonfort tenía que reunir en su gabinete a todas las corrientes antisantannistas, albergaba la esperanza de que podía convencer a los liberales "puros" de que lo aceptaran en el cargo de ministro de Hacienda, conocía las funciones pues en gobiernos anteriores había desempeñado ese puesto.

—Nacho Comonfort es un malagradecido — refunfuñaba doña Rocío mientras saboreaba una taza de té que momentos antes le había servido Cleo y que de pie, aguardaba nuevas órdenes aunque en realidad estaba atenta a lo que se decía en esa sala que se había convertido en un recinto de conspiración familiar —. ¡Ya se le olvidaron los favores que le hicieron Toño y su hermano Joaquín cuando fue Gobernador!

—¡Ahora resulta que Toño tiene que obedecer al que le copiaba en la escuela y era casi casi su criado! —Lucrecia también se sentía humillada pues el sometimiento de Antonio Haro al mandato de Ignacio Comonfort implicaba también el de Juan Manuel.

El cabildo Poblano, aceptó por un lado, los Convenios de Lagos pero por otro, confirmó el nombramiento de Haro como jefe supremo de la "*Revolución Regeneradora*". El predominio de los liberales "puros" dio como resultado la elección de presidente de Juan Álvarez, con esto Antonio Haro quedaba totalmente eliminado.

—¡No me explico la inactividad de Toño! —se preguntaba don Julián mientras movía la cuchara para enfriar la sopa de verdura que Cleo le acababa de servir—. Goza de la simpatía del clero, del partido moderado y cuenta con más de cuatro mil hombres con experiencia en hechos de armas, y en lugar de darse prisa, ahí viene tan

lentamente que nunca llegará a tiempo para actuar.

—Lo que pasa es que recibió órdenes de detenerse, ¿verdad Juan? —Lucrecia buscaba justificar la actitud de Haro ante su padre que ya comenzaba a dudar del liderazgo de Antonio.

Juan Manuel corroboró la apreciación de Lucrecia con un sonoro sí.

—Se despidió de sus soldados y les recordó que tienen que obedecer como un deber supremo de todo militar. —Juan Manuel advertía que Haro no tardaría en llegar a Puebla y que iba a necesitar del apoyo de familiares y amigos.

Antes de que Antonio Haro llegara a Puebla, Álvarez convocó a elecciones para un congreso constituyente, en las cuales quedaba totalmente excluido el clero secular y regular, especificaba que los religiosos no podrían votar ni ser votados. Esta ley enfrentaba a la iglesia con los liberales, se le llamó “*Ley Juárez*”, restringía la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos a los casos de esa naturaleza, la misma ley también quitaba al ejército algunos privilegios.

Puebla estrenaba obispo, se trataba de don Antonio Pelagio Labastida y Dávalos que indignado, escribió una carta al ministro de justicia Benito Juárez en la que se pronunciaba en contra de esa ley:

“... Es muy duro para mí rehusar desde los primeros meses de mi episcopado una ley dada por el primer magistrado de la Nación a la que como ciudadano pertenezco ... Todos, no hay duda, están de acuerdo en esto y convendrán. . . en que el fuero eclesiástico, muy diferente del militar a que parece se ha querido igualar, lo tiene el sacerdocio ... no por un favor otorgado por el poder civil sino en virtud de un derecho preexistente. . . , es cosa que no tiene nombre. . . ¿Se conseguirá con estas medidas que ponen en

agitación a los obispos (y a los demás clérigos)? Los mismos fieles se conmueven con estas disposiciones que consideran como la expresión de un odio... y como el anuncio de nuevos trastornos que convertirán a México en un cuadro horrible..."

La carta fue firmada por el obispo y todo el cabildo catedralicio, incluso José Antonio Haro y Tamariz, el clérigo hermano de Antonio Haro y Tamariz.

—¿Ya te enteraste, papá, de la protesta de monseñor Labastida?

Lucrecia mostraba el periódico en el que se publicaba la protesta del clero, el mismo diario también hacía alusión a la protesta que por su parte hacía el obispo de Michoacán Clemente Munguía.

—De Munguía no me extraña, pero sí de monseñor Labastida—don Julián expresaba su pensamiento mientras leía la nota periodística—. Labastida se caracteriza por ser moderado y conciliador.

Doblado se autoproclamó como gobernador de Guanajuato y en contra del gobierno del presidente Juan Álvarez y nombró presidente interino a Ignacio Comonfort pero en el caso de que éste rechazara la presidencia, las autoridades eclesiásticas de acuerdo con su plan, tendrían injerencia en el gobierno. Hubo quienes se indignaron por el pronunciamiento de Doblado, pero antes de que reaccionaran, Álvarez nombró presidente sustituto a Comonfort y tres días después le cedió sus funciones.

—¡Comonfort presidente! —gritó Lucrecia con el periódico en la mano—. ¡Ese cargo era para Toño!

Doña Rocío corrió y arrebatándole el diario a su hija y con los ojos muy abiertos completó la escena de indignación.

—¡Se lo dijimos a Juan Manuel! ¡Era el único que

podía hacer que Toño actuara bien y rápido!

—¡Es un timorato! —contestó Lucrecia—. ¡Ya me tiene harta!

Aunque el nuevo obispo de Puebla era bastante joven, con tan sólo treinta y nueve años de edad y reconocido como un hombre moderado y conciliador, le tocó estar al frente de una diócesis de creyentes muy fervorosos y clérigos radicales como el cura del sagrario, Francisco Javier Miranda, poblano de aproximadamente la misma edad que su superior Labastida. Este cura era doctor en teología y autor de varias obras, conservador al extremo y de pensamiento monárquico. En complicidad con Lucas Alamán había conspirado para traer a Santa Anna a México en 1853. Antonio Haro comparado con Miranda era sólo un conspirador amateur. Labastida, ante la postura de Miranda en contra del gobierno de la Reforma, tuvo que alejarlo de la diócesis. Miranda, desobedeciendo al Obispo regresó a Puebla y fue arrestado el 20 de noviembre y llevado preso a la Ciudad de México.

Labastida protestó ante el gobernador del estado Francisco Ibarra y llevó su protesta al presidente de la república. Como Miranda era considerado un conspirador peligroso pues aún preso no dejaba de diseminar falsas noticias, fue enviado a San Juan de Ulúa y de ahí al exilio del que regresó clandestinamente poco tiempo después.

El Padre Miranda dejó en Puebla la semilla de su activismo antiliberal, entre los feligreses más convencidos que se encargarían de continuar su obra ultraconservadora, se encontraban doña Guadalupe López de Gómez, responsable bajo soborno de calumniar a Mario Montaña, el antiguo novio de Lucrecia Pérez Salazar que tuvo como consecuencia la ruptura de esa relación, y Sor Teresa, la monja capuchina ahijada de doña Rocío, que veía

en los liberales al mismísimo demonio.

Los rumores difundidos por las discípulas de Miranda causó que los poblanos, conservadores en su mayoría, se alarmaran por la Ley Juárez, la alarma se transformó en agitación antigubernamental a pesar de que el moderado Comonfort ya era el presidente y había nombrado a su gabinete, entre ellos, José María Lafragua como ministro de Gobernación.

Los pupilos de Miranda hicieron correr el rumor de que el obispo Labastida sería arrestado y expulsado del país. Ese 12 de diciembre, en las primeras horas de la noche, las campanas de la catedral repicaron dando la alarma, hombres humildes pero fieles católicos atacaron el cuartel apoyados por dragones disfrazados pertenecientes a la brigada del general Güitián que habían llegado provenientes de Amozoc, los rebeldes fueron rechazados y entonces se trasladaron al palacio episcopal para proteger a Labastida contra las fuerzas del gobierno que supuestamente lo irían a aprehender. Al amanecer, los soldados de Güitián regresaron a Amozoc pero los feligreses, aún alarmados, atacaron de nuevo sin embargo fueron rechazados por la Guardia Nacional. La monja capuchina Sor Teresa resultó descalabrada y los conservadores la exhibieron por las calles de Puebla como muestra de la brutalidad gubernamental. Los vendajes que presentaba la hacían parecer momia egipcia cuando la única lesión que la revuelta le había causado era una herida de tres centímetros en la parte superior de la frente producto de un culatazo.

A pesar de que en Puebla se sabía que el extremista liberal Álvarez había dejado la presidencia de la República al moderado Comonfort, reconocido como buen católico y a la vez tolerante de otros credos y trataba de organizar un gobierno de conciliación nacional, había quienes

pretendían estorbar la transición del gobierno de uno revolucionario a otro moderado.

Semejantes reflexiones impulsaron al obispo de Puebla a redactar y mandar imprimir con letra enorme el siguiente volante:

AVISO AL PUEBLO. OS ASEGURO QUE EL SUPREMO GOBIERNO DEL ESTADO NI INTENTA NI HA INTENTADO NADA CONTRA MI PERSONA. AL CONTRARIO ESTOY ACTUALMENTE EN LA MAYOR ARMONIA CON ÉL Y ESTOY MUY SEGURO DE QUE NADA QUIERE CONTRA MÍ NI CONTRA LA IGLESIA Y DE QUE PRESTA TODA CLASE DE GARANTÍAS. NO HAY PUES MOTIVO PARA ESA ALARMA NI ESOS TUMULTOS.

PALACIO EPISCOPAL, 13 DE DICIEMBRE 1855.

PELAGIO ANTONIO OBISPO DE PUEBLA.

Como otros tantos prelados, Labastida sabía que la iglesia había sobrevivido en Europa a las reformas liberales; también en México se podría adaptar y tal vez resurgir más fuerte después de un período liberal. Pero esto no lo comprendían muchos curas poblanos sobre todo los de los lugares aislados. Para todos ellos, la Ley Juárez era un ataque protestante y ateo contra la religión al que había que resistir con las armas. Un párroco de uno de tales pueblos podría en ese momento prender el fuego de una guerra civil. Esto fue precisamente lo que sucedió en Zacapoaxtla, el levantamiento contra el gobierno ocasionó que Antonio Haro se exiliara en Europa por algunos años.

En Italia, Antonio Haro se reencontró con viejas amistades que dejó cuando estudió en Roma, ahí se entrevistó con otro desterrado: Monseñor Labastida. Por

las cartas de Juan Manuel, Haro no tenía la esperanza de que las cosas en México mejorarían. Joaquín de Haro, de sesenta y un años de edad y enfermo, murió y en su lugar quedó su hijo Quino, con el que su tío Antonio, que no tenía hijo varón, estableció un fuerte lazo familiar. La correspondencia que había mantenido con Riva Palacio y Juan Manuel, ahora era sustituida por Quino. Juan Manuel sentía unos celos casi incontrolables por el sobrino de su amigo. El enojo de Juan Manuel fue mayúsculo cuando supo que Antonio Haro pedía ayuda económica a sus familiares.

—¿Qué le hizo al dinero que le rescaté? —preguntaba Juan Manuel mirando intensamente a Lucrecia que mostraba gran nerviosismo al enterarse de la ruina económica del amigo de la familia—. ¿Cómo pudo gastarse esa fortuna en tan sólo tres años?

—La debió derrochar en el juego, y después de la ruptura con su esposa, no le habrán faltado mujeres para consolarse —respondió Lucrecia.

—Lo más efectivo para “quemar” una fortuna siempre han sido las mujeres —asentó Juan Manuel—. Supe que Antonio se disculpó con Riva Palacio por vivir en París.

—Sí, recuerdo que lo comentó mi papá —replicó Lucrecia—. Dijo que Riva Palacio consideraba que su residencia en París daría lugar a malos juicios sobre su persona, y mira, parece que resultó cierto.

Haro había vivido en los hoteles de más lujo, contaba con carruajes elegantes y caballos de pura sangre, esa afición lo había caracterizado en México. Pero ahora tenía que pedir dinero y en el único que confiaba era Quino, también en Juan Manuel, pero éste no tenía ni un peso propio. Miguel Miramón había tomado posesión como

presidente de la República el 2 de febrero de 1859. Antonio pensó por un momento que podía acomodarse de algún modo en el nuevo gobierno conservador, más por necesidad que por convicción. Decidió viajar a México. Cuando llegó a La Habana, la situación militar favorecía a Miramón que había acorralado al gobierno liberal en Veracruz, pero a mediados de marzo, la marina norteamericana que apoyaba al gobierno de Juárez capturó los buques del gobierno de Miramón.

En junio de 1860 Antonio Haro se embarcó en La Habana con destino a Veracruz, y pocas horas después de haber desembarcado, fue llevado preso al cuartel de la guardia nacional. En la fortaleza de San Juan de Ulúa pasó tres semanas, y después lo regresaron a La Habana. Como Antonio Haro se encontraba sin un centavo, Don José María Pasquel le prestó cinco pesos de oro con los que Haro pagó su pasaje a La Habana, le sobró una onza y con ella compró una levita pues como había vivido en Inglaterra, sus trajes eran de lana, necesitaba algo fresco; la levita le costó doce pesos. Pasquel pagó también sus gastos en la fortaleza de Ulúa: comida, lavado de ropa y le consiguió un catre y ropa para poder dormir medianamente confortable. Juan Manuel, ante la incapacidad de ayudar con recursos propios a su abatido amigo, hizo una colecta entre sus conocidos y le mandó una caja de vino y una botella de coñac que sustrajo de la cava de don Julián.

Antonio, en su lamentable soledad meditaba el verso del *Infierno* de Dante: "*Nessum maggior do/ore che ricordarsi del tempo fe/ice ne/la miseria*". (No hay mayor sufrimiento que recordar la felicidad en tiempos de miseria")

La noticia de que un nuevo ministro francés llegaría a México se extendió rápidamente por la sociedad mexicana, los familiares y amigos de Antonio sabían cuánto ansiaba

regresar a su patria, Riva Palacio, Quino y Juan Manuel le sugirieron que intentara acercarse a Dubios de Saligny y que lo acompañara como parte de su comitiva, en un principio Antonio respondió con un rotundo no, rechazaba llegar a México en calidad de mayordomo, de camarista, de lacayo o de cochero del ministro francés.

La situación de Miramón se volvió desesperada. Ya no contaba con recursos económicos y recurrió a los préstamos forzados, en la ciudad de Puebla que quedó bajo su control, obligó a las familias y negocios a entregar sus recursos; Luis, uno de los hermanos de Antonio Haro se ocultó, Quino y don Julián tuvieron que soportar el encarcelamiento por negarse a dar su contribución. Juan Manuel desapareció por unas semanas, Lucrecia y doña Rocío, ante la ausencia de sus hombres y con los fondos económicos casi agotados al grado de despedir a Cleo, redujeron su actividad social casi a cero.

A fines de diciembre de 1860 Miramón fue derrotado definitivamente, el gobierno liberal se trasladó de Veracruz a la ciudad de México y la situación en Puebla parecía volver a la normalidad, algunos negocios estaban prácticamente quebrados como la agencia de don Julián que, una vez liberado y sin perder la esperanza, procuraba recuperar a la clientela perdida.

Las continuas guerras que de manera ininterrumpida se habían desarrollado en México, dejaron vacías las arcas nacionales por lo que el presidente Juárez decretó una suspensión de pagos al exterior, esto recrudeció las tensiones entre México y tres de sus acreedores: Inglaterra, España y Francia.

Representantes de estas tres naciones se reunieron en Londres el 31 de octubre de 1861, exigían un pago superior a los 80 millones de dólares. La cantidad era una

exageración, justificaban su demanda diciendo que era la compensación por las pérdidas que sus connacionales habían tenido en los turbulentos años de guerras internas, México no aceptó el reclamo y los tripartitas amenazaron con cobrarlo mediante una intervención armada.

La suspensión de pagos se dio a conocer mediante el decreto del 17 de julio lo que ocasionó que el ministro francés Dubois de Saligny decidiera romper relaciones diplomáticas con México y que se aliara con Inglaterra para enviar buques de guerra para exigir al gobierno de Juárez el pago inmediato de la deuda. Las negociaciones entre los inconformes y el gobierno mexicano duraron varios meses.

Al saberse en el gobierno juarista que las tres potencias habían decidido una intervención armada en México, pidió un informe. Como las posibilidades reales de defender Veracruz y San Juan de Ulúa del embate extranjero eran mínimas, el ministro de guerra, general Ignacio Zaragoza decidió su evacuación, los invasores extranjeros estarían expuestos a las enfermedades tropicales debido a las precarias condiciones de salud de la zona más calurosa, una ventaja indiscutible a favor de México; las enfermedades que se propagaban con mucha rapidez, era un peligro inminente aún para los nacionales.

Saligny, que se encontraba en la ciudad de México, tenía que reunirse con la escuadra de su nación así que salió para Veracruz el 4 de diciembre escoltado por hombres armados proporcionados por Juárez, se unieron a la marcha del francés aprovechando el cuidado de la guardia un grupo de españoles y algunos mexicanos conservadores simpatizantes de la intervención extranjera, Juan Manuel Malpica se unió a ellos con la intención de intervenir en favor de su amigo pues esa era la única manera viable de que Antonio Haro regresara a México. También iba

en la comitiva el hijo del primer y malogrado emperador mexicano Agustín de Iturbide. Se decía en broma que iba a reclamar el trono que se ofrecía a un europeo. En total acompañaban a Saligny cerca de cuatrocientas personas.

Las tropas francesas desembarcaron en Veracruz la mañana del 9 de enero de 1862. De inmediato los invasores padecieron lo que el gobierno mexicano ya esperaba, proliferaron entre los recién llegados la fiebre amarilla y otras enfermedades tropicales. Para el 18 de enero había, ya entre los españoles, 22 oficiales y 603 soldados enfermos, pero también había mexicanos, sobre todo provenientes del altiplano que habían contraído alguna de las enfermedades de la zona, entre ellos figuraba Juan Manuel Malpica. Los invasores franceses llegaron a la Tejería y de inmediato se llevó a cabo la primera reunión de los aliados en tierras mexicanas, el representante francés exigía a México el pago de sesenta millones de francos según el avalúo de la deuda anterior al 31 de julio de 1861, a esa cantidad le agregaba un monto a definirse por el ministro plenipotenciario francés a cuenta de la reparación de los daños posteriores a esa fecha.

El 19 de febrero de 1862, Manuel Doblado Partida firmó los Tratados en la población de la Soledad, en el Estado de Veracruz, tratados que recibieron el nombre de este poblado; por la triple alianza firmó el general Juan Prim. Ese mismo día, Juan Manuel Malpica murió en la ciudad de Córdoba víctima del vómito negro. No tuvo oportunidad de despedirse de sus familiares, ni siquiera de su esposa Lucrecia.

26 de Mayo de 1863

Me había quedado sola, me sentía muy triste. Primero se fue Juan Manuel, luego mi padre. ¡Maldito infarto, en qué mal momento llegaste! Y el negocio se fue al diablo ¿quién lo atendería? Y con tanto bloqueo de puertos, menos. ¿Y mi madre? Cínica, desvergonzada. Ahí va a chillarle a mi tía Estela y a la zorra de la Fina, dándoselas de buena mocha poblana. “hay que perdonar”, cabrona convenenciera.

Y mis hijos peleándose, uno a favor de los que trajeron a los franceses, y la otra, además de amiga de chinacas y pirujas, algunas de esas que les dicen chinas, ahí se anda revolcando con el indio ese, muy capitancito, pero es un pinche indio. ¿Qué no ve que nosotras somos de otra clase? Aunque seamos del mismo barro, no es lo mismo bacín que jarro.

Por lo menos logré distraerme un poco jugando a la enfermera, fui con Camila al hospital de sangre de San José. La jefa, doña Lupita Prieto me trató muy bien, nunca sospecho que iba por información, las Falcón tampoco, esas mujeres son muy inocentes. Otra dama que me fue de utilidad fue Maricruz Fonseca, como le encanta el chisme, me platicaba todo lo que hacía su madre, doña Josefina Menéndez y yo le decía aquello que debía saber, primero Saligny y luego Forey... Ah Frédéric, muy fiero con tus soldados, pero bastante pendejo conmigo, aunque haces bien el amor, como buen francés.

Lo que de verdad me sorprendió fue el triunfo de Zaragoza. ¿Cómo fue posible que su ejército de desarrapados, descalzos, con machetes y algunos descalzos, ganara la batalla? Algún santo los ayudó. Me di cuenta cuando escuché la música, y no era la Marsellesa, por eso supe que ganamos. Bueno, que ganó Zaragoza. Y ahí van desfilando, muy contentos, con sus prisioneros amarrados, ahí los llevaban como animales. ¿Qué hubiera pensado Napoleón si los hubiera visto? Sus héroes de Sebastopol exhibidos como fieras salvajes. Y luego a prepararnos para la revancha, que fue terrible.

CAPÍTULO 6

LA INESPERADA DERROTA FRANCESA

Lucrecia había caído en un deplorable estado emocional por la pérdida de los dos hombres fuertes de su familia. Juan Manuel había sucumbido a la temible enfermedad tropical conocida como vómito negro, también llamada fiebre amarilla, y su padre, don Julián, había fallecido repentinamente a causa de un infarto fulminante. El negocio de la familia Pérez Salazar Malpica y Ovando había quebrado principalmente por los bloqueos marítimos y además, por la falta de quien se hiciera cargo de su funcionamiento. La madre de Lucrecia, doña Rocío, era un cero a la izquierda y desesperada por los males que se avecinaban sobre la ciudad de Puebla, decidió cobrar favores a su prima Estela que, gracias a las argucias de su hija Antonieta conocida en Puebla como La Fina, habían conseguido las simpatías de Santiago Vidaurri, gobernador y jefe militar de Nuevo León, su posición económica en Monterrey era desahogada. Doña Rocío decía que como buena cristiana había que perdonar y que lo sucedido en su familia durante la permanencia de las tropas norteamericanas en Puebla, ella ya lo había olvidado y dejaba a Dios el juicio de los actos de cada quién. Obviamente Lucrecia no quiso secundarla pues el odio hacia su prima no había disminuido un ápice. Ella y sus hijos tomaron posesión de la casona de la calle del Dean.

Lo que podía ser una convivencia armoniosa en la familia de Lucrecia estaba lejos de serlo. Las continuas discusiones entre sus hijos agravaban su estado emocional. Fernando defendía ferozmente a los conservadores, decía que su padrino, Antonio Haro y Tamariz era ahora la

cabeza de la familia y que había que apoyarlo porque la misión de velar por su ahijado y por extensión, por la hermana y la madre de éste, se la encomendaron el día que lo llevaron a bautizar. Utilizando los servicios de Matilde, una mujer comerciante de productos agrícolas, mantenía informado a su padrino de los preparativos de la defensa de la ciudad. La mujer entraba y salía de Puebla sin pasar por las aduanas, pues conocía muy bien los terrenos alrededor del Tepozúchil, funcionaba como una especie de correo familiar. Era analfabeta como la mayoría de la gente del campo y la gente de escasos recursos de la ciudad, pero a la vez muy hábil para esconder los mensajes que llevaba y traía. Matilde era un eslabón de la red de informantes que los conservadores tenían a lo largo de toda la ruta de México a Veracruz.

María Luisa era abiertamente liberal, pero lo que más preocupaba a Lucrecia era que su hija se hubiera enamorado de un capitán que estaba bajo las órdenes del general Santiago Tapia, gobernador y jefe militar de Puebla. Su nombre era Felipe Terreros Cuauhtle, el apellido paterno de Felipe lo toleraba pero el materno no lo soportaba. Frecuentemente se refería al enamorado de su hija como "*el indio ese*". Los constantes pleitos entre los hermanos se terminaron cuando Fernando decidió incorporarse a las tropas de Leonardo Márquez. Contaba tan solo con 15 años de edad. La partida de su único hijo varón empeoró el estado anímico de Lucrecia. En su pecho residía un torbellino de emociones, siempre había estado a favor de los conservadores. Su formación religiosa, social y familiar la habían llevado a ello, pero cuando escuchaba la vehemencia con la que María Luisa defendía la causa liberal y los argumentos que esgrimía, no le quedaba otra más que aceptar que tenía razón.

La campaña en contra de la Reforma que hacían el clero y los conservadores llenaba de prejuicios a una buena parte de las clases media y alta de la sociedad poblana. Las personas que escuchaban los sermones en las iglesias eran presa fácil de las ideas que transmitían los curas rayando muchas veces en el fanatismo religioso. Veían en los franceses la salvación de la religión y de la patria. En agradecimiento, los mochos, así llamados los pertenecientes a esos grupos sociales, habían anunciado una gran recepción para el general comandante de las tropas galas: Charles Ferdinand Latrille, Conde de Lorencez. Estaban muy activos en esa tarea, pensaban echar a vuelo las campanas, recibirlo con una lluvia de flores y poner la ciudad a su disposición, incluso las damas de alta sociedad, hacían planes para que sus hijas fueran favorecidas con la aceptación en matrimonio de oficiales franceses. Lucrecia insistía en que María Luisa debería olvidarse de Felipe Terreros y buscar entre los militares extranjeros un mejor partido.

Mientras tanto, el General Ignacio Zaragoza, su estado mayor y el resto de sus generales, jefes y oficiales organizaban la defensa de la ciudad. Un grupo de mujeres se ofrecieron de voluntarias para ejercer como enfermeras y atender las necesidades de los patriotas que seguramente caerían heridos a causa de la inminente batalla que se avecinaba. Ante la escasez de apósitos y medicinas, entregaron sábanas, manteles y refajos de algodón muy finos con los que ellas mismas confeccionaron vendas y otros elementos necesarios en todo hospital. Lucrecia, su amiga de la juventud, Camila y otras mujeres se presentaron en el hospital de sangre de San José y se pusieron bajo las órdenes de doña Guadalupe Prieto que se encargaba de organizar el funcionamiento del improvisado hospital.

Habían constituido lo que llamaron pelotones de atención inmediata, cada pelotón lo encabezaba una dama que sabía algo de enfermería y primeros auxilios. Lucrecia se incorporó al comando por Mariana Falcón, ahí también colaboraba su hermana Asunción Falcón. María Luisa que no pretendía dejar sola a su madre, se incorporó al pelotón de doña Rosario Rivera de Zerón y Camila al de doña Juana Araus de Tapia. Macaria también quiso participar ayudando en la atención a los futuros heridos, ella se incorporó al hospital de San Pedro. Había que observar y escuchar todo y a todos, con esa misión fue incluida en el pelotón de doña Teresa Seoane junto con las hijas del señor Arrioja.

Las actividades domésticas de la casa de los Pérez Salazar Malpica quedaron bajo la responsabilidad de Cleo. Su hija menor, Micaela, se encargaba de los mandados y de mantener constante comunicación entre su hermana Macaria y las mujeres informantes de los liberales, chinacas que trabajaban como vendedoras en el mercado, chinas que vendían favores sexuales en el Barrio de la Luz o sirvientas en casas de familias conservadoras. La misión de Macaria era identificar mujeres mochas infiltradas en las actividades del hospital, llevaba un registro de las personas que se acercaban a las damas voluntarias ya fueran sirvientas, mozos o familiares, indicaba a su hermana quienes le parecían sospechosos para que fueran observados y seguidos en sus actividades dentro de la ciudad.

María Luisa, sabedora del gran cariño que su madre le tenía a Fernando y aconsejada por Macaria, se dio cuenta del peligro de informar a Lucrecia de los planes liberales, le tuvo que ocultar datos sobre el movimientos de tropas, refuerzos de puntos estratégicos y actividades de agentes

políticos y civiles; su estrategia era la de proporcionarle noticias falsas, ocultar información o entregarla deliberadamente de manera tardía, también tenía que evitar que sus contactos hablaran o se encontraran con su madre.

Entre las damas voluntarias del hospital San José, se encontraba doña Maricruz Fonseca cuya familia era cercana a la de Lucrecia, sus padres habían sido socios en varios negocios. Los Fonseca eran fabricantes de textiles, habían importado materiales y maquinaria a través de la entonces exitosa agencia de don Julián Pérez Salazar, ahora solamente quedaban recuerdos, ahorros nada despreciables y las relaciones sociales que procuraban mantener a pesar de los convulsivos tiempos que se vivían.

Josefina Menéndez viuda De Fonseca, madre de Maricruz, era Amiga de Saligny. Su marido, don Germán Fonseca había sido miembro del equipo del hijo de Morelos, Juan Nepomuceno Almonte cuando se firmó el tratado Mon-Almonte, también llevaba estrecha amistad con el padre Francisco Javier Miranda y Morfi quién era su confesor. Ahora que el desterrado prelado pretendía regresar triunfante del exilio, necesitaba de su ayuda para facilitar la entrada de los franceses a México. Entre las amistades más cercanas de Maricruz estaba sor Teresa, la ahijada de doña Rocío, la madre de Lucrecia. Maricruz decía que ella como el general Negrete, anteponeía las necesidades de la patria a sus ideales políticos y que los servicios que pudiera ofrecer en el hospital era una manera de mostrar su patriotismo. Luis Manuel Fonseca era el hijo mayor de doña Josefina, hombre que acostumbraba vestir de manera elegante, levita negra, plastrón blanco y charolado, botonadura de oro mate, corbata de tirilla y chistera tubular. Entre los sirvientes de los Fonseca

destacaba un criado negro natural de Martinica, nadie sabía cuál era su nombre de pila pero todos le llamaban *Viernes*, nombre sacado de la novela *Robinson Crusoe*. Luis Manuel estaba fastidiado de las tertulias que organizaba su madre, quería diversión más espontánea. Sabía que existían lugares que frecuentaban algunos hombres de la alta sociedad poblana, pero a él le daba pena y temor explorar ese camino acompañado de estos mochos, así que le pidió consejo a Viernes.

— Si usted quiere, don Luis, yo lo llevo a visitar unas chinas. Son mis “comadritas”.

—¡Quiero! —respondió el catrín.

En esos lugares había baile, jarana y canciones amén de catalán con prisco, entre otras cosas. Luis Manuel salió de su casa como acostumbraba hacerlo después de la comida, esta vez acompañado de Viernes. Caminaron sigilosamente por las calles del centro de la ciudad y se encaminaron al barrio de La Luz.

—Por estos rumbos muchos caballeros de polendas y campanillas tienen sus quereres. Si ve a un conocido, no salute, camine con paso firme —aconsejó Viernes.

—Es un barrio peligroso —repuso Luis Manuel—. Pura gente de rompe y rasga.

—Sshh. No diga eso —recriminó su guía—. Si lo oyen decir eso la pasará usted muy mal. Aquí hay cuicos, pero cuando hay jaloneo, se hacen de la vista gorda.

Luis Manuel veía pasar con cierto asombro hombres con canastos planos sobre la cabeza llenos de pambazos y cemitas que llevaban al mercado, neveros con cubetas pregonando voz en cuello sus mercancías; en las puertas de muchos comercios se exhibían ollas, comales y cazuelas de barro.

Entraron por un zaguán y al fondo del patio había

una habitación que, a modo de cortina, tenía una sábana vieja, que en el pasado había sido blanca, con algunos agujeros a medio remendar.

Las comadres de Viernes entonaban a coro la famosa canción chinaca “*Los Cangrejos*” compuesta por el poeta liberal Guillermo Prieto:

*Casacas y sotanas
Dominan por doquiera;
Los sabios de montera
Felices nos harán
¡Cangrejos al compás!
Marchemos para atrás!
Tris, tras, tris, tras.*

Al ver a los visitantes, detuvieron el canto. Luis Manuel y Viernes ocuparon una mesa de madera en un extremo de la habitación. El negro ordenó dos curados de apio.

—A mí no me gusta el pulque —protestó Luis Manuel.

—Pruébelo, está bueno —insistió Viernes—. Si no le gusta me lo tomo yo, pero no haga usted el desaire.

Mientras tomaba el curado con tragos pequeños, Luis Manuel observó que una china le sonreía con coquetería. La mujer poseía buenas carnes, su piel era de color moreno apiñonado, sus cabellos eran de un negro intenso y lustroso, sus ojos como dos capulines armonizaban con su nariz recta, la boca grande y carnosa que al abrirse dejaba ver los dientes parejos pequeños y muy blancos; su blusa bordada con hilos rojos, muy escotada y sin mangas remarcaba su seno elevado, además que la identificaban como de la chinaca roja, color del bando republicano, poseía amplias

caderas que no escondía la enagua ampona, las piernas sin medias lucían al natural y sus pies pequeños calzaban zapatillas de raso verde. El significado de portar calzado de ese color era pisotear a la chinaca verde, es decir, al bando conservador.

—¿Quién es esa dama? —preguntó Luis Manuel.

—Altagracia —respondió Viernes—. Agarró ese nombre porque está bien grandota y también por su carácter. Ninguna china usa su nombre de pila.

Viernes, utilizando sus influencias, hizo los arreglos necesarios para que Luis Manuel y Altagracia tuvieran una íntima convivencia. Los paseos por el barrio de la Luz del heredero de doña Josefina se hicieron frecuentes. En sus encuentros con Altagracia prefería el catalán con prisco pues el curado de apio jamás le gustó, le encantaba bailar el jarabe gatuno, prohibido entre la gente de su alcurnia pues implicaba exageradas insinuaciones sexuales. La china con mucha habilidad fue obteniendo información sobre los planes que los mochos hacían para sabotear la defensa de la ciudad. Don Fidencio, el carnicero del Parián, liberal de hueso colorado, era otro cliente asiduo que gustaba de la compañía de Amapola a quien apodaban *La Escopeta* pues tenía una nariz larga y ancha cuyas fosas nasales se asemejaban al cañón de una escopeta cuata, era una mujer de piel cobriza, ojos grandes y cejas muy pobladas, labios anchos y siempre tan colorados que parecía que acababa de comer pitaya, usaba blusas muy escotadas, falda corta y zapatillas con tacones para disimular su baja estatura que era de apenas un metro y cuarenta y ocho centímetros y, además, era muy amiga de Altagracia.

Don Fidencio formaba parte de un grupo de poblanos liberales constituido en su mayoría por licenciados que habían sido segregados y vivían el constante peligro de ser

agredidos. Al barrio de la Luz acudían caballeros de todos los colores y credos, don Fidencio aprovechaba los ratos de intimidad con La Escopeta para obtener información sobre los planes de los mochos para recibir con honores a los franceses encabezados por Dubois de Saligny y el conde de Lorencez, era muy sabido que habían organizado un *Tedeum* que encabezaría el padre Francisco Miranda para quien también habría un homenaje por su regreso de lo que consideraban un injusto destierro. El carnicero comunicó los secretos revelados por Amapola a Simona, su criada, que de inmediato se encargó de llevar las novedades a Micaela con quien intercambiaba mensajes a la hora de ir al mandado.

Cuando el general Zaragoza llegó a Puebla fue informado de los planes conservadores por lo que con facilidad pudo identificar a los traidores y anular sus acciones. Micaela no sabía que Matilde era informante conservadora, le confirmó el rumor de que la defensa de Puebla se concentraría en los fuertes y que la plaza sería reforzada con la llegada del general Tomás O'Horán. Matilde llevó el mensaje al Padre Miranda y a Antonio Haro y Tamariz. Como consejeros del ejército invasor sugirieron atacar por la ladrillera. Lorencez rechazó la idea, argumentó que si entraba a la ciudad por el camino de Amozoc, dejaría a sus espaldas la fuerza concentrada en los fuertes, definitivamente había que derrotar al Ejército de Oriente en esa colina para después entrar triunfantes en la ciudad.

Los franceses estaban seguros de que les sería muy fácil tomar la ciudad de Puebla donde además serían recibidos con el beneplácito de un importante sector de la sociedad, tenían mucha confianza en su ejército y alardeaban de su supuesta superioridad. El conde de

Lorenez lo hizo evidente cuando escribió a su Ministro de Guerra:

“Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, organización, disciplina, moralidad y elevación de sentimientos, que os ruego digáis al emperador que a partir de este momento, y a la cabeza de seis mil soldados, soy el amo de México”

Dubois de Saligny contagiado del entusiasmo del conde de Lorencez, pensaba visitar a sus amistades residentes en la Angelópolis por lo que envió a uno de sus criados, Jacinto Cuacuas con una carta para doña Josefina Menéndez viuda de Fonseca. Jacinto era un indio de raza pura, de piel muy oscura sin ser negro, de apenas un metro con cuarenta centímetros de estatura, vestía de manta, desclaso, con un sombrero de paja que le escondía la cabeza por completo y casi toda la cara, en un morral de ixtle llevaba, además del mensaje, su itacate para dos días y una pistola marca *Volcanic* de seis tiros, obsequio del ministro Saligny. Ya solamente le quedaban cuatro tiros, dos los había utilizado cuando se introdujo en la ciudad por el Puente de Noche Buena sobre el arroyo de Xonaca, ese era el lugar menos vigilado por las defensas de la ciudad. Una sombra pretendió cerrarle el paso y Jacinto se defendió, disparó dos veces, cruzó el puente a toda prisa y siguió su camino. Llamó a la puerta de la casa de los Menéndez. Petra, la criada, abrió la mirilla y no alcanzó a verlo por la reducida estatura del mensajero, cerró la mirilla y nuevamente escuchó un toquido, al asomarse, vio una mano que se agitaba, era Jacinto.

—¿Qué quieres? —preguntó la criada pensando que se trataba de un niño.

—Traiba un mensaje para doña Josefina.

—¿Traías o traes? —preguntó Petra burlándose del mensajero.

—Traíbo, aquí stá. —Jacinto mostró un sobre color canela.

—Échalo por debajo de la puerta, yo se lo entrego.

—No, el señor Saliñí dijo que yo se lo diera en la mano suya.

Petra cerró la mirilla, a los pocos minutos regresó y abrió la puerta.

—Dice la señora que pases —y lo miró con cierto desdén—. Pero primero límpiame las patas en ese tapete.

Obedeció y siguió a Petra hasta una sala que estaba adornada por dos candelabros estilo rococó, en una esquina había un piano de cola marca Erard, y los ventanales estaban cubiertos por pesados cortinones de Damasco.

—Aquí espérate, pero no te sientes —ordenó Petra.

A los pocos minutos apareció doña Josefina, agradeció la entrega del mensaje y se retiró a sus aposentos a leer la carta. Petra despachó a Jacinto sin cruzar con él palabra alguna. La carta tenía un leve olor a lavanda y en un papel muy blanco se leía:

Respetable y fina amiga:

Remito a usted esta carta que lleva doble intención: ponerme a sus pies y darle algunos informes que seguramente serán de su agrado. Supongo que está usted enterada de la traición que nos han hecho los comisionados inglés y español. Quizá cuando usted reciba esta ya habrán vuelto por donde vinieron.

Sin embargo le doy mi parecer: me alegro de esta cobarde resolución, con ella nos desatan las manos y nos otorgan total libertad para actuar.

Nuestro augusto emperador q.d.g. sigue firme en su

sabia resolución por lo que muy pronto nos veremos por allá y podré presentarle a usted mis respetos personalmente ya que el noble ejército francés, haciendo caso omiso de los convenios de la soledad, que para nosotros valen menos que el papel en el que están escritos, avanzará muy pronto hacia la capital y no serán las fuerzas del llamado Ejército de Oriente quienes sean un estorbo para el paso.

Tendremos tiempo para hablar largo y tendido y le mostraré las cartas confidenciales del amigo Gutiérrez Estrada y se dará cuenta de que todo marcha viento en popa.

Dispense la brevedad de mi mensaje y quedo de usted el más atento servidor.

D. de Saligny

Doña Josefina guardó la carta en un cofrecillo que estaba sobre su tocador, la emoción de la noticia de que muy pronto se reuniría con sus amistades y que celebrarían con una gran fiesta la llegada de los extranjeros no le permitió poner el preciado documento en mejor resguardo. Se acercaba la hora de rezar el *Ángelus* en Catedral, oración que doña Josefina no se perdía cada tarde, salió de prisa y no se cambió la ropa, iba de trapillo tal como había recibido a Jacinto, caminó por la calle del Obispado y cruzó el atrio, sentados en el suelo estaban unos niños con huaraches y dos o tres descalzos que estudiaban el catecismo del padre Ripalda. La catequista, de pie, leía una frase y los niños la repetían, la señora Menéndez se colocó un velo negro sobre la cabeza, entró en el templo, tomó un lugar en una banca de la segunda fila justo en el momento en que el sacerdote pronunciaba el Ave María purísima, un poco sofocada contestó: *sin pecado concebida*. Tímidamente se colocó las antiparras, abrió el misal y se dispuso a dar lectura

a las oraciones. De regreso a su casa, se detuvo en una bizcochería famosa por sus “chamberinas”, esa tarde había planeado con su hijo Luis Manuel tomar una merienda de chocolate, dulces y pan monjil.

Petra sospechaba que la carta contenía información valiosa, pero no sabía leer, así que aprovechando la ausencia de su patrona, tomo la carta y se la llevó a Macaria quien rápidamente la leyó, Petra regresó a casa a tiempo para devolverla al cofre de donde la había tomado, pocos minutos después, doña Josefina regresó de los oficios religiosos. Macaria transmitió la información a María Luisa quien decidió utilizarla a favor de las defensas de la ciudad, como sospechaba del doble juego de su madre, le informó falsamente que Zaragoza había decidido fortificar la entrada a Puebla por el camino a Tehuacán y que como sabía que Lorencez no se interesaba en atacar los fuertes sino en asaltar directamente la ciudad, había ordenado mover toda su fuerza hacia el rumbo de la Ladrillera, Lucrecia puso al tanto a Maricruz quien de inmediato comunicó las novedades a su madre doña Josefina, el falso mensaje del movimiento de las defensas rápidamente llegó a Saligny y por supuesto al conde de Lorencez.

La señal de que las hostilidades iniciaban ese 5 de mayo la dio un cañonazo salido del fuerte de Guadalupe a las 9 de la mañana; a las diez treinta, la campana mayor de catedral anunció que el enemigo estaba a la vista, la alarma se apoderó de los civiles. Todo era precipitación; las azoteas se llenaron de curiosos y las calles quedaron desiertas, solamente se escuchaban detonaciones pero no había información sobre el curso de la batalla. Los truenos de la tormenta que a las 4 de la tarde cayó sobre la ciudad se confundían con disparos de cañón, después, un compás de silencio.

—¿Qué habrá pasado? —se preguntaba Lucrecia mientras limpiaba las heridas de un combatiente serrano que había perdido una pierna y sangraba de un hombro —. ¿A qué hora entrarán los franceses? Porque de seguro derrotaron a Zaragoza. La música que provenía de los fuertes la sacó de sus reflexiones. Eran alegres piezas que tocaban las bandas de música de algunos batallones mexicanos, se escuchaba cada vez más fuerte. Lucrecia salió a la puerta del hospital, la siguieron otras damas voluntarias.

—Esa no es la Marsellesa, ¿Verdad?

—No madre. Es el himno mexicano —respondió María Luisa.

Era el desfile de los triunfadores que comenzaban a recorrer las calles de la ciudad. Encabezaba el desfile un chinaco que llevaba amarrado con una reata a un soldado francés, atrás marchaban otros franceses prisioneros custodiados por sus captores, llegaron a la primera calle de Mercaderes y ahí fueron entregados a la fuerza nacional que custodiaba la plaza. Los soldados mexicanos entraban en la ciudad en una improvisada pero emotiva parada, mostraban con orgullo los trofeos de guerra, alzaban mochilas, espadas, fusiles e instrumentos musicales, también marchaban algunos jinetes con banderolas que habían sido arrebatadas a los franceses. José María Palomino, soldado de infantería, entregó al gobernador de Puebla un estandarte arrebatado a un gallo. Formaron a los zuavos prisioneros afuera de Palacio, algunos soldados mexicanos se acercaron y les arrancaron las condecoraciones que portaban en el pecho, varios cautivos no pudieron contener las lágrimas. Jamás pensaron que serían humillados de esa manera.

Los franceses prisioneros sanos fueron paseados

por las calles pero nadie los molestó, Zaragoza ordenó que se le dieran dos pesos a cada uno y que fueran recluidos en el patio del Palacio Municipal; los heridos, subidos en caballos de oficiales mexicanos fueron trasladados a los hospitales para su atención médica. Uno de los prisioneros heridos fue encamado en el hospital en el que atendía Lucrecia, hablaba español. Entre ayes de dolor el francés contó como el soldado Charles Lesqueranne del 99° de línea, fue capturado por un jinete mexicano de nombre Mariano Oropeza, lo atrapó con una reata de lazar y lo llevó amarrado hasta el Palacio Municipal, atrás de ellos marcharon los prisioneros Hippolyte Gauthier, Bernard Foubert y Jean Planiol.

—Planiol disparo su pistola a boca de jarro sobre el capitán Inclán —narró el herido—, pero la bala pegó en su espada y se desvió. Inclán apresó a Planiol.

—Increíble —repuso Lucrecia al momento de vaciar desinfectante en la herida del francés quien respondió con un fuerte y prolongado: *jaaaayyyyyyy!*

Mayo 28 de 1863

Me incorporé al grupo de damas voluntarias del hospital San José para poder averiguar lo que sucedía en cada lado, me hacía pasar por simpatizante de la República para poder conseguir información sobre la defensa de la ciudad y enviársela a mi compadre Antonio utilizando los servicios de Matilde, aunque sentía remordimiento cada vez que hablaba con María Luisa. Me alegré sin querer cuando supe que funcionarios del municipio se negaron a tomar los puestos que les encomendaron para el día cinco, me gustó ese boicot, pero no podía manifestarlo, la mayoría

de las damas eran simpatizantes de Zaragoza y yo no sabía con precisión quienes estaban conmigo con excepción de Camila. Me dio rabia saber que Zaragoza pensó por un momento cañonear la ciudad, y más coraje me dio saber que le comunico al ministro de Guerra que deseaba quemar la ciudad. ¡Imbécil! ¡Cómo no le dio el tifo antes de la batalla!

Lo que sí me dio mucho gusto fue que se reconociera nuestra labor públicamente, hubo ratos que la pasamos muy mal curando heridos, espantando a la calaca para que no se los llevara, también hubo momentos de regocijo, los descansos para tomar alimentos, las pláticas a la hora del café y la curiosidad por los extranjeros, a veces nos peleábamos por atender a los más guapos.

Confieso que mi curiosidad por conocer a Forey manteniöse por varias semanas; decían: Ahí bien el general francés, pero no acababa de llegar. Lo que me cautivó no fue su físico sino su trato, siempre hízome sentir princesa, tratome con mucha delicadeza, como muger tengo mucho que agradecerle.

CAPÍTULO 7

LA FORTIFICACIÓN

El Ejército de Oriente no podía echar las campana a vuelo por el triunfo del 5 de mayo, el invasor francés podía iniciar un nuevo ataque y aunque las tropas mexicanas estacionadas en Puebla se habían fortalecido con la llegada de O´Horán y de otros contingentes, ni las fuerzas de Lorencez ni los hombres de Márquez estaban vencidos, había que prepararse para la venganza de los imperialistas.

En los hospitales de sangre de la ciudad, muchos de los heridos de la reciente batalla eran atendidos por el personal voluntario que, aunque no eran expertas curando a los lesionados aprendían de las enfermeras, de algunos médicos y de otras voluntarias. Camila realizaba su recorrido cotidiano cambiando vendas, haciendo curaciones y suministrando medicamentos cuando escuchó una animada conversación entre dos pacientes cuyas camas estaban contiguas, uno era un mexicano y el otro un zuavo. Discretamente se acercó y escuchó la plática con atención, la curiosidad la venció y preguntó a qué se debía tal amistad. El zuavo se apresuró a responder.

—Estábamos en medio del combate, avanzábamos hacia las fortificaciones, este intrépido mejicano salió de Loreto, empuñando su fusil y me persiguió con el ánimo de matarme, cuando me tuvo a tiro me disparó, pero sin écsito, yo hice lo mismo aunque con el mismo resultado.

—Sí, corrías como un pinchi conejo —interrumpió el soldado mexicano.

El zuavo, dirigiéndose a Camila continuó su relato.

—¡Pero no se arrugó! Volvió el mejicano a dispararme su fusil, y vuelve a hacerlo con igual desgraciado suceso,

entonces coloca la bayoneta en su arma y me acomete con ella, esperándolo yo tranquilamente.

—No estabas tranquilo, cabrón. Tiemblabas de puritito miedo, reconócelo , chingao —interrumpió otra vez el mexicano.

Camila los observaba divertida, no se podía explicar cómo era posible que habiendo estado a punto de matarse el uno al otro, ahora departieran como grandes amigos. El zuavo prosiguió.

—Más pasó el golpe, y lo hiego con mi marrazo en una pierna; éste que repite el golpe y vuelvo a herirlo. El mejicano no se rindió sino que persistió con brío en el empeño de matarme, aunque dando tropiezos porque se desangraba mucho. Para conseguirlo, se vino hacia mí con el fusil tomado por el extremo y me dio con él tan fuerte culatazo arriba del hipocondrio izquierdo que me dislocó tres costillas haciéndome caer al suelo casi muerto; entonces cayó él también, agobiado por sus heridas.

—Yo pensé que me ibas a rematar —concluyó el mexicano con una enorme sonrisa.

—Ahí nos quedamos los dos, tirados. Viéndonos uno al otro —volteó un instante a mirar al mexicano—. Terminada la batalla, nos levantaron y trajeron a este hospital, donde nos reconocimos, y habiendo entrado en pacíficas explicaciones, nos hemos hecho amigos, porque felizmente, los dos tenemos el corazón bien colocado.

—Pues ahora deben recuperarse. Tienen una bonita historia que contar a sus nietos.

Camila se despidió de los nuevos amigos y continuó con su tarea.

Después de la algarabía por el triunfo sobre los franceses, la ciudad iba recuperando su estilo de vida, sin embargo, el Ejército de Oriente padecía de innumerables

carencias, no había dinero para la raya de los soldados, hubo días en los que ni para el rancho alcanzaba; además, se hacía circular gran cantidad de mentiras promovidas principalmente por gente de la alta sociedad. El general Zaragoza envió un telegrama al Secretario de Guerra diciendo que la persona encargada de la oficina telegráfica enviada por el gobierno central para ese cometido, únicamente transmitiría lo dictado por el propio general Zaragoza, decía que era para evitar las noticias falsas y alarmas que “en la traidora cuanto egoísta Puebla” circulaban. El vencedor del 5 de mayo estaba muy molesto con los poblanos, consideraba que esa ciudad no tenía remedio.

Un grupo de damas voluntarias del hospital San José tomaban café en el reducido comedor de ese nosocomio, necesitaban descansar luego de varios días de intenso trabajo atendiendo heridos, haciendo curaciones, reportando y amortajando muertos. El momento era propicio para comentar las últimas noticias. Doña Guadalupe Prieto inició la plática con una pregunta.

—¿Supieron de la destitución de funcionarios municipales por no presentarse el día cinco a los puestos que les encomendaron?

—Si, qué vergüenza —respondió Mariana Falcón—. Se publicó la lista en el Boletín del Gobierno.

—Increíble que la encabece el mismo tesorero don Mariano Carrasco —agregó Camila.

—Y luego se preguntan por qué Zaragoza está furioso en contra de los poblanos —completó Lucrecia—. Corre el rumor de que dijo que voltearía los cañones para apuntarlos hacia la ciudad.

—¡No me digas! —exclamó doña Rosario Rivera—. Eso está muy grave.

—¿Y qué me dicen del telegrama de ayer? —intervino María Luisa —. Se supo porque al llegar cada mensaje a México, se imprimen dos copias, una se manda a Palacio al presidente Juárez y otra se lee a la gente que se amontona en la calle para enterarse de lo que pasa aquí.

—¿Y cuál es el mensaje de ese telegrama? —preguntó la señora Prieto —. Cuenta, cuenta.

—En pocas palabras, que nadie le quiere apoyar con dinero, que aquí están de luto por lo que pasó el día cinco, así lo dijo: están de luto. Y que desearía prenderle fuego a la ciudad.

—¡Qué barbaridad! —respondió la señora Araus que casi derrama su café al escuchar lo dicho por María Luisa —. Aunque la verdad es que algunos poblanos merecen ser quemados en leña verde por traidores.

El cabildo angelopolitano hizo una proclama el 14 de mayo en la que invitaba a los ciudadanos a tomar las armas y prohibía la deserción hasta la conclusión de la guerra. Seis días después, el mismo cabildo acordó el otorgamiento de dos pesos a cada soldado mexicano herido el 5 de mayo tomados de los fondos de Ayuntamiento, se repartiría el dinero hasta donde alcanzaran los recursos. También se acordó que se otorgaban tres días para que los empleados del municipio que no concurrieron a prestar sus servicios en defensa de la Patria justificaran su ausencia, de no hacerlo satisfactoriamente, serían dados de baja y exhibidos como cobardes o cómplices del invasor.

En un momento de descanso mientras desayunaba, María Luisa daba lectura al periódico de ese 2 de junio. Lucrecia, llevando una charola con alimentos, se acercó a su hija que esbozaba una sonrisa.

—¿Qué lees que te causa tanta gracia?

—Siéntate y escucha, aquí hablan de nosotras. Es un

reporte interesante —respondió la joven y comenzó a leer en voz alta.

Puebla, Junio 2 de 1862. — Alejandro Ruiz. — Al C. secretario del superior gobierno del Estado. — Presente.

Cumpliendo con la superior disposición del gobierno del Estado, he practicado la visita al hospital San José, para ver el estado en que se encuentran los ciudadanos heridos del ejército nacional y del ejército francés que están allí. De sus manifestaciones personales y de la inspección que hice, resultó que; así por las esmeradas curaciones que se les hacen, como por lo relativo a la higiene y alimentos, están bien atendidos.

Los súbditos franceses, á quienes como á los mejicanos, interrogué uno á uno sobre la asistencia que allí reciben, me han respondido satisfactoriamente, y se muestran reconocidos á la magnanimidad de la nación y especialmente á este gobierno.

He pedido y acompaño una relación nominal de heridos, pocos de ellos tienen alguna fiebre, y ésta, según parece, es solo sintomática y propia del estado de sus heridas. En general el estado de los heridos es satisfactorio, pues aun los que han sufrido amputaciones, se encuentran relativamente bien, pues solo cuatro de ellos, y entre esos un francés, quizá sucumbirán.

Los gefes y oficiales mexicanos me han manifestado, que por encontrarse aquí con pocas relaciones sociales y por el estravío que sufrió su ropa el día en que fueron heridos, carecen de ella.

La clase de tropa, con pocas ecepciones, manifestó que los encargados de sus respectivos cuerpos, no les atienden con sus haberes.

Espero que el superior gobierno del Estado tenga á bien recibir este pequeño resumen, con el carácter de contestación, que no dí oportunamente á la nota en que se me comisionó para visitar el hospital, por presentarle luego el resultado de sus órdenes, que

he procurado cumplir, y de aceptar la expresión de mi estimación y respeto.

María Luisa bajó el periódico y miró a su madre con una sonrisa aún más amplia. Lucrecia, emocionada comentó:

—¡Maravilloso! ¡Se reconoce nuestro trabajo!

—Espera, aquí hay algo del hospital de Macaria. —

Agregó María Luisa.

Hospital general de San Pedro.— Noticia del número de heridos que existen curándose en el hospital hoy día de la fecha:

Comandantes de batallón 2

Capitanes 1

Tenientes 1

Subtenientes 2

Soldados de varios cuerpos 26

Prisioneros franceses 8

Suma 40

Puebla, Junio 2 de 1862.— Tomás Méndez

—¡Qué te parece, madre. Allá nada más quedan 40 heridos mientras que aquí tenemos más de cien! Que les pasen unos cuantos, ¿no? Para que se empareje la chamba.

—O que nos manden personal de allá. —respondió Lucrecia—. Aquí nos hacen falta manos.

Mientras Lucrecia desayunaba, María Luisa la acompañaba hojeando otras secciones del periódico, a los pocos minutos, nuevamente alzó la voz.

—Oye esto, madre. Parece que le regañiza que les puso Zaragoza y los mensajes del presidente han hecho mella en los que esperaban ansiosos a los franceses, ahora sí ya se muestran cooperativos.

—¿De qué me hablas? No te entiendo.

—Escucha:

LISTA de las persona cuotizadas por la junta respectiva para atender á las necesidades del ejército de Oriente.

Testamentaria del P. Furlong, 500 pesos

José Pablo Almendaro, 500 pesos

Manuel Haro y Tamariz,

— El hermano de tu compadre Antonio.

250 pesos.

Manuel P. Almendaro, 250 pesos

Ignacio Romero Vargas, 250 pesos

Luis de Haro y Tamariz,

— El otro hermano de tu compadrito, el que le mandaba dinero a Europa.

500 pesos

—Pues debería donar más, se quedó con toda la fortuna de la familia —Interrumpió Lucrecia.

Joaquín Haro y Obando, 125 pesos

Ángel O'Farrill, 50 pesos.

—Otra mujer.

Dolores R. Sánchez, 50 pesos.

—Hay bastantes mujeres cooperadoras.

Viuda de Calderón Garcés, 50 pesos.

Testamentaria del Sr. Pantiga, 125 pesos.

Josefa Reyero, 125 pesos

Gertrudis Fernández, 125 pesos

Viuda de Olaez y Fernández, 125 pesos

Sra. Viuda de Vallarino, 500 pesos

C. Baltazar Furlong, 250 pesos

Matías Rivero, 250 pesos

La ciudad se preparaba para el contraataque francés, el ejército de Oriente enviaba a sus informantes a observar los movimientos del enemigo que se había retirado a Orizaba, se supo que un nuevo comandante que reemplazaría al conde de Lorencez había llegado con muchos más efectivos, se trataba del general Frédéric Forey cuya fuerza era de casi treinta mil soldados. Ese general también había combatido en las batallas de Europa y se rumoraba que era muy cercano a su emperador Napoleón III. Otros informes llegaban vía soldados desertores como fue el caso de Alfred de Covagnac, quien en una carta a sus familiares explicaba que lo había hecho por considerar que *“los franceses sólo vienen a turbar la paz en una nación que se goza en el seno de la verdadera libertad.”*

Don Manuel María Zamacona dio a conocer mediante un artículo publicado en el diario Siglo XIX la llegada del general Forey a Veracruz quien al desembarcar dijo:

“Ce n'est au peuple mexicain que je viens faire la guerre, mais á poiné d'hommes sans scrupule et sans conscience,

qui ont foulé aux pieds le droit des gens gouvernent par un terreur sanguinaire et pour se soutenir n'ont pas honte de vendre par lambeaux a l'etranger le territoire de leur pays"

Una de las disposiciones del cabildo poblano era la de conseguir la mayor cantidad de provisiones posible para resistir los tiempos que se avecinaban. El comisionado de abastos Federico Muñoz manifestó que no podía seguir la orden recibida de tomar de la casa de matanza las arrobas de carne necesarias para la tropa, porque no había suficientes cabezas de ganado.

El general Zaragoza contrajo tifo y a pesar de los esfuerzos de los médicos por salvarle la vida, murió el 8 de septiembre de 1862. Ese mismo día, el general Ignacio Mejía, gobernador y comandante militar del estado de Puebla, emitió un decreto por el que se declaró "*Ciudadano Benemérito del Estado, en grado supremo, al Héroe del memorable 5 de mayo, General Ignacio Zaragoza*", asimismo, se indicó inscribir con letras de oro su nombre en el Honorable Congreso del Estado. El cargo que dejó vacante Zaragoza lo ocupó Jesús González Ortega.

El general zacatecano que ahora quedaba al frente del ejército de Oriente se caracterizaba por poseer una cabellera negra, abundante y rizada; la frente amplia; la nariz aguileña; la mirada franca, penetrante, expresiva; el bigote cuidadosamente atusado; el conjunto de la fisonomía revelaba un carácter enérgico; era lo que se dice de maneras atrayentes, de palabra y de trato fácil, galán de las damas y amable con el pueblo, forjado en la Guerra de Reforma, gloria de los liberales, vencedor de los conservadores en la batalla definitiva en Calpulalpan y respetuoso de los militares de su partido con buenos antecedentes.

En diciembre de 1862 José María González de

Mendoza presentó a Juárez el plan de defensa de esa ciudad, lo elaboró por instrucciones de González Ortega. Poco más tarde, el 5 de febrero se llevó a cabo en Puebla una reunión entre los jefes del Ejército de Oriente y del Ejército del Centro, se trataba de definir el plan de acción contra los invasores, cada uno de los cuerpos ejército de Oriente y Centro obrarían de forma independiente el uno del otro y para actuar, los respectivos generales en jefe acordarían y aprobarían conjuntamente las operaciones.

Mientras la ciudad se preparaba para enfrentar al enemigo, llegaban noticias de las acciones de los invasores. El 4 de febrero de 1863, un artículo titulado el manifiesto de Almonte que se reprodujo del periódico El siglo XIX, informaba que el general Forey había destituido al hijo de Morelos. La gente colaboraba en la fortificación de los puntos elegidos por la comandancia, entre ellos un gran número de mujeres. El dinero recabado mediante donativos directos no era suficiente así que se crearon juntas patrióticas que se dieron a la tarea de recaudar fondos para equipar a los reclutas, pero no sólo atendieron a la dotación de los cuerpos armados, consideraron también el abastecer a los hospitales de sangre. Así por ejemplo, la esposa del presidente, Margarita Maza, a principios de enero entregó a los tesoreros de los hospitales de Puebla y al ministro de la Guerra la cantidad de 3 908 pesos, además de ropa y materiales de curación.

En el mes de febrero de 1863 Forey quería iniciar la marcha sobre Puebla, pero no podría hacerlo si no aseguraba una línea de comunicación sólida con Veracruz, para ello necesitaba neutralizar las guerrillas que tantos problemas le estaban causando.

Una soleada y calurosa tarde de febrero, Luis Manuel se encontraba bastante entretenido retozando en el lecho

a un lado de Altagracia, la experta mujer en las artes del amor le acariciaba la barbilla con una pluma de ave, era uno de los juguetes que utilizaba para llevar a su amante a lo más profundo de los placeres carnales.

—Estás muy callado, corazón. ¿En qué piensas?

—Nada importante. Me acordé de algo que mi madre me dijo esta mañana.

—Algún asunto familiar, seguramente —comentó la mujer con voz melosa deslizándose sobre el sudoroso cuerpo de su amante y colocándole su pecho desnudo a pocos centímetros de los labios.

—No precisamente —respondió el joven catrín.

Luis Manuel introdujo en su boca el palpitante pezón de la muchacha y mientras lo sobaba dulcemente con la lengua, Altagracia preguntó aparentando inocencia.

—¿No le vas a decir a tu reina lo que pasa por tu mente? Acuérdate que soy tu confidente —insistió la china —. Soy la única persona en tu vida en la que puedes confiar plenamente, y noto que te mueres de ganas por compartir con alguien tus pensamientos.

—Tienes razón. Hay cosas que ni con mis amigos puedo comentar.

—Pues desahógate mi rey. Yo te escucho, y en cuanto salgas de aquí, olvido todo.

—Mmmmm. No sé si deba. —Luis Manuel dudaba, pero finalmente se decidió a revelar su pensamiento —. Destituyeron al suizo Staeklin. Su lugar lo ocupara el coronel Dupin.

Altagracia estuvo a punto de lanzar una exclamación que la podía comprometer. Ahogó su sorpresa con un fingido bostezo y aparentando indiferencia preguntó:

—¿Y quiénes son el tal Staeklin y ese coronel Dupin?

—Saligny es amigo de mi madre, le mando una carta

en la que le dice que Forey se ha cansado de los malditos guerrilleros, atacan a sus soldados cuando menos los esperan y huyen; Staeklin era el encargado de combatirlos, reunió mercenarios de todos lados: holandeses, alemanes, polacos, norteamericanos... hasta sudamericanos, pero no ha dado los resultados esperados. Dupin es diferente, tiene fama de cruel, es despiadado. Hay registros de las atrocidades que cometió en Europa; participó en la guerra de Crimea. Forey cree que es el comandante ideal para combatir a esos bandoleros desharrapados que tanta lata le dan.

Luis Manuel abandonó el burdel y de inmediato la cadena de mensajeros entró en funcionamiento. Había que prevenir a los chinacos. Altagracia comentó la novedad con La Escopeta quien esa misma noche la hizo del conocimiento de Fidencio, su principal cliente. Al día siguiente, cuando llegó a su carnicería, don Fidencio se la hizo saber a su criada Simona quien al ir al mercado se encontró con Micaela y ésta, a través de Macaria envió el mensaje a María Luisa. Fue así como los principales líderes chinacos que operaban entre Puebla y Veracruz como Angón, José Fernández, Manuel Abarca y Vizoso se enteraron de que se iniciaba una nueva y muy sangrienta etapa que pretendería neutralizarlos. Estos grupos defensores de la República contaban con gran simpatía por parte de la gente del pueblo, no faltaban los trovadores urbanos que afuera de los mercados entonaban el cántico que cada vez se hacía más popular:

*Somos deatiro Chinaca
Escribimos en chinaco,...
No es nuestro ánimo lucrar,
sí decir nuestra opinión*

*Y con ella entusiasmar
a todita la nación
Para batir al gabacho
cierto no lo necesita...
Pero nunca está de más,
dar unas cuantas plumadas,
no cultas ni delicadas,
sino entusiastas no más.*

Marzo fue un mes decisivo para la organización de la defensa de Puebla, el 2 de marzo de 1863, el presidente Benito Juárez estuvo en Puebla y ante la inminente llegada del ejército invasor a esta ciudad, dio un mensaje a las tropas de González Ortega, el 3 de marzo tuvo lugar un gran desfile por las calles de la ciudad, en el enorme llano de Totimehuacán se realizaron maniobras de más de treinta mil hombres del Ejército de Oriente esperando la hora de entrar en combate. Se pidió la salida de la gente que no era apta para la defensa de la ciudad, la orden se dio a conocer en el Boletín Oficial del gobierno mediante un artículo titulado Evacuación en Puebla de gente inútil.

El día 9 el antiguo general conservador y para entonces aguerrido defensor de la patria Miguel Negrete también dio un mensaje que terminaba diciendo:

¡A las armas poblanos! Un hermano vuestro os llama á nombre de la patria que reclama el cumplimiento de nuestros sagrados deberes; os espero en el campo de batalla, donde daremos una nueva prueba de que sabemos ser libres, y que México es digno de figurar en el catálogo de las naciones independientes.

El día 10 apareció un artículo titulado Estados Unidos, proposiciones de M. Dougall, en esta publicación se

apuntaba que el senado norteamericano había declarado como una violación de las reglas del derecho internacional la tentativa del gobierno de Francia para sujetar a su autoridad por medio de las armas a la República de México. Estados Unidos poco podía hacer a favor del gobierno de Benito Juárez porque se encontraba en plena guerra de secesión.

28 de Mayo de 1863

Es verdad que saqué ventaja de mi relación íntima con Forey, pero lo que hice no fue traición, yo no era espía de González Ortega ni buscaba favorecer al bando conservador, mucho menos estuve á favor de los franceses. Recuérdese si no, mediante mis mensajeros, mandé decir á Milán que un convoy iba á dirigirse ácia Puebla con la paga de los soldados. El convoy que custodiaba el Capitán Danjou, el de la mano de madera que murió en el Camarón. Es verdad que por mi culpa Forey supo de los planes del Primer Regimiento de Durango y pudo sorprenderlo en San Pablo del Monte. Envió al 6º escuadrón del 1er regimiento de cazadores de África al mando de Bénigne de Montarby. Los mexicanos perdieron, tuvieron que huir, pero mataron al comandante Aymard Foucault, eso enfureció mucho á Forey. Yo nada más veía cómo ecshalaba gritos de rabia y ponía los ojos como estraviados y pensaba “que no le dé por fusilar prisioneros”. Ahí terminaron las esperanzas de Gonzáles Ortega por romper el sitio.

Yo no amo á ningún francés. Lo que hubo entre el mariscal Forey y yo fue, lo que se podría llamar un negocio, jamás hubo amor, aunque sí placer. Cuando amanecía á su lado, me quedaba en la cama a observar como se vestía, me divertía obserbar cómo gastaba mucho tiempo en ponerse la corvata.

Yo seguía como muger los dictados de mi corazón, ó mejor, de mi amor de madre. Tenía que buscar la seguridad de mis dos hijos que siempre se los encomendé á la vírgen de la Soledad. María Luisa desde pequeña fué un dechado de virtud, una muger que se identificó con la causa republicana y llegó á involucrase, en contra de mi voluntad, con un oficial republicano. Fernando siguiendo los pasos de su padre, se alineó á la causa conservadora.

Si utilicé la información que me contaba María Luisa y lo platicaba á mis contactos del bando de Fernando, fue para protegerla á ella y á su hermano. Macaria, la chinaca que trabajaba en nuestra casa era una buena informante, conocía muy bien los planes del rebelde Nicolás Romero y, á través de María Luisa, los hacía del conocimiento de los soldados del fuerte del Señor de los Trabajos, ahí estaba destacado Felipe Terreros, el novio de María Luisa.

La información que le proporcioné á Forey sobre los posibles movimientos de Comonfort para romper el sitio, eran falsos, se los espresaba en términos que fueran creíbles, algunos datos eran verdaderos, pero esos todo el mundo los conocía, la desgracia de San Lorenzo no fue culpa mía, fue del párroco que organizó un convite para celebrar por adelantado el fallido rompimiento del sitio. Creo que abusé de su munificencia.

Hoy me encuentro aquí, en una bartolina fría del Fuerte de San Javier, escribiendo estas brebes reflexiones esperando la sentencia: prisión o paredón. No sé nada de Fernando, supe que estaba bajo las órdenes del general Severo del Castillo pero cayó en una emboscada chinaca y María Luisa salió de la casa con Macaria y no volvió, á estas horas ya la han de haber fusilado.

CAPÍTULO 8

EL SITIO

El día 11 de marzo de 1863 el general Jesús González Ortega emitió un decreto por el cual declaraba en estado de riguroso sitio a la ciudad de Puebla y las poblaciones inmediatas comprendidas en un radio de ocho leguas. Tres días más tarde, el mismo general emitió otro decreto en el que declaraba que, mientras duraran las operaciones militares en el ataque y defensa de la plaza, las personas que por su sexo y edad no pudieran contribuir a la defensa de la ciudad, saldrían de ella durante ese día y el siguiente, a excepción de aquellas que por circunstancias especiales no pudieran hacerlo.

Lucrecia, su hija María Luisa y sus criadas, doña Cleo con sus hijas Macaria y Micaela decidieron no abandonar la ciudad, dejaron la casa de la calle del Dean y se mudaron a cuatro calles del Fuerte Iturbide. Macaria había recibido la recomendación de residir en una zona en la que se facilitara la comunicación con los informantes chinacos de Tomás Sánchez y con los Colorados de Nicolás Romero, este grupo guerrillero habían ganado gran popularidad por sus repetidos ataques a tropas y convoyes franceses en uno de los cuales, los chinacos de esta corporación se uniformaron con camisas rojas. También tenían que asegurar la comunicación con otros líderes chinacos cuya misión era hostigar a los franceses en los distintos puntos del trayecto de Veracruz a Puebla. El grupo de Ángel Romero ya había tenido varios enfrentamientos que costaron la vida de más de 30 soldados extranjeros, Antonio Rodríguez realizaba ataques nocturnos por el rumbo de Chalchicomula, Atilano Acevedo y el guerrillero

Cuellar no tenían un punto fijo, lo mismo emboscaban en la inmediaciones de Córdoba que lo hacían por el rumbo de Tepeaca y Cenobio Cruz a quien le apodaban El Gallo era la pesadilla de los traidores de Márquez. Lucrecia aceptó el cambio de domicilio aparentando pesar por dejar la casa del centro de la ciudad, sin embargo se alegraba con la idea porque estaría más cerca de una de las garitas facilitando con ello su salida cuando fuera necesario así como el contacto con sus informantes una de las cuales era Matilde, correo del invasor y recomendada de su hijo Fernando, a través de ella mandó una carta solicitando ser recibida por el general Forey quién días más tarde estableció su cuartel general en el cerro de San Juan.

El 16 de marzo de 1863 se anunció mediante un cañonazo desde el fuerte de Guadalupe que el enemigo estaba a la vista. Ese día dio inicio el sitio de Puebla. En ese fuerte se hallaba doña Recia, era una mujer originaria de Tepeaca, trabajaba de cocinera de la hacienda San Pedro Ovando. Justino se incorporó a la defensa de la ciudad para entonces ya llamada de Zaragoza y doña Recia se fue con él; tenían una hija pequeña que no podía estar en la línea de fuego así que con mucho dolor de corazón, la regalaron a las monjas de convento de Santa Inés. Estuvo acuartelada al igual que su marido, se negó a esconderse en los túneles con el resto de las mujeres, empuñó un fusil y se unió a la defensa de la línea de los fuertes Loreto-Guadalupe-Independencia esperando al enemigo al lado de Justino. Con esta valerosa actitud doña Recia se ganó la simpatía del general Gayoso, jefe del fuerte de Guadalupe.

Cuando el general en jefe francés conoció personalmente a Lucrecia, quedó prendado de su belleza. Ella manifestó su deseo de colaborar con el invasor, le explicó que era comadre de Antonio Haro y Tamariz y

amiga del padre Miranda, además tenía un hijo en las filas conservadoras, Forey le pidió que fuera su espía y que como su hija estaba en comunicación con la resistencia, le sería de mucha utilidad. La nueva espías de Forey pudo obtener información de los movimientos de defensa de la ciudad porque Felipe Terreros informaba a María Luisa las estrategias de defensa, pero sabedora de las inclinaciones políticas de su madre, falseaba los datos, así Lucrecia informó de lo sencillo que sería tomar el fuerte de San Javier y que de ahí en adelante, la conquista de la ciudad se facilitaría.

El día 21 ante el curso de los acontecimientos, González Ortega ordenó que los generales Carbajal y Rivera salieran por el norte con dos brigadas de caballería, su misión era conseguir víveres, rompieron el cerco francés por el norte en la línea Santa María–Hacienda de Manzanilla aprovechando la barranca de San Aparicio.

El día 26 de marzo, tras someterlo a un intenso fuego de cañón y dejar los parapetos izquierdos del baluarte completamente despedazados, el enemigo logró destruir una parte del fuerte de San Javier también conocido como fuerte Iturbide cuyo jefe principal era el Coronel Smith, sin embargo, no pudieron tomarlo, el asalto fue rechazado; la madrugada del día 29, dos columnas francesa que atacaban en la oscuridad fueron descubiertas y rechazadas, se dispersaron aprovechando la casi nula visibilidad del momento. La defensa del fuerte impedía la aproximación del enemigo que intensificó su fuego causando más daños estructurales y numerosas bajas, pero los combatientes mexicanos no podían ser doblegados, los capitanes Platón Sánchez y Onofre Pérez Pinzón resultaron heridos, se negaron a ser retirados del frente y permanecieron en sus puestos el resto de la jornada.

La defensa de la fortaleza se hacía imposible, entonces la comandancia decidió trasladar todo el parque disponible así como la artillería servible al centro de la ciudad, se habían perdido alrededor de seiscientos hombres entre muertos y heridos, pero los franceses estaban decididos a tomar ese estratégico punto.

Hacia las cuatro de la tarde el enemigo concentró su fuerza en San Javier, el terrible fuego derribaba parapetos, muros, techos y prácticamente todo el blindaje del edificio, los batallones 2° y 6° de Guanajuato salieron a su encuentro y el combate se tornó cuerpo a cuerpo ya en el interior del fuerte, lograron contener a los atacantes momentáneamente, había disparos tratando de repeler el ataque desde la plaza de toros que estaba muy cerca del fuerte y de calles adyacentes, los franceses penetraron en los patios, recibieron nutridas descargas a quemarropa y a pesar de las considerables bajas, siguieron avanzando, un grupo de veinte soldados del 6° de Guanajuato con la bandera de su unidad entraron en una pieza sin salida, solamente había una ventana que daba a un patio y protegida con una reja de fierro, el abanderado Cervantes se asomó y vio a un jefe mexicano.

—¡Montesinos!, teniente coronel Montesinos — gritaba con todas sus fuerzas —. Aquí, en esta ventana.

Montesinos se acercó y pidió ayuda para arrancar la reja, imposible. Los zuavos derribaron la puerta.

—¡Tenga la Bandera! Resguárdela—gritó Cervantes, antes de ser masacrado junto con sus compañeros. Montesinos rescató el lábaro patrio, se agrupó con los sobrevivientes de la 2a compañía comandada por el capitán Felipe Terreros, se dirigían a la puerta principal del fuerte cuando fueron atacados por varios zuavos que estaba parapetados detrás de una fuente circular con un

relieve de unos 75 centímetros ubicada en el centro del patio, se entabló un tiroteo, aparecieron dos o tres decenas de enemigos, los mexicanos se encerraron de manera precipitada en un cuarto que servía de depósito de pólvora; estaba almacenada en barricas, una de ellas destapada. El teniente coronel Montesinos no entró en ese cuarto, siguió hacia la salida y milagrosamente no fue alcanzado en el cuerpo por bala alguna, llegó sano y salvo al Paseo Nuevo que también era conocido como Alameda Nueva con la bandera rescatada, aunque con algunos agujeros en el faldón de la levita.

Los que se introdujeron al cuarto, cerraron la única puerta, eventualmente la abrían, hacían una descarga y la volvían a cerrar. No estaban dispuestos a rendirse. El cuarto tenía una claraboya, un bragado zuavo trepó a la azotea y arrojó una granada de mano; la pólvora se incendió, hubo una terrible explosión, todos murieron excepto Felipe Terreros que por estar junto a la puerta a punto de abrirla para hacer una nueva descarga, quedó tirado en un rincón, con algunas quemaduras leves y con la cara negra. Los zuavos dieron a todos por muertos y abandonaron ese patio.

Pasados unos minutos, el capitán Terreros se asomó y vio a unos cuantos pasos un zuavo muerto tirado en el piso, lo arrastró al interior del cuarto, le quitó el uniforme y se lo puso. El *sarouel*, como de por sí era una prenda voluminosa, no se notaba que le quedaba un poco grande, enredó algunos centímetros de ese pantalón bombacho a modo de valenciana, se lo ajustó a la cintura con la *ceinture* que tenía como 4 metros de longitud, se quitó su chaquetín semiquemado y se colocó el *gilet* del zuavo, los brazos le quedaron al descubierto, medio se acomodó la fez, pues Felipe era más cabezón que el difunto encuerado;

rápidamente salió del achicharrado cuarto, cruzó el patio que para entonces estaba casi desierto y salió por un boquete que le habían abierto a uno de los muros del fuerte. El capitán de zuavos Gilard se encontró con el teniente coronel Rosado y le propuso a nombre del general Douay la rendición. El jefe mexicano invitó al zuavo a dialogar al primer descanso de la escalera que con la mano en su pistola dijo a su enemigo:

—Para comenzar, hágame usted el favor de envainar su espada.

—Bien —contestó Gilard—. Pero usted guarde su pistola.

Rosado dijo que se rendía pero no a los zuavos.

—He notado que algunos de sus hombres andan borrachos, son crueles y asesinan, no perdonan ni a los heridos.

—Daré parte al general Douay —respondió el zuavo—. Solamente él puede autorizar esta solicitud.

La petición fue concedida, la guardia quedó a cargo de cazadores de Vincennes, Rosado y varios oficiales prisioneros bajaron las escaleras, al pasar por el patio, varios zuavos que habían quedado escondidos atrás de los escombros hicieron fuego sobre los mexicanos, el teniente Cristóbal Velázquez cayó mortalmente herido, al capitán Jesús Lobato le hicieron pedazos el *plaid*, Rosado reclamó airado a los franceses, el comandante Girald también indignado dio a un zuavo un sablazo en la cabeza que cayó del golpe, hirió con la misma espada a otro zuavo que apuntaba con su fusil a un oficial mexicano, el resto se vio rodeado por los cazadores que los desarmaron y condujeron presos.

Rosado, dirigiéndose a Velázquez que se encontraba en tierra rodeado por sus compañeros le preguntó:

—¿Dónde le han pegado?

—En la vida —respondió el valiente teniente que en poco expiró.

Rosado y sus oficiales fueron conducidos ante el general Douay quien los felicitó por la magnífica defensa del fuerte.

—Me admiro de veros prisioneros.

—¿Por qué, general? —preguntó Rosado.

—Porque debido a la muerte del general Laumiére, los zuavos de la vanguardia se pusieron muy furiosos y me solicitaron no tomar prisioneros aunque se rindieran — aclaró Douay —. Tenían permiso para matar.

—Pues yo también me admiro —respondió el jefe mexicano —. Tanto de haber escapado con vida de vuestros asesinos, como del permiso que habéis otorgado a los zuavos.

Fue hasta que el 30 de marzo cuando los franceses pudieron tomar posesión de la derruida fortaleza que ya habían convertido en un montón de escombros. La toma de San Javier se consideró una victoria pírrica, los invasores no lograron gran avance, González Ortega había ordenado prepararse para una defensa manzana por manzana y edificio por edificio, los sitiadores descubrirían con asombro que los gruesos muros de los viejos conventos coloniales convertidos en fortificaciones, resistían el intenso cañoneo, los sitiados habían acumulado masas de piedras y escombros tras los muros de las casas que las transformaban en espesos parapetos de mampostería contra los cuales, nada podían los procedimientos ordinarios de los sitios. Lo que los franceses suponían sería un avance rápido y fácil sobre los demás puntos estratégicos de la ciudad se tornó difícil e incierto, pues los informes de Lucrecia y otros espías del general Forey

no avisaron de la estrategia del general González Ortega de fortificar y defender cada calle y cada casa, la intensa lucha por ganar terreno comenzó a causar demasiadas bajas al ejército galo y sus progresos parecían ser insignificantes. Luego de dos semanas de bombardeos y un asedio feroz, los franceses apenas habían avanzado 3 cuadras, las calles estaban repletas de escombros y cadáveres que ninguno de los dos bandos había podido recoger y servían de alimento de perros y gatos hambrientos que deambulaban por la ciudad.

— ¡Les traigo una sorpresa! —gritó Macaria al entrar.

Presurosa dejó una canastita en la mesa con un envoltorio, también contenía unas piezas de pan.

—¿Porque tanto escándalo? —preguntó Lucrecia.

— Traigo tamales de rajás con carne.

Lucrecia se acercó a la mesa y de inmediato se hizo una torta de tamal, y la comenzó a devorar.

—Está riquísima — dijo entre una mordida y otra—. ¿No que ya no hay carne?

—Han de haber levantado el sitio en alguna garita —agregó Micaela.

—A ver Macaria, ¿Dónde conseguiste los tamales con carne? —cuestionó María Luisa.

—En la esquina de la Concordia —respondió titubeante la interrogada—. Ahí se coloca por las noches una tamalera, es bajita, medio chimuela y con un ojo más chico que el otro.

Al día siguiente Lucrecia, María Luisa y Macaria fueron al puesto de la tamalera.

—¿Tiene tamales con carne? —preguntó María Luisa.

—Sí, hay de rajás y de mole, pero ya quedan pocos, unos seis nada más.

—¡Démoslos todos! —se apresuró Lucrecia a ordenar. La tamalera envolvió los tamales con calma y María Luisa preguntó la procedencia de la carne.

—Es carne de cerdo —dijo la tamalera.

—Pero aquí no hay cerdos, la ciudad está sitiada, ¿quién le surte?

Una sonrisa socarrona apareció en el rostro de la mujer.

—Tengo permiso para salir a Cholula, mis parientes me surten, tienen una granjita, pero no lo comente con nadie porque me quitan el permiso.

Regresaron a casa. Todas saborearon los tamales con un chocolate que Cleo había preparado mientras estuvo sola en casa. También hizo tortillas, todavía quedaba harina de maíz en la alacena, el resto de las provisiones estaba prácticamente agotado.

—Creo que las cosas se están componiendo —dijo Lucrecia entusiasmada—. ¡Donde ya hay carne!

Al día siguiente, María Luisa regresó a casa preocupada, había estado en el fuerte del Señor de los Trabajos con su novio el capitán Felipe Terreros que ya se había recuperado de las quemaduras de San Javier al que le comentó el asunto de los tamales.

—Nadie puede salir ni a Cholula ni a ninguna otra parte, todo está muy vigilado —explicó el capitán—. Mis hombres lo han intentado sin éxito, sin embargo, hace unos días me comentaron que algunos soldados también han comido tamales con carne.

Forey intentó negociar con González Ortega proponiéndole el cese de las hostilidades si se unía a los franceses. La propuesta fue rechazada. El general francés estaba muy enojado porque las cosas no salían como él las había planeado, al saber de su disgusto, Lucrecia decidió

visitar al mariscal para tranquilizarlo, sus encantos cumplieron su cometido.

Entre el 13 y el 14 de abril la caballería mexicana con O'Horan a la cabeza rompió el cerco y logró salir de la ciudad. Los informes que Lucrecia había llevado al general en jefe francés decían que después de tomar San Javier, si los franceses conquistaban Santa Inés, Puebla sería suya, aseguró que ese fortín no estaba suficientemente resguardado y que de ahí a la catedral solo había un paso. Forey ordenó el avance de sus tropas, el 24 de abril de 1863 los invasores ya ocupaban un lado de la calle de Pitiminí. A las seis de la tarde hicieron explotar dos minas que destruyeron una cuadra, de inmediato emprendieron la toma de las ruinas a lo que seguiría, según sus planes, el asalto al resto de las manzanas. Algunas casas de esa zona que era la primera línea de defensa, estaban casi desocupadas aunque sí hubo bajas. Los franceses cruzaron la calle pues pensaban que todos los que se encontraban ahí habían muerto, sin embargo, de manera repentina los soldados del segundo batallón de Toluca sobrevivientes a la explosión de Pitiminí y algunos de la División de Jalisco enfrentaron y lograron repeler a los cazadores de Vincennes en dos ocasiones.

El teniente coronel Padrés y el ingeniero Ochoa al mando de los zapadores, con gran esfuerzo impidieron el acceso de los franceses a los edificios de la manzana de Pitiminí. La lucha se extendió por toda la noche, pero los mexicanos logran expulsar a los invasores. Ante este fracaso, el general francés Félix Douay reclamó a Forey la imprecisión de los informes sobre la defensa de esa zona quién decidió ignorar los datos proporcionados por Lucrecia cuya espía principal era Matilde, el engaño de Macaria y sus muchachas estaba dando resultados. Douay

ordenó entonces dirigir un ataque al convento de Santa Inés con los contingentes de zuavos del coronel Garnier, y el 51° de línea, todos bajo las órdenes del general De Castagny.

El 25 de abril de 1863 a las 5 de la mañana los franceses iniciaron el bombardeo sobre San Agustín y los fuertes Hidalgo e Ingenieros, este ataque era solamente una táctica de distracción pues el objetivo real era Santa Inés cuya defensa estaba a cargo del coronel Miguel Auza. La consigna que había recibido del comandante en jefe González Ortega era la de salvaguardar la fortificación de ese convento a toda costa pues constituía una posición estratégica que no podía perderse. Los zapadores cavaron afuera de los muros del convento 4 trincheras provistas de filosas estacas de madera amarradas con redes de cuero para dificultar al máximo el asalto francés. Sobre las puertas de entrada al convento se hizo montar una sólida reja de acero con la finalidad de que ahí rebotaran los proyectiles de los cañones. A las 6 de la mañana se inició un intercambio de fuego de artillería que duró más de tres horas.

Los zuavos avanzaron y ganaron terreno, faltaba muy poco para tomar el convento, de pronto aparecieron tiradores mexicanos por todas partes, por las ventanas, las azoteas, en la calle, por los costados, Douay echando mano de una compañía de cazadores del batallón sudanés envió una nueva columna de ataque. Para entonces, más de la mitad de los edificios del convento habían caído en manos de los zuavos lo que les hacía suponer que en ese combate saldrían victoriosos.

Intempestivamente aparecieron los batallones de Puebla y Zacatecas atacando con sus bayonetas y atravesando con ellas a cuanto zuavo se encontraban enfrente. El general Negrete ordenó un acto temerario

pero la única posibilidad de resistir la feroz embestida gala, mandó al general Mariano Escobedo para que sus hombres cortaran de manera tajante el avance del primer batallón de zuavos del comandante Melot que ya se había posesionado del patio principal del convento. Douay ordenó intensificar el fuego de artillería sobre Santa Inés lo que provocó que sus soldados quedaran en medio de un fuego cruzado. Los franceses estaban envueltos en una densa nube de polvo y pólvora, además del fuego amigo recibían descargas muy de cerca. Doña Recia, que junto con Justino se habían sumado a la defensa de tan estratégica posición, con un disparo a pocos centímetros le reventó el rostro a un soldado sudanés y defendió el fuerte como toda una valiente soldadera, al salir al patio del convento rechazando la acometida de los zuavos, recibió una descarga de mosquetón en los intestinos. La llevaron al hospital de Sangre de San José donde la atendió doña Juana Araus de Tapia que no daba crédito a la heroica defensa de esta mujer, doña Recia permaneció una larga temporada sin saber quién era, mientras una caritativa mujer voluntaria le daba caldo y se cercioraba de que aún respirara. Las noticias volaron hasta San Pedro Ovando y su hermana Antonia le lloró porque la imaginó muerta. Por su arrojo y valentía se ganó el respeto de los generales jefes de las tropas mexicanas, principalmente de los generales Florencio Antillón y Felipe Berriozábal que la conocieron muy de cerca. Después del sitio la entregaron a sus familiares con el cuerpo maltrecho. Justino murió en combate.

El patio del convento se fue cubriendo de cadáveres franceses, los sobrevivientes huyeron en estampida arrastrando a sus heridos. Al interior de la ciudad sitiada los muertos de ambos bandos, cuyos cadáveres estaban

diseminados en las calles, se deshacían por la acción del agua, del sol y de los depredadores callejeros; el hedor era insoportable y el fantasma de la peste parecía asomarse en cada esquina. Los ejércitos beligerantes acordaron hacer una tregua de 3 horas el día 28 de abril para recoger cada quién a sus muertos y darles sepultura o incinerarlos. Algunos restos humanos tuvieron que ser recogidos con pala.

Con objeto de que los soldados franceses muertos en Santa Inés y recogidos por las tropas mexicanas, fueran reconocidos por sus oficiales y que ya juntos se enterraran, esa tarde los cuerpos de los occisos extranjeros se colocaron en el portal de Morelos donde permanecieron varias horas hasta entrada la noche. El teniente coronel mexicano de apellido Lalanne que era un jefe de carácter muy alegre dijo en una reunión de oficiales que al anoecer se habían robado del portal el cadáver de un zuavo, que era muy gordo y que a la mañana siguiente, al comprar tamales a una señora que los vendía en la esquina de la iglesia de la Concordia descubrió que tenían carne, lo que naturalmente llamó la atención puesto que el precio de ese tipo de alimento estaba por las nubes. El chiste de Lalanne circuló rápidamente, y no faltó quien lo hiciera del conocimiento de la tamalera que lo tomó en serio, se defendió acaloradamente y desapareció. Forey estaba furioso, esa noche cuando Lucrecia lo visitó, el general reclamó la imprecisión de sus informes.

—¿Acaso me estáis traicionando? —pujaba el francés—. Que no se os ocurra, porque podéis perder hasta la vida. ¡Esto está resultando peor que Sebastopol!

María Luisa escribió varios mensajes y le encargó a Micaela que los mandara a través de sus contactos para que informaran a los chinacos de esta victoria e intensificaran

el hostigamiento a la retaguardia francesa. Lucrecia apaciguó con sus caricias al furibundo general, le juró por la santísima Virgen de la Soledad que ella le había dicho todo cuanto sabía.

—Mis soldados están desmoralizados —comento Forey—. Y sin paga. Necesito darles un incentivo urgentemente.

—Pues no os guardéis el dinero, querido —respondió Lucrecia—. Entregadles sus haberes, aunque no tengan en qué gastarlos.

—Es que aún no llegan los carros con la paga y las municiones que solicité —respondió el galo mostrando cierta preocupación—. Deben estar saliendo de Veracruz.

Lucrecia sentía un fuerte remordimiento cuando María Luisa le contó el terrible episodio de Santa Inés y para tranquilizar su conciencia reveló lo que el general francés le había confiado. La noticia viajó con gran rapidez hasta el general Francisco de Paula Milán, una de sus patrullas al mando de Sebastián Campos, recorriendo la zona tendió una emboscada a una compañía del *Regimiento Extranjero* al mando del capitán Jean Danjou, este destacamento se refugió en la ex-hacienda de Camarón, ahí murieron casi todos los franceses entre ellos su comandante conocido como el de la mano de palo pues en un combate en Argelia le explotó su mosquete, perdió la mano y desde entonces usó una prótesis de madera. Al término de la batalla, Milán ordenó que se enterraran los muertos de ambos bandos en una fosa común. La mano protésica de Danjou fue recuperada por los franceses y es conservada hasta la fecha como la reliquia más venerada de esa corporación que tiempo después cambió su nombre por *Legión Extranjera*.

Forey estaba más triste aún, sentía que todo estaba en su contra, no quería seguir el camino de Lorencez,

le angustiaba haber perdido una compañía completa y un excelente comandante, no sospechaba que la fuga de información estaba en su alcoba, él pensaba que esa unidad había sido sorprendida en un patrullaje de rutina de los chinacos republicanos. Para acallar más su culpabilidad y evitar ser descubierta, Lucrecia informó a Forey que Comonfort intentaría romper el cerco por el norte, el general francés ya dudaba mucho de los informes de Lucrecia, pero verificando con otros informantes corroboró lo dicho por su amante, envió al 6º Escuadrón del 1er Regimiento de Cazadores de África al mando de Oswald Bénigne de Montarby a cerrar el paso en San Pablo del Monte. Los mexicanos tuvieron que huir, pero mataron al comandante Aymard Foucault, eso enfureció mucho más a Forey. Enojado por la muerte de un comandante más y habiendo verificado los datos proporcionados por Lucrecia, decide él mismo ir al encuentro con Comonfort.

Lucrecia tenía que contarle a alguien lo que estaba viviendo, esa horrible tensión entre dos sentimientos la estaba aniquilando, buscó a Camila que habiendo sido amigas desde siempre y también espía de los invasores, le tenía toda su confianza y le platicó el episodio.

—Daba gritos de rabia y ponía los ojos como extraviados —dijo Lucrecia con una sonrisa nerviosa—. Y yo pensaba: que no le dé por fusilar prisioneros.

La noche del 6 de mayo Lucrecia la pasó con Forey. Cuando el general se levantó, ella se quedó en la cama observando cómo se vestía, se divertía mirando la manera en que gastaba mucho tiempo en ponerse la corbata. Lucrecia pensaba que la información que le había proporcionado a Forey sobre los posibles movimientos de Comonfort para romper el sitio era falsa, pero bastaron algunos datos verdaderos para que la desgracia de San

Lorenzo sucediera.

Camila averiguó que Benito Juárez había visitado al general Ignacio Comonfort en su campamento y había dado la orden de esforzarse al máximo para hacer llegar a los sitiados un enorme convoy de víveres y municiones, ella se lo comunicó a Lucrecia pues sabía que era el canal más rápido y seguro para enterar a Forey. Los movimientos de tropas que realizaba el Ejército del Centro confirmaban lo dicho por su amante.

Los franceses planearon, por un lado, atacar a Comonfort para evitar la entrada su convoy a Puebla, y por otra, asestar a este ejército un duro golpe de tal manera que ya no tuviera la posibilidad de auxiliar a las tropas de González Ortega. Los franceses tenían que “lavar su honor” y demostrar, de una vez por todas, su superioridad militar. A la una de la mañana de la noche del 7 al 8 de mayo, el general Forey se puso a la cabeza de la columna, le acompañaba el general Bazaine, era una noche muy oscura, alcanzaron los primeros puestos de vigilancia mexicanos, de pronto se escuchó el grito de uno de los jinetes vigilantes.

—¿Quién vive?

Astutamente, Forey respondió en perfecto español.

—Caballería mexicana.

La guardia que vigilaba la entrada al pueblo fue aniquilada.

Los franceses continuaron ganando terreno; había una barranca que les cortaba la marcha, entraron en operación los ingenieros que en cuestión de minutos colocaron rampas y la artillería atravesó. Amanecía, ya era imposible disimular por más tiempo la operación, el general Bazaine determinó eliminar todo puesto de avanzada mexicano, la orden fue eficientemente ejecutada.

A la cinco de la mañana, las últimas tropas francesas cruzaron la barranca, el general Bazaine desplegó su columna en batallones. San Lorenzo estaba situado en la parte baja de una colina en la que las pendientes del lado este eran rocosas, llegaban hasta la rivera derecha del Atoyac, el general Bazaine formó su línea escalonando sus batallones, mandó una carga de caballería, el vigor del ataque triunfó y venció todas las resistencias. Aquí terminaron las esperanzas de González Ortega por romper el sitio.

—No fue culpa mía —pensaba Lucrecia—. Fue del párroco que organizó un convite para celebrar por adelantado el fallido rompimiento del sitio.

.....

Durante el intenso bombardeo francés a la ciudad del día 9 de mayo, muchos proyectiles caían sin reventar, el capitán Felipe Terreros recogió uno de ellos y se lo fue a mostrar al teniente coronel Troncoso.

—Mire mi teniente coronel, están cayendo estas bombas y no explotan.

Troncoso de inmediato la reconoció.

—Es una granada de turbina americana —respondió ipso facto—. Los franceses no tienen este tipo de armamento. Apostaría a que eran del general Comonfort, esto quiere decir que se las quitaron.

—¡No me diga, señor! Entonces no pudo romper el cerco, seguramente lo derrotaron.

La razón por la que no explotaban se debía a que sus espoletas eran de percusión y altamente sensibles lo que hacía su transportación muy riesgosa; para eliminar ese peligro, se retiraban y en su lugar se colocaba un tapón de

madera, así eran transportadas con seguridad, se volvían a colocar en su lugar al momento de cargar los cañones, los franceses no sabían eso y por eso las disparaban con el tapón de madera puesto.

González Ortega calculaba entre cuarenta y cincuenta mil habitantes de la ciudad que no habían querido o no habían podido abandonar Puebla y estaban sitiados junto con el Ejército de Oriente, luego de más de cuarenta días ya se encontraban en una situación de desesperación, no solo por los bombardeos y el vivir bajo metralla, lo más grave era la escasez de alimentos. Personas de toda condición, sexo y edad, arriesgaban la vida saliendo a las calles exponiéndose al fuego enemigo intentando tan solo conseguir una pieza de pan o totopos fríos vendidos sin importar el precio, eran miles de personas, lo mismo gente humilde, clase media, léperos y familias respetables.

En la calle de Mesones donde se situaba la gente que asistía al general en jefe de la resistencia una multitud se amontonaba, el cuadro era conmovedor: había mujeres llorando cargando o jalando a sus niños solicitando un pasaporte para salir de la ciudad, otras nada más pedían pan, querían una boleta para que les vendieran una torta o un bolillo de los que se elaboraban para alimentar a los combatientes.

María Luisa, Cleo, Macaria y Micaela se habían ofrecido de voluntarias para atender en lo posible a la población desesperada, buscaban todo lo que pudiera ser comestible sin importar su valor nutritivo. Cleo había preparado una salsa verde y la había colocado en una cazuela; con unos elotes que habían encontrado en un costal Macaria preparó una masa, iba a hacer tortillas cuando Cleo intervino:

—Haz las tortilla más chiquitas, como a la mitad de

las normales, para que alcancen para más.

—Miren, aquí hay manteca y unas cebollas —gritó Micaela.

María Luisa repartía medio bolillo por persona a quienes hacían una larga fila suplicando algo que comer.

De pronto Cleo esbozó una sonrisa.

—Micaela, pásame ese comal y acércame la manteca y las cebollas.

Colocó el comal sobre un anafe, derritió manteca y sumergió en ella 5 tortillitas. Les puso salsa encima, picó cebolla y esparció un poco en cada una.

—Pásame un platón —ordenó Cleo.

Repitió la operación varias veces, en pocos minutos cocinaba decenas de tortillitas con salsa y cebolla. Colocó las tortillitas en el platón y le pidió a Macaria que las repartieran entre los hambrientos que hacían fila.

—¿Que es eso? —pregunto María Luisa

—Tortillitas con salsa —respondió Macaria.

—A ver —gritó María Luisa —. ¿Quién quiere... Chalupas?

Fue así como el invento gastronómico de Cleo ayudó a menguar el hambre del pueblo. Poco tiempo después se convirtió en uno de los antojitos más típicos y populares de la Angelópolis.

.....

El día 12 de mayo, por la tarde, un grupo grande de mujeres, desesperadas por la falta de alimento, trató de salir de la ciudad, pero fue imposible, los franceses las hicieron retroceder a balazos. La resistencia del Ejército de Oriente llegó a su límite, González Ortega ordenó la capitulación el 17 de mayo, todas las armas útiles y el poco parque tenían

que ser destruidos. Mandó un mensajero para acordar con Forey los términos de la rendición. A su regreso, informó que el general en jefe francés tenía pleno conocimiento de quienes habían colaborado con él y al mismo tiempo con el enemigo por lo que para ellos no habría clemencia.

Hacia las 7 de la mañana, Lucrecia fue arrestada por un pelotón de zuavos y encerrada en una celda en el fuerte de San Javier, un juicio por traición la esperaba. Le asaltaba la duda sobre el destino de sus hijos, hacía varios días que no tenía noticias de Fernando, algunos rumores le hacían pensar que había muerto en una emboscada chinaca. Por otra parte, sabía que había mucha evidencia del espionaje que María Luisa había realizado a favor de los republicanos. Aunque no pudo despedirse de ella y solamente la vio de reojo cuando era conducida a prisión por dos zuavos, presentía que ahora que la ciudad había caído en manos de los franceses, las horas de su hija estaban contadas.

Sentada en un pequeño banco de madera, escribía sus reflexiones a manera de diario, cada día uno o dos párrafos, así transcurrieron 13 días. El 30 de mayo, día de San Fernando no pudo más con la pesada carga emocional que tanto la agobiaba. Rasgó su falda la cual anudó a su cinturón, subió al banquito, ató un extremo de la cuerda improvisada a uno de los barrotes de la ventana de su celda, el otro extremo lo amarró a su cuello, se aseguró de que el empalme estuviera resistente y un poco tenso, respiró profundamente y con el pie derecho empujó el banquito lo más lejos que pudo.

Las tropas invasoras ocuparon inmediatamente los fuertes de Loreto y Guadalupe, Santa Anita y Totimehuacán, destruyeron trincheras y barricadas para facilitar el camino de los franceses hacia la ciudad de México. Los médicos militares revisaron el estado de salubridad de la ciudad que era deplorable por la cantidad de cadáveres semi deshechos en estado de descomposición que abundaban por todas partes.

El día 19 de mayo la bandera francesa fue izada en una de las torres de catedral, la bandera mexicana en la otra, el general Èlie-Frederic Forey hizo su entrada triunfal a la ciudad en compañía de los generales de su estado mayor y una columna compuesta por facciones de diversas unidades del ejército galo. También cabalgaba con este contingente extranjero el general imperialista mexicano Leonardo Márquez a la cabeza de sus brigadas. Forey desmontó frente a la Puerta del Perdón de la Catedral donde lo esperaba el cabildo catedralicio, se había preparado un Te Deum y un Domine Salvum de acción de gracias. Después del acto religioso las tropas extranjeras y las traidoras desfilaron vitoreando al futuro emperador de México que aún se encontraba en su castillo de Miramar. Un nutrido grupo de poblanos se unieron a esos vítores con alegría, se sentían felices de volver a la vida cotidiana sin cañonazos ni balazos, pero hubo quienes, sobre todo de las clases populares, comerciantes, léperos, chieras y chinas que se mostraron hostiles a los invasores y los abuchearon.

Forey pretendía que los oficiales y generales prisioneros firmaran un documento por medio del cual se comprometían a permanecer neutrales al conflicto y deponer las armas de manera definitiva, deberían jurar

bajo palabra de honor a no salir del lugar de residencia que se les asignase, a no involucrarse en actos de guerra o políticos y a no tener contacto con sus allegados, la mayoría de los militares mexicanos se negó. Muchos de ellos eran exguerrilleros, estaban eufóricos y muy molestos, el general en jefe Forey decidió que serían enviados a Francia.

Cinco mil soldados fueron agregados a las fuerzas de Márquez, dos mil dedicados a la destrucción de barricadas y trincheras de la ciudad y los demás asignados a los talleres de los ferrocarriles. Con la toma de Puebla, cayeron en manos francesas: 26 generales, 303 oficiales de alto rango, 1179 oficiales y 11,000 soldados, más 150 piezas de cañón. Cuando embarcaron a los prisioneros rumbo a Europa ya nada más quedaban 13 generales y 517 oficiales, los demás habían escapado.

—¡Mensaje para Fernando Malpica! —el teniente Figueroa se dirigió a la tropa que se encontraba formada en el patio del fuerte Totimehuacán donde se habían alojado algunas unidades de las fuerzas mexicanas imperialistas.

—¡Presente! —contestó el joven sargento que con paso marcial se acercó a recibir el sobre que el comandante de esa compañía sostenía en la mano.

El Teniente entregó el sobre y con la mano hizo una seña que Fernando entendió como autorización para apartarse de filas y leer la misiva. Busco una sombra y se sentó en una banca de madera ubicada afuera de la comandancia. Leyó el texto en el sobre que simplemente decía “*Para el sargento Fernando Malpica*”. La ansiedad con la que abrió el sobre revelaba su curiosidad, sacó las hojas dobladas en dos y una tarjetón amarillo con la leyenda “*De la señora Lucrecia Pérez Salazar quién se quitó la vida en una celda del fuerte de San Javier. Favor de entregar a su hijo Fernando Malpica*”. Firmaba el coronel Gambier. Desdobló

las hojas y comenzó a leer:

17 de mayo de 1863.

Mi vida adulta se ha caracterizado por eventos que me han marcado profundamente. Mis padres me engañaron para obligarme a un casamiento por conveniencia familiar. Aunque a mi marido no lo amaba, sí lo respetaba. Me casaron con él cuando tenía 20 años...

...Hoyme encuentro aquí, en una bartolina fría del Fuerte de San Javier, escribiendo estas brebes reflexiones esperando la sentencia: prisión o paredón. No sé nada de Fernando, supe que estaba bajo las órdenes del general Severo del Castillo pero cayó en una emboscada chinaca y María Luisa salió de la casa con Macaria y no volvió, á estas horas ya la han de haber fusilado.

Fernando dobló nuevamente las hojas y las metió en el sobre, sus ojos se llenaron de lágrimas, apretó los labios ahogando el grito que quería salir de lo más profundo de su alma, sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas. Apesadumbrado, moviendo la cabeza, dejó escapar una frase en medio de un suspiro:

—¡Pobre madre, toda su vida estuvo llena de sufrimientos! ¡No cabe duda de que estaba destinada al infortunio!

EL CUIDADO EDITORIAL DE LA PRESENTE VERSIÓN DIGITAL DE
“**DESTINADA AL INFORTUNIO**” DE LA COLECCIÓN
“*CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS*”
ESTUVO A CARGO DEL
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal



IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Óscar Hernández es Ingeniero industrial en electricidad, con maestría en electrónica y en docencia universitaria. Profesor desde 1975 en diferentes niveles y universidades, incursionando en la escritura desde apenas hace dos años siendo las primeras y únicas obras en cuento las que aquí se presentan, surgidas de un diplomado en Teología y en escritura creativa. Publicando algunos escritos titulados *Crónicas de Guerra* en periódico digital.

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos es una colección que promueve el talento local ofreciendo una variedad de temas que ponderan la formación de nuevos lectores. Dichas obras fueron seleccionadas a través de una convocatoria dentro del municipio, son de distribución gratuita y poseen una calidad literaria que además difunde el arte y la cultura de la ciudad.